

POR NAVARRA

Víctor Manuel Arbeloa

VIII. DE VALCARLOS A SANGÜESA



Prólogo de Fernando Morán

POR NAVARRA

Fotos: Larrion & Pimoulier

Impreso en I.G. Casueta, S.A. - Polígono Torres de Elorz (Navarra)

POR Víctor Manuel Arbeloa
NAVARRA
DE VALCARLOS A SANGÜESA

VIII

Prólogo
Fernando Morán



Un niño navarro regala el primer volumen de *Por Navarra* a los Reyes de España en su primera visita a la Comunidad Foral.

PROLOGO

Víctor Manuel Arbeloa es eso que define hoy de manera más profunda a un europeo. Por una parte está en el compromiso de la construcción de una entidad que pueda permitirnos competir en un mundo definido, a la vez, por la globalidad y por la regionalización; cuando no por la fragmentación particularista. Pero no diría yo que paralelamente, sino complementariamente, Víctor Manuel Arbeloa se esfuerza en presentar el perfil cultural, histórico, estético de las regiones y paisajes que forman a Navarra. Incluso, en un esfuerzo de comprensión y en un horizonte de apertura, de la otra Navarra, la que está más allá de la cordillera que delimita, más administrativa y políticamente que geográfica y culturalmente, una frontera.

Estas dos dimensiones definen al europeo de hoy. La razón conduce a éste a reconocer que el Estado Nación sigue siendo el sujeto esencial del proceso de unificación. La garantía frente a los intereses internacionales; la barrera contra la confusión. Pero a la vez se vuelve cada vez más consciente de que la definición del Derecho Internacional, por necesaria y simple que sea, produce una cierta pérdida, como se dice en electricidad con vocablo horrendo pero significativo, una desperdición. Es decir, una evaporización de contenidos, una evasión de realidad.

Un europeoísta como es Víctor Manuel Arbeloa, tiene que

cultivar sus propias raíces. Una cosa es un hombre político enraizado en su realidad; otra, un burócrata a una dimensión regional que, por oficio, vocación y por destino personal, se mueve en el universo uniforme y disecado de la generalidad.

Ortega y Gasset decía de Europa que era como un enjambre de abejas: muchos individuos y un solo vuelo. Este vuelo no está dictado por una autoridad supranacional, sino por un instinto colectivo que se nutre de una común cultura. Los individuos jurídicamente relevantes son los Estados nacionales; inevitablemente; pero la trayectoria colectiva se conjuga por diversas definiciones culturales; en este caso, una la navarra.

Navarra participa de esa doble dimensión de ser vínculo y área de contacto con Europa, y a la vez de haber definido una personalidad irreductible a toda realidad histórica y cultural compleja. La serie que promueve Víctor Manuel Arbeloa da cuenta, a la vez, de la unidad navarra y de su complejidad.

Este libro aparece en un momento decisivo de la evolución política española y europea. En cuanto a nuestra piel de toro se refiere, parece evidente que estamos iniciando una nueva época en que la cultura que asentó la transición política se enfrenta con la necesidad de asumir que a veces su mismo éxito obliga a una renovación, si no de los valores, sí de su explicación a la ciudadanía. En un punto concreto, las estructuras del Estado de las Autonomías van a enfrentarse con la utilización por ciertas fuerzas nacionalistas de su posición en una situación parlamentaria en que no se definen mayorías automáticas y claras para una obtención creciente de ventajas concretas. En esta situación la presencia en la vida política de quienes como los navarros han tenido desde siempre clara su visión de su propia cultura y sociedad, pero que han sabido ajustarla a visiones comunes, es esencial.

Precisamente el entendimiento claro de las diversidades, incluso dentro de la definición de una unidad regional superior, como se propone la serie a la que este volumen pertenece, es factor que favorece que cualquier definición automáti-

ca o estatal no se despeñe en el barranco de la simplificación y del efecto falsamente unitario de la ideología.

En cuanto a Europa, la crisis de las ratificaciones del Tratado de Maastricht, si expresa las naturales reticencias e inercias ante un paso cualitativo, denuncia, también, que la época en que el avance europeo era la obra de procedimientos de los tecnócratas y de los peritos ha tocado a su fin. Se hace necesario explicitar el proyecto europeo; no explicarlo *a posteriori* cuando las decisiones han sido ejercitadas. Estamos en un momento de salto. De verdadero cambio cualitativo. En realidad, estamos en un momento constituyente; con un elemento de ruptura, y también de horizonte nuevo que en un momento constituyente implica.

En este momento, todo que sea colocar una realidad concreta, en este caso la navarra, en sus realidades varias, pero en su unidad de sentido es congruente con la tesis general continental. El mirar lo concreto y definido no es opuesto al horizonte general; por el contrario, es condición para no caer en la generalidad, la vaguedad, las definiciones formales, en la separación entre la definición política y la realidad. Por eso, prenderse y deleitarse en el texto y en las imágenes de este libro no es reposo ni nostalgias ni evasión estética, sino afianzar el propósito de mejorar y ensanchar la realidad.

Fernando Morán

DESDE LA FRONTERA ARNEGUY-VALCARLOS (O TODAVIA QUEDAN FRONTERAS)

El viajero se sorprendió hace unos días cuando, al pasar por la frontera de Irún, no vio a nadie ni en la ventanilla francesa ni en la española. ¿Era verdad que el 31 de diciembre de 1992 iban a desaparecer las fronteras y eso podía ser un ensayo?

El viajero tiene un amigo parlamentario europeo, que debe saber estas historias. El parlamentario le confesó y no le negó la verdad de las cosas.

El viajero, por acercarse un poco al acontecimiento del siglo, se va a la frontera principal de Navarra, la de mayor significación histórica y política, que es la de Valcarlos-Luzaide, y se pone a merodear y a refitolcar literariamente por allí.

En Roncesvalles hay nieve amontonada y en el Puerto de Ibañeta la escarcha matutina ha convertido las hayas desnudas en unos gigantes de cuentos de hadas. Hay que ver cómo toda la vallonada, tras las últimas nieves y lluvias, se ha hecho valancra, toda llena de venas de aguas, de gorjeos de arroyos, de vainicas blancas, de colas de caballo brioso y nieve, mitológico, como las curvas, pendientes y rompientes que vamos atravesando.



Tierras fronterizas si las hay, por donde un día se levantaron torres, fortalezas, castillos, refugios, hospederías, santuarios, hospitales... al servicio de quienes osasen discurrir, fuera cual fuera el motivo, por estos riscos y quebradas. El camino principal, marcado ya por los pastores prehistóricos y por los mercaderes de metales, transcurría por los altos puertos de Cisa, unía la vasta cuenca aluvial cerrada al norte por el macizo de Arradoy con los valles sureños que descendían desde la cima de Astobizcar y de Ortzanzurieta. El otro trayecto, menos alpino y penoso al parecer, pero no menos arriesgado y expuesto, se abría paso por camino de herradura salvando la honda barranca del Nive.

Hasta 1512 no hubo fronteras sino las naturales, que las lluvias, las nieves y los hielos se encargaban de reforzar.

Tras la conquista de Navarra por las tropas castellanas, como Valcarlos era muy vulnerable desde el punto de vista militar, la función aduanera recayó sobre Burguete. Los arrendatarios de la Tabla llegaron a obligar a los valcarlinos que cruzaban Ibañeta a pagar aranceles por lo que introducían en el Reino, pero también por lo que llevaban para abastecer sus casas y las de los vecinos. A petición de las Cortes de Navarra, el representante del rey de España dejó libre el paso de mercancías desde Ultrapuertos, pero, «por evitar fraudes», siguió obligando a registrar en la Tabla de Burguete todo lo que llevasen consigo a su regreso.

El viajero pasa de Valcarlos a Arneguy y de Arneguy a Valcarlos como si tal cosa. Como Pedro por su casa. Hay un guardia en la ventanilla española, que da el permiso con un gesto de cabeza, y no parece que haya nadie en la francesa, aunque luego, si, sale alguien de la caseta. Con el miedo que el viajero pasó, algunos años atrás, en las fronteras, le parece esto todavía algo insólito, extraordinario, como que no termina de creérselo. Las dos orillas del mismo río Nive, que separa los dos Estados, están unidas por parentesco toponímico.

Arneguy se llama el pueblo francés, que un día fue un pequeño barrio de Valcarlos, y Aranegui se llama la primera casa del primer pueblo fronterizo español.

Cuando el emperador Carlos abandonó Ultrapuertos entre los años 1527-29, Arneguy pasó a formar parte del pequeño Reino independiente de Enrique de Albret, y Valcarlos siguió perteneciendo a la Navarra peninsular, vinculada a la Corona de Castilla.

Pero, desmembradas de la Diócesis de Bayona las parroquias del Norte de Navarra, por voluntad de Felipe II, que temía el contagio calvinista, Arneguy tuvo que esperar casi un siglo para crigirse en parroquia independiente y siguió dependiendo de Valcarlos.

El último de los varios Tratados sobre límites fronterizos, el de 1856, confirmó, en general, la línea divisoria ya trazada en 1786. Va desde el collado de Bentartea hasta el nacimiento del arroyo Orellaco-Erreca, que baja hasta el río Valcarlos, cuyo álveo servirá de frontera hasta Pertolet, aguas abajo de Arneguy; la línea alcanza luego la de Mendimotcha y sigue por las cumbres que separan el Valle de Valcarlos del Valle de Alduides hasta el monte Lindus.

En esta definitiva división quedaron en Francia los pequeños barrios de Uhaldea y Ondarolle, desde donde miro hoy el cuerpo municipal de Elizaldea (barrio principal de Valcarlos), subido a la peana de la falda del Mendimotcha, con las primeras nieves sobre las coronillas. De Ondarolle, conjunto de casas rurales, un tanto decaído, parte la senda que pasa por el estrecho puentecillo del molino, por donde llevan todavía los muertos a enterrar al cementerio de Valcarlos.

Arneguy es un típico pueblecito bajo navarro-francés, con su «Mairie», su «Poste», sus «Ecoles», su «Église» y... su aduana. Al otro lado del río, Valcarlos se extiende largamente, con sus hocinos, sus casas, sus ventas, sus puentecillos y su historia legendaria de turistas, contrabandistas y carabineros.

Un resto de la época sin fronteras es el acuerdo tácito entre los municipios para el aprovechamiento de los pastos

del barraico del Nive, por el que los franceses pagan un canon simbólico.

La frontera de Arneguy-Valcarlos es, en volumen, la duodécima frontera española, con el 2,50%, aproximadamente, del total de personas en circulación.

En siete años la Comisión Europea ha propuesto 282 Directivas y Reglamentos con el fin de hacer reales las célebres cuatro libertades constitutivas del Mercado Único Europeo (circulación de personas, bienes, servicios y capitales). El Consejo de Ministros de los Doce, tras la aprobación del Parlamento, ha adoptado 254.

Casi todas las barreras físicas, técnicas y fiscales han caído. De las primeras, 110; de las segundas, 109; y de las terceras, 28. De entre las barreras físicas, quedan en pie todavía 6 (sector veterinario y fitosanitario); de las técnicas, otras 6 (legislación bancaria, alimentaria y laboral), y de las fiscales, 16 (IVA, sociedades y propiedad intelectual, mayormente).

Añádase a éstas la barrera principal, que impide todavía la libre circulación total de las personas, debida a una falta de acuerdo en la interpretación del Tratado de Roma y al retraso en el proceso de ratificación de varios Convenios sobre asilo, fronteras exteriores y sistema europeo de información. España, vg., no reconoce a Gibraltar como frontera exterior de la Comunidad.

* * *

El viajero, que, como su amigo parlamentario, se siente también muy europeo y, al mismo tiempo, muy patriótico de sus patrias, se va del tablero fronterizo entre un tanto desencantado y moderadamente contento. Ya falta mucho menos. Pero recuerda aquellos tiempos pasados —que no fueron mejores— sin fronteras, y el próximo futuro se le hace una pelmada.

El viajero, cuando pasa de nuevo por su querido Valcarlos-Luzaide, mira para el viejo hospital de San Juan de Trauzqueta, núcleo del pueblo, y, cerca de él, para las filas de estelas discoidales que escoltan a otra piedra yacente:

Esnutzen ari dira hilarriak Santiagoko bidean

(Las piedras de la muerte (estelas) van a prisa por el camino de Santiago)

Hombre, las personas vivas de hoy vamos ya, a pesar de esas fronteras remanentes, un poco más aprisa por todos los caminos europeos.

CIENT AÑOS DE ORFEÓN

Sabían muy bien los fundadores de orfeones, a mediados y finales del siglo pasado, bajo qué égida se protegían, qué alto patrono laico invocaban con el solo nombre de su entusiasta masa coral. Don Fidel y don Joaquín Maya, don Mariano García, o don Luis Millet y don Amadeo Vives... eran hombres piadosos y serenos y no debieron de hacerse con ese ilustre nombre sin haberse encomendado antes a Santa Cecilia, la patrona sacra de siempre. Como que ellos venían a la vida del arte a difundir la canción popular del país, de los paisanos, de la tierra, del pueblo; a dar a conocer las grandes obras corales de los músicos propios y de los extranjeros, si extranjero puede ser para algún músico otro íncola de su misma patria musical.

Y siguiendo a Orfeo por la tierra, por el mar y hasta por los infiernos, queriendo encantar a todos, intentando liberar a todas las Eurídicés cautivas, sin miedo a rayos de Zeus o a embestidas de Ménades, nacieron los orfeones españoles. En el contexto neoromántico europeo, algunos de los mejores compositores, resistentes al dominio de la música instrumental germánica, volvían a nutrirse del espíritu de las tradiciones locales en los cuatro puntos cardinales del Continente.

Los acontecimientos que estamos viviendo en toda Europa en estos mismos días nos muestran una vez más que aquel «risorgimento», aquella «renaixença» cultural, en la que co-

laboraban los espíritus más vivos de cada pueblo histórico, no era precisamente un avatar «decimonónico».

Vcinticinco años antes, un comerciante de Pamplona, don Conrado García, había fundado el primer Orfeón, en el que Julián Gayarre fue tenor solista. Roto por la guerra civil, el que se recreó en 1881 llevó el pomposo nombre de Ate-neo Orfeón Pamplonés y duró seis años. Un nuevo intento en 1890 duró todavía menos.

De la romería de San Marcial en su pueblo se vino a Pamplona, a primeros de julio de 1888, un muchacho vergarés, buen pelotari y mejor cantor, llamado Remigio Múgica, decidido a conquistar la plaza de tenor en la catedral iruñense. Consiguió pronto formar un pequeño Orfeón que cantaba en el Centro Escolar Dominical de Obreros, en la calle Calderería. Nombrado director el 27 de marzo de 1891, pasó su primera prueba de fuego y de aire, en agosto del año siguiente, en el concurso internacional de orfeones, celebrado en Bilbao.

Aquellas cincuenta voces varoniles navarras —«los de la navaja» les llamaban socarronamente los bilbaínos— se trajeron en la buchaca los tres primeros premios. Enarbolaban un estandarte pobre, adquirido y modificado de prisa en un convento de monjas, pero tenían el mejor coro.

El canto coral es una de las primeras instituciones culturales de las sociedades primitivas. El coro al unísono o a la octava se practicó en la Grecia clásica, en el canto llano y en las melodías populares. Los himnos que acompañaban las ceremonias del culto eran cantados por coros. El coro fue también elemento esencial en casi todos los géneros del teatro griego. Reducidos pero selectos en los inicios de la música polifónica, su papel fue creciendo hasta llegar a su más claro esplendor tras el impulso recibido con la Revolución Francesa, a mediados del siglo XIX.

Nadie pone hoy en duda que la actividad del Orfeón Pamplonés ha sido decisiva a lo largo de estos cien años para el desarrollo de la música vocal y sobre todo sinfónico vocal en Navarra. Es impensable el auge actual de coros en nuestra Comunidad y el mantenimiento de ciclos de conciertos sin la educación y promoción de este género de música, desde tiempos atrás, por sociedades como el Orfeón Pamplonés.

Ya el maestro Confucio, por las calendas en que nació el mito-realidad de Orfeo, enseñaba que la música pone orden en el mundo físico a través de la armonía, y emparejaba la música y el buen gobierno, sosteniendo incluso que sólo el hombre superior que puede entenderla está bien equipado para gobernar.

Un siglo más tarde, el filósofo Platón, que hace suya parte de la tradición órfica, idealista, dualista y cercana al monoteísmo, subraya una y otra vez la función ética de la música, su influencia en las costumbres de los hombres. La música es un eco de la divina armonía; el ritmo y la melodía imitan el movimiento de los cuerpos celestes y reflejan el orden total del universo. Esta concepción platónica perdura, en su parte ética, a lo largo y ancho de la Cristiandad, gracias sobre todo a San Agustín, Santo Tomás y Lutero.

Entre nosotros, es Fray Luis de León quien da con la expresión más bella del sistema estético platónico, en su oda al maestro y amigo Salinas, autor del tratado *De Música*. La música extremada del artista salmantino serena el aire y lo viste «de hermosura y luz no usada».

*A cuyo son divino
el alma, que en olvido está sumida,
torna a cobrar el lino
y memoria perdida
de su origen primera esclavizada.*

Traspasado el aire todo, llega hasta «la más alta esfera» y oye allí otro modo «de no precedora música», fuente original, que envía su respuesta consonante, creando la «dulcísima armonía», por donde el alma navega y donde, al fin, se anega:

*que ningún accidente
extraño y peregrino oye y siente.*

*Oh desmayo dichoso.
Oh muerte que das vida. Oh dulce olvido.
Durase en tu reposo,
sin ser restituido
jamás a aqueste bajo y vil sentido.*

No es un siglo lo que nos contempla. Somos nosotros los que hoy contemplamos, celebramos, pregonamos todo un siglo de méritos y glorias del Orfeón Pamplonés, que ha ido con la música a todas partes. ¿A dónde no ha ido en Navarra, en España y en Europa? ¿Qué gran sucesso no enalteció con su coral presencia? Ha ido dando a conocer o a revivir a los clásicos y a los románticos, a los modernos y a los contemporáneos, desde Bach o Händel hasta Hindemith o Stravinsky, desde Beethoven o Mozart hasta Orff o Remacha. Nunca ha llevado música ratonera ni tampoco música celestial, en el mal sentido de la palabra, sino música verdadera y plena, fuera cual fuese y viniera de donde viniese, sin olvidar tampoco la música profunda y propia que en nuestro pueblo nace y que para algunos sandios caballeros no tiene valor porque no lleva títulos en inglés ni ha sido encargada con cheque millonario.

Bien puede decirse también que el Orfeón Pamplonés ha vivido, como dice el refrán, dando música a los sordos, a los sordos que todos somos de una u otra manera, persuadiéndonos de los encantos de la música, plantándonos un árbol o un templo musical en el oído, como le gustaba decir a Rilke, o haciéndonos cobrar el tino y la memoria perdida, en verso de Fray Luis.

Del Orfeón, que un día llegó a dirigir en Pamplona el mismo Maurice Ravel, se han dicho las más altas laudes. Joaquín Turina elogió «su disciplina, su perfecta unidad y afinación y toda la gama de matices»; Adolfo Salazar, «su disciplina y su excelente sentido interpretativo»; Federico Sopena lo sintió y lo vio como «un río musical, una cuadratura, un poder interior» que lo colocaba en primerísima fila. Víctor Espinós llamó a los orfeonistas «los maestros cantores de Pamplona»...

Juicios tan halagadores nos traen también a las mientes las muchas horas de trabajo de personas no profesionales, las muchas lacerias sufridas, los muchos momentos de incertidumbre y desasistimiento..., superados siempre por el amor a la música, a Pamplona, a Navarra, y por el fiel compromiso a un sentido noble y exigente de la vida individual y colectiva.

* * *

Cien años, y más, con la música a todas partes. Cien años, como Orfeo, encantando y arrastrando en pos de sí a todo el universo circundante.

Que Zeus y las Ménades, ninfas desmelenadas, nos lo dejen con vida esta vez, al menos durante otros cien años.

ENTRE OSA Y ARTOZQUI

Ya era la tercera vez que buscábamos Osa sin encontrarlo.

-Por no mirar el mapa.

-Y no por preguntar a tiempo.

-Bueno, déjalo. Ojos que ven no envejecen.

Por fin lo vemos desde la carretera.

Es un día de enero de severo sol y cielo raso. Allí arriba está Osa casi tocándolo, montado sobre el monte de su nombre, y como burlándose de nosotros.

Pasa un muchacho de Orbaiz con tres perros y le preguntamos por el camino mejor.

-Llegan al puente, y a la derecha hay un camino.

No lo encontramos y volvemos a mirar las aguas rápidas y familiares del río Urrobi. Tomamos un caminillo entre encinas que bordea un barranco y nos deja junto a un pliegue rocoso, ahondado por las avalanchas de agua. Saltamos al otro lado y seguimos subiendo entre pinos, bojés y zarzales hasta la cima, a la altura del Poche, donde se abren, en terreno margoso, los surcos de los regatillos que van al regacho del pliegue. Pasamos por un boquete de la aleta rocosa que se levanta en el espaldón de Osa y continúa casi hasta el río.

Subimos más todavía. Pinos quemados, sabinas, hojes, morones de piedras...

Y nos damos de bruces con el pueblo, alto y solo, que lleva aún el nombre de Osa —un día Ossa y Otsa (¿frió, lobo?) también—, antiguo lugar de señorío realengo, cuyos «casados» o villanos ya pagaban pechas a los reyes allá por el siglo XII. El pueblo tuvo aún una veintena de habitantes en los años cuarenta y en 1961 se convirtió en concejo tutelado. Luego naufragó en el ancho mar del tiempo, de la historia, y hoy es un caserío hermosamente náufrago, penetrado por las aguas y los vientos del olvido y acaso de la nostalgia telúrica:

Sunt lacrimae rerum...

También las cosas lloran, dijo con razón el poeta latino.

Unas tapias bajas arrebuajadas de vegetación. Unos restos de paño de vivienda —antiguo palacio de hijodalgo—, con una ventanita ajimezada. Tal vez de aquí procedía Fray Berdot de Osa, prior de la Orden del Carmen y capellán de la Corte, embajador de Carlos II en Bretaña y de Carlos III en Aviñón cuando el cisma de Occidente. Otras dos casas, con los tejados derrumbados, revestidas de hiedras que las hacen venerables. Una cuarta queda todavía en pie, aunque sin puertas, y parece que sirve de establo.

Bajo las cras, donde se trillaban trigo, avena y yeros, y sobre las casas, resisten los buenos sillares de la iglesia románica de San Ramón, ya sin techo, servida en tiempos por un abad de provisión de sus vecinos. Debió de desaparecer en su día una tabla plateresca, pero la Virgen está a buen recaudo en el Museo. Nave rectangular con cabecera plana, puerta con arco de medio punto, torre cúbica con escaleras de caracol, campanario sin campanas, una ventana alargada y una saetera. Y cementerio con zarzas y avellano de seis pies en uno de los ángulos. No falta siquiera la verja herrumbrosa.

Y cuando casi nos creemos que estamos haciendo la película o recordando la novela, nos mete el miedo en el cuerpo

un tiro cercano –racha fría– y unos aullidos más cercanos aún de perros. Tras éstos viene un cazador vestido de verde y un mocito que parece ser su hijo

–¡Qué miedo!

–¿Por qué?

–Hombre... aquí, y así de repente.

–¿Se podrán hacer fotos, no?

–Claro.

A veces el miedo hace preguntar cosas así. Hablar por no callar. Hablar por quitar de encima el susto.

Al bajar, no encontramos camino alguno. Lejos, Izaga, entre neblinas, y ahí cerca, Orbaiz. Por fin nos metemos por un sendero, pero dudamos si no es más bien el cauce de un barranquillo en tiempo de lluvias. Los pedruscos son tantos y tan grandes, y la pendiente tan acusada, que estamos a punto de arrebollarnos. Pero, al fin, volvemos a ver las aguas consoladoras del Urrobi.

Bien resguardado ante el Malatu, el Lacarri y el Larequi, está Artozqui, a donde vinimos hace unos meses, una tarde infuista de lluvia pertinaz, que olía a ozono y a tierra.

«Queremos vivir aquí» es el último letrero de una serie que ...s siguen por la carretera: «Pantano ez», «Ez, ez, ez», «Pantano goma 2», «Panta no, no», «Digamos no al panta no»...

En los huertecillos en torno al Irati hay escarolas, berzas, pencas, achicorias, puerros, acelgas. Cubren las hiedras las casas derruidas pero el conjunto del pueblo es bello y hasta heráldico, con ventanas geminadas, aleros de madera y portones con dovelas. Lo rodean montecillos con enebrales y bojales, y más allá con pinos silvestres y quejigos. Las inevita-

bles basuras se amontonan en las orillas de la regata Equiza que viene tan contenta y despreocupada desde riscos lejanos y puros.

Sobre un atrio alto, con un abeto y tres fresnos, con sus óculos como ojos recelosos, contempla el pasado y el presente y se oscurece ante el futuro la iglesia de la Purísima Concepción. Es de comienzos del XIII, con torre realzada, y junto a ella, la antigua casa parroquial con buena portada y torreón.

Pasan unos chicos en bici. Ladran unos perros. Al viajero no le gusta hablar de la bicha en estos pueblos, por respeto y por sentido común, pero a Pauli se le suelta la lengua delante de un señor que dice ser ganadero y tiene casas y tierras.

—Nadie ha venido a decirnos nada.

Pero ya ha oído que van a venir a llevarse la iglesia piedra por piedra.

El bloque horizontal rojizo del palacio se abre en un gran arco de ingreso y ventana geminada.

La placa del Corazón de Jesús, como las de otras casas del pueblo, tiene el esmalte saltado junto al llamador de hierro.

Una sierra mecánica que corta troncos hace un ruido ensordecedor. En Casa Yoda, sobre el arco de entrada apuntado, y bajo la ventana, hay una custodia rústica y un lauburu con la fecha de 1762. Cerca de ella, en la Casa del Indiano —sillar y sillarejo—, anterior en la construcción, campea un escudo con jabalíes pasantes y castillo con tres torreones sobre el anagrama *JHS* de la clave.

Un puentecillo, con un ojo de medio punto, Zubizar (puente viejo), abre el camino más viejo aún, que va hasta el despoblado de Arizcuren pasando por Equiza y Uli Alto.

En un altillo está la ermita de San Miguel, rústica espadaña con campanita, puerta de pino reciente y ventanuco aspillercado al oeste.

Miramos el pasillo central, que va de Itoiz a Oroz Betelu, por donde pasaron durante el siglo XIX unos y otros ejérci-

tos con la ominosa recua de suministros, exacciones, violencias y lutos. Los muertos en el combate de los llanos de Artozqui y Muniain en la segunda guerra carlista, están enterrados en una fosa común cerca de la carretera.

Sobre el Irati quedan del puente viejo un arco y dos tajamares. La construcción de la presa de Usoz obligó a rehacerlo todo con arcos rebajados de hormigón. Las guerras pasaron también por él. En 1823 el general Torrijos hizo destruir un arco cuando fue el asalto del castillo de la Aézcoa. La fechoría se repitió en 1837 y 1873.

A un lado se eleva el caserío de Muniain y, al otro, Usoz, mucho más alto, se asoma sobre el espejo gris de la presa.

Otro día iremos hasta allí y daremos cuenta de su larga existencia antes de que sea tarde.

LERRUZ, YELZ Y UROZ

Han pasado por la humanidad muchos miles de eneros, y los hombres han ido poniendo toda esa lengua vividura en refranes, que son como las recetas de la complicada sabiduría meteorológica. Así un refrán inglés nos dice que

Summer in January
Winter in Spring
(Verano en enero,
invierno en primavera)

adelantándose muchos años a la creencia que hoy tenemos de que en enero ya no nieva ni hace frío como antes. Quedémonos con el refrán italiano

Gennaio secco
massaio ricco
(Enero seco,
granjero rico).

La mañanita de este sábado de enero, que va seco pero nieblosa, está amable y hasta mimosa, con un aprendiz de sol que anima a ir de andada.

Por ejemplo, a Lerruz, junto al que pasamos tantas veces y nunca nos detenemos.

Los herbales están mal crecidos y hay cerca del pueblo unos olmos secos y unos chopos preparando ya la próxima floración.

Nos cosquillea un vientecillo frío. No se ve un alma.

Desde el anchurón que se arremolina junto a la iglesia la vista es larga y linda: campos de labor enverdecidos; Bcortegui en un alto; montecillos pinosos donde empicza/termina la sierra de Gongolaz; paredones verdioscuros de las sierras de Zariquicta, Archuba y Labia; Pirineo nevados, bajo unas nubes aligeras.

Lerniz tiene muchos árboles, un pequeño robledal aleñado, huertos tapiados y trastos agrícolas en la era. Dos filas de casas, algunas con labras y escudos del siglo XVIII, y arcos de nueve dovelas; algunas también abandonadas. Una torre palomar con saetera grande y ventanuco dentro de un conjunto de viviendas, la llaman «el palacio».

Cuando volvemos de nuestro rodeo saludamos a un paisano que lee el periódico al sol y desde entonces es nuestro guía.

Le preguntamos si tiene él la llave de la iglesia.

—La llave la tiene el cura, y en invierno no dice aquí la misa.

—Vaya por Dios.

Nos quedamos, pues, sin ver no sólo la bóveda de crucería estrellada del siglo XVI sino, sobre todo, el bonito retablo romanista, y dos Crucificados del mismo, porque la graciosa Virgen gótica del XIV, procedente de la ermita de San Miguel, podemos verla en la parroquia de San Cristóbal de la Chantrea. Desde que aquí desaparecieron unos candelabros y otros objetos de orfebrería, toda preocupación es poca.

El exterior del edificio, de origen gótico, está muy bien mantenido; el pequeño atrio está lleno de flores y en un jardincillo adjunto toman el sol unos rosales, unas caléndulas y un ciprés.

—Suelen venir de la Chantrea grupos de chicos con catequistas y así a la casa parroquial.

—Y estas piedras redondas ¿de dónde las trajeron?

—No sé de dónde pudieron venir.

¿De una casa noble? ¿De algún fuerte medieval? ¿Del castillo de Irulegui, que aquí llaman de Laquidáin? Irulegui, que ya visitó el viajero, queda más allá, a la derecha del collado con pinos, donde está la ermita de San Miguel, que Lerruz comparte con Idoate.

A corta distancia del caserío principal se sitúa la otra torre, llamada de Itúrbide, otrora de los Sánchez de Itúrbide: torre palomar casi derruida, cuerpo gótico antiguo, casona del siglo XVII —la parte hoy habitada, casa Barbaria—, y patios traseros. Sobre el portalón dovelado los lobos del horroso blasón son ya unos gatos viejos y dóciles.

Le decimos a nuestro amigo lo bonito que quedaría este pueblo dándole una mano, quitándole esa chimenea de granja de champiñón que ya no funciona, y algunos retoques más.

—Aquí no hay más que perros y gatos.

Dos familias en invierno y cuatro en verano.

¡De 21 vecinos que llegaron a ser hace un siglo! Falta agua y hasta la gente que viene a acampar, cuando ve lo que hay, se va con los bártulos a otra parte. Pero llegan noticias de la futura Mancomunidad que traerá el agua y se llevará el basurero. Y entonces Lerruz será quizás más y mejor de lo que fue. Y el nuevo Ayuntamiento de Lizoain, en el que ahora se fusionaron los quince Concejos del Valle, prestará una atención especial a este precioso lugar.

Con los bártulos han venido varias familias a Yelz, otro pueblo del Valle de Lizoain bajo la umbrosa sierra de Aranguren.

Es el más pequeño de la zona. El más descuidado también, aunque parece que sus nuevos habitantes quieren ponerlo guapo. De agua andan mejor que en Lerruz!

Cuando llegamos, por tierras blancas y enverdidas, hay allí varios coches y una camioneta; dos hombres asierran un tronco de madera. Da la impresión de que quieren darle la vuelta a un pueblo, que hace poco sólo tenía dos habitantes de hecho y de derecho, cuando en el siglo pasado llegaron a sesenta y seis.

—Hola, ¿qué tal, no hay descanso?

—No se para.

Trabajo hay para descombrar las casas derruidas, retirar las basuras y ponerlo todo a la altura de esas dos casas, al final de la calle, de bellos portones, muy siglo XVIII, con labras en la clave, con un águila explayada por blasón.

Fue importante en Yelz su palacio cabo de armería, que perteneció a los Barbo, después a los Balanza, Iñiguez de Bortegui, etc. Un poco más arriba está la iglesia de San Vicente, con altarcitos barrocos y un pórtico cubierto con tejadillo inclinado y sostenido por dos soportales de madera. Cuando la anterior estaba ya ruinosa, a fines del XVI, se trasladó el culto a la cercana, hoy desaparecida, ermita de San Antón, a donde el palaciano Barbo pretendía que se llevara también su blasón y su escaño. ¿En qué pararía la cosa? Quedan vestigios de una ermita más, la de San Cristóbal, en el llamado monte de la Ermita.

Cuando el viajero vuelva a Yelz, le gustaría encontrar, junto a la cruz de madera de la entrada, el aska y el lavadero adecentados, y el resto del pueblo como lo sueñan, sin duda, los nuevos pobladores, por domingueros o finsemaneros que los llamen. Al tiempo.

Cuando se viene de Lerruz y Yelz, Uroz parece una pequeña ciudad. Fue hasta 1955 nada menos que estación ferroviaria donde paraba «El Irati». Y contó con Caja Rural.

Al fondo, un ciprés rectilíneo y sereno recoge y simboliza la paz del cementerio. El pueblo se asienta bajo unas lomas cultivadas, sosegado y robusto.

Uroz tiene una gran plaza-anchurón, con gatos, perros y un jardincillo central con pitas, yucas, rosales..., por donde el sol se pasca esta mañana como un señor. Hay varias viviendas nuevas, bonitas y feas, algunas villas y algunas casas antiguas, casi todas puestas al día. Ha conservado casi una cuarentena de habitantes de los casi cien que llegó a tener en

los últimos cincuenta. Se ve que la gente de aquí se mueve: carros, remolques, tractores, almacenes... Es pueblo de mucho comunal. Ha sido el último Concejo en desaparecer y fusionarse en el Ayuntamiento del Valle.

¿Dónde estuvo el palacio de Uroz, de don Senén Martínez de Janáriz, fijodalgo del lugar a mediados del siglo XV, y de don Fernando de Uroz, que lo poseyó poco después? ¿Podría ser esa casa alta con ventana de arco conopial y ajimez roto, entramado en el segundo piso y anagrama de Cristo en la clave?

No falta en este pueblo ni un pequeño picadero, donde vemos un caballito como de muestra.

La iglesia, antigua y rehecha, alza al nordeste del poblado su torre de piedra y ladrillo, y arrastra un feo porche de cemento. En frente está el frontón (Falta: *Motz*; Pasa: *Luze*) sobre una de las paredes de la antigua escuela, convertida en centro juvenil.

En Uroz hay que ver también la fuente «romana», que los libros escriben entre comillas, como si no lo fuera: lleva una recia bóveda de cañón y grandes piedras debajo, con un aska rectangular y un matorral encima, que la decora y la hace como más fotogénica frente a los sembradíos y a la cercana setrezuela pinariega.

No menos curioso es el crucero de piedra sobre cuatro gradas («Antonio Buldain me hizo, 1843»), con un pequeño Cristo en relieve e instrumentos de la Pasión en la parte alta. La moldura se apoya en una calavera en saliente, bajo la que aparecen dos círculos o rosetones, símbolo del sol: amuletos protectores que ahuyentan los malos espíritus, brujas y genios del mal (tempestades, rayos, enfermedades...)

-O sea, una vela a Dios y otra al diablo.

-Éstos de Uroz...

* * *

Hay unas nubecillas sobre la pingorota de Izaga, que lleva hoy unas suaves rayas de nieve.

VEN A ESTE VASO DE VINO

*«Ten, y a conciencia procura
demorarte en la frugancia*

*Jamás la oscura
languidez hostil al día
de Dios.»*

(Jorge Guillén)

Ven a este vaso de vino
que vino de donde fue
el hombre a poner el pie
para volverse divino.
Si no divino, adivino,
vidente y vate volvió,
y allí fue donde aprendió
que el mejor vino que viene
en su pulso un toque tiene
de Dios que lo trastornó.

MENDIOROZ, AZPA Y USTARROZ

Al viajero se le alegran los espíritus entrando en cada uno de estos pueblos pequeños, como si entrase en la gran ciudad del Toboso, aunque no le suceda en ello cosa que a cosa llegue. Tal vez por eso.

Está la mañana de cenro azul y fría. La neblina encubre la peña de Izaga y flotan unos cúmulos perdidos por el espacio.

Mendioroz es una calle larga que sube. Sube y baja. Bajo el alero del Chorrochaga y entre dos regatos con chopos que llevan sus aguas, uno al río Egúés y otro al río Erro. La hiedra que abraza algunos árboles los hace parecer verdes.

En lo alto del caserío, al final de la calle, mayor por única, nos miran desde la torre los dos huecos con campanas, que parecen los ojos, negros, del pueblo. Hay algunas casas recién hechas. Una con grandes postigos de madera. Las antiguas están bien restauradas; un escudo lleva fecha de 1717.

Al cementerio lo baten todos los vientos. Dos lápidas que recuerdan a dos requetés muertos en la batalla del Ébro, finales del 38, están casi cubiertas por la maleza. Los Eranús que tienen en el pueblo casa fuerte y bella, mantienen cuidado su panteón de mármol.

Debajo de la torre de la iglesia de San Pedro hay un montón de botellas y alguna basura. El cuerpo del edificio,

de origen medieval, fue rehecho en el siglo XVI: lo dicen la portada, la bóveda de crucería con claves, y la linda Virgen sedente con Niño, a pesar de los posteriores afeites de colores.

En la parte baja del poblado están arreglando el palacio, casa de dos pisos, de piedra oscura, portal dovelado de medio punto, con un escudo de mármol.

La temperie está fría y seca, los campos blancuzcos. Y ya son sólo un recuerdo, los «trozos plantados de viñas», de los que habla el *Diccionario* de Madoz.

Si nos dejamos deslizar por el carrutíl que lleva y trae a Mendióroz, por el término de El Fresnal, en un santiamén nos vemos en Azpa, nombre que dice seguramente su posición bajo la sierra.

Pero antes de llegar a él, subimos a un cerrillo donde un día hubo venta y ermita. *Mandar a uno a la Venta de Azpa*, según el refrán, era mandarlo a tomar viento, despacharlo. ¿Se quemó de veras, como alguien nos dirá luego? En el centro hay un templete de piedra sobre el que van dos plataformas, herrumbrosas y saltadas, con las estaciones del vía-crucis, rematado todo en una alta cruz de hierro. Lo hizo levantar, cómo no, el gran don Ambrosio Fransus, que también puso las estaciones en Mendióroz, que es su pueblo, y en otros muchos lugares que el viajero visitó.

Por un buen camino entramos en el pueblo. Lástima ese gran almacén. Azpa, con cinco vecinos y los que vienen cada fin de semana, llena las once casas que tuvo hace un siglo. Están bien arregladas, con clásicos portales y con jardincillos. Sobra ese feo patio en el centro. El palacio cabo de armuería muestra un escudo con un aspa y estrella en el centro, rodeadas de animales en los cuarteles.

Nos acompaña el joven presidente del Consejo y un vecino amable, dos lugareños que están contentos en y con su pueblo, el primero, por este lado, del Valle de Egúés.

Piedra y yedra por fuera y siglo XVI por dentro, es la igle-

sita de San Martín, de orígenes románicos y con tallas barrocas y modernas. El tímpano de la iglesia primitiva, con un crismón esculpido entre media luna y estrella, luce en la frontera casa parroquial. ¡Al menos, no fue muy lejos!

Hay poca gente a estas horas en el lugar porque unos han ido a misa a Uroz y otros a cazar jabalíes por Tangori y Malkaitz, que los tenemos ahí arriba. Hace rato que oímos tiros, gritos, aullidos y algarabía.

También hoy los Pirineos —¡ahora que ya no hay Pirineos!— brillan de luz sobre la nieve, la nieve que este año vemos siempre lejana.

En Ustárruz esta mañana no hay nadie. Las gentes de las dos casas, a que se han reducido las cinco que hubo, Idoate-Esquiroz, ahora emparentadas, han ido a un funeral en Huarte. Una es el antiguo palacio cabo de armería de los Marcilla de Caparroso. Las dos están embellecidas, ajardinadas, entre cedros y plátanos. Un rincón digno de ver, premiado hace años por la Diputación Foral.

La iglesia de San Bartolomé ocupa la cima de un altillo, entre plantas de flores y una guarnición de tilos. Se abre una vez al año y en alguna ocasión especial. Los domingos hay misa en casa Esquiroz.

Aquí son más visibles los elementos medievales, pero bien visibles a la vez los renacentistas, incluidos el sagrario de piedra, la Virgen de la hornacina central entre una florista barroca, y sobre todo los dos retablos laterales de San Agustín y de San Eutropio, este último atribuido al maestro de Gallipienzo, que hay que venir a ver, sin otro quehacer, cuando esté «la señora que enseña la iglesia».

Muy cerca está la fuente de dos grifos y el lavadero viejo. Merece también la pena contemplar, un poco más allá, ese olmazo de cuatro grandes ramas podadas, ya muerto, que es todo un monumento natural, lección para ociosos y caminantes.

VICTOR MANUEL ARRIOLA

Mañanica clara:
sol friolero
cierzo en la cara.

Desazón de enero:
cuando no llueve
no hay buen tempero.

Esperanza leve:
del Pirineo
vendrá la nieve.

RONCESVALLES

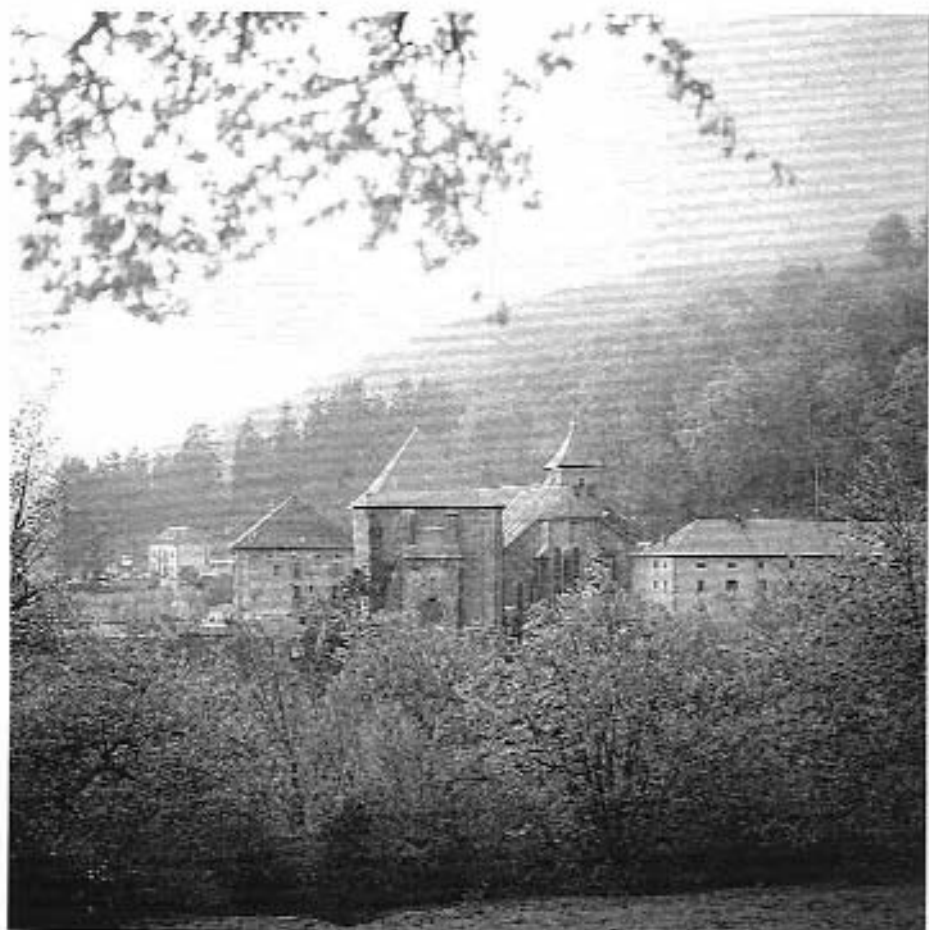
(Entre Roldán y el Camino de Santiago)

Lo mire uno cuando y por donde lo mire, desde el clásico collado de Lepoeder; desde la última curva gozosa del Guirizu; desde el Arizmakur o desde el aire puro y blando, Roncesvalles aparece siempre recogido y acurrucado entre hayas, y, a menudo, entre nichlas y nieves. Como ensimismado sobre su duro espejo de piedra, zinc y plomo. Tablero, donde leyenda e historia juegan un juego interminable. Rincón hospitalario a donde llega y de donde sale el Camino-Calle Mayor de Europa.

Porque Roncesvalles antes que otra cosa fue hospedería y hospital: casa de huéspedes.

Por aquí pasaba la vía de los metales y de los monumentos protohistóricos de Iriburieta, que aprovechó luego la vía romana de Burdeos hasta Astorga. Desde las crestas que vigilaba y enseñoreaba la torre-trofeo de Urkulu —*Summus Pyreneus*— hasta las suaves pendientes que llevaban a la vega de *Iturissa*, camino de *Pompaelo*. Por aquí entraron germanos, alanos, vándalos, suevos... Y un día hollaron el viejo y áspero camino las tropas del rey de los francos, en un intervalo de su guerra contra los sajones. Venía con ánimo de asegurarse Aquitania y de quedarse con Zaragoza y otros reinos musulmanes de los Valles subpirenaicos alejados de Córdoba.

No se sabe bien por qué, Carlomagno, a la vuelta de su viaje fallido, hizo destruir las murallas de Pamplona cristia-



na. «Vascones y navarros» le esperaron en la cima de Astobiscar o de Changoa y le destrozaron la retaguardia llevándose buena parte del botín que arrastraba.

Aunque tarde, reconocieron por fin los cronistas francos la derrota «in ipso Pyrinei jugo» (en la misma cima del Pirineo), debida a la «perfidia de los vascones».

Pero pronto la *Canción de Roldán* (1100-1125) transformó y sublimó el acontecimiento, y la leyenda fue más poderosa que la historia. El conde de la Marca de Bretaña se convirtió en el príncipe de los héroes de todos los tiempos, en el ideal del caballero cristiano enemigo de los sarracenos, y Carlomagno en el rey cruzado, que tiene que vérselas con el rey moro Marsilio, a quien vence, y conquista después la plaza de Zaragoza. El *Cantar de Roncesvalles* (siglo XIII) primer vestigio del ciclo carolingio español, que publicó don Ramón Menéndez Pidal, lleva la misma doctrina:

¡finastes sobre moros, vuestra alma es en buen logare!

En todas las canciones de gesta el nombre de *Roncesvalles*, escrito como valle de espinos o como valle de rocíos (*Rencelvals, Roseida Vallis*), evoca ya la muerte de Roldán y los otros once Pares de Francia, la traición de Ganelón, y la tristeza del emperador, que llora junto a su sobrino y se mesa de dolor su barba florida.

Desde entonces todo el área de Roncesvalles y los dos lados del Pirineo se pueblan de pasos, de rocas, de huellas, de fuentes —las cercanas *Erulan Iturri, Erulan Iturriko Malda*—, de capillas... de Roldán. La *Chanson* ya dice que Carlomagno (Silo de Carlomagno) mandó construir un sepulcro para Roldán y los muertos con él

*Tuz ber amis qu'il unt morz truoet,
ad un carner semprez les unt portet.*

Durante siglos los peregrinos visitaron la capilla Sancti Spiritus, obra del siglo XII, que la *Guía de los Peregrinos* lla-

maba ya de Roldán, creyendo que visitaban la tumba de éste, y hasta hace poco todos mirábamos con curiosidad, al menos, en la Colegiata los cuernos guerreros, estribos, mazas del conde de Bretaña, las armaduras y el ajedrez del emperador Carlos, y las zapatillas cortesanas del obispo Turpin. «... Y en Roncesvalles está el cuerno de Roldán, tamaño como una grande viga», le decía Don Quijote al Canónigo, defendiendo el alto mundo de los libros de Caballería.

Durante centurias estuvieron llevándose los peregrinos huesos del histórico carnario. Cuando la comitiva de Isabel de Valois, hija del rey de Francia, de 14 años, casada por poderes con Felipe II, llegó a Roncesvalles, a primeros de enero de 1560, el acopio de restos de sus antepasados fue mayor que nunca. Allí estaban el cardenal de Borbón, su hermano Antonio, rey de Navarra, y su hijo Enrique, el querido y popular Enrique IV de Francia y de Navarra.

En tiempos del Padre Moret (1615-1687), cronista oficial del Reino, todavía quedaban huesos, «muy frecuentemente de desmedida grandeza y corpulencia germánica, de que no pocos se llevan de vuelta los peregrinos franceses». El jesuita pamplonés cuenta que el Cabildo despidió a un sacristán que vendió cada hueso grande a un peso de onza de plata, y añade, con harto sobrado patriotismo: «Ojalá durase este comercio, y los que nos sacan la sangre con mil artes, volviéndonos a dejar, se llevaran sus huesos».

La historia no perdona. Cuando la guerra de la Convención —en la que se hizo célebre, al frente de sus cazadores vascos, el bajonavarro Harispe, pronto general de Napoleón y más tarde mariscal de Francia—, los soldados franceses destruyeron la capilla de Ibañeta y, al sur de Roncesvalles, una cruz de término, llamada Cruz de Roldán. Debió de ser durante la retirada de las tropas de Navarra, en octubre (*vendémiaire*) de 1794. La *Gazette Nationale* de 5 de noviembre publicó el comunicado de los comisarios franceses, gloriándose de haber vengado así «una injuria antigua hecha a la nación francesa»: «*Les mânes de nos pères ont été consolés*» (Los espíritus de nuestros padres han sido consolados).

Todavía en 1934 unos excavadores optimistas creyeron encontrar en Ibañeta los esqueletos de los Doce Parcs y llega-

ron a identificar el cráneo de Roldán, ¡por cuya posesión habían de pelear muy ásperamente dos franceses en San Juan de Pie de Puerto!

Corriendo los años, el romancero español entronca con la gesta medieval de Roncesvalles, de la que se olvidan las canciones épico-líricas francesas de la época. Así aquel romance que refleja el *Cantar* del siglo XIII:

*Por Roncesvalles arriba
huyendo va el rey Marsín,
caballero en una cebra
no por mengua de rocín;
la sangre que de él corria
las yerbas hace teñir...*

El patriotismo antifrancés le sale sin querer al autor del romance:

*¡Oh, mal haya los franceses
de Francia la muy nombrada,
que por tan pocos moriscos
el cuerno locur mandaban!*

El Quijote, al citarlos, hizo famosos en el mundo entero los primeros versos de *El romance del cautiverio de Guarninos*

*Mala la hubisteis franceses,
la caza de Roncevalles,
do Carlos perdió la honra,
murieron los doce Pares.*

Pocos poetas navarros han dejado de dedicar sus versos a este cuadrivio de geografía, historia, leyenda y patriotismo. El bilbaino Gabriel Arcsti, más patriota de lo que parece, no se olvida tampoco de Roncesvalles, escribiendo en nuestros días:

*Orregatik Luzaiderraino
arratsaldean pindar'ia laino;
hementxe galduzen Xerlemaino;
jan zuen arrabiak
daruma errobiak.*

(Desde Roncesvalles a Luzaide,
chispas y nichlas en la tarde;
aquí se perdió Carlomagno.
Se lo comió la rabia
y lo llevó el cuervo).

Muy anterior a la *Chanson de Roland*, atravesaba Roncesvalles la antigua vía romana y carolingia, convertida ya en *Camino francés* —desde Sancho Garcés III y que recoge nuestro *Fuero General*—, o de los francos, *Vía francigena*.

Los primeros tiempos de la peregrinación nos son todavía oscuros. A finales del siglo XI ya hay iglesia y hospedería en la Villa o Burgo de Roncesvalles (hoy Burgucte), un monasterio, con hospedería sin duda, en Ibañeta, y otro al lado opuesto de los Puertos de Cisa, incorporados más tarde al monasterio de Leyre.

En Ibañeta —probable lugar romano de culto solar— hubo hasta hoy mismo una capilla y refugio dedicada a San Salvador, llamada también capilla de Carlomagno o de Roldán, mientras que entre 1127 y 1132 el obispo de Pamplona, Sancho de Larrosa, a ruegos y con la ayuda de Alfonso el Batallador, funda la Hospedería de Nuestra Señora de Roncesvalles «*ad receptionem peregrinorum sive quorumlibet hominum illis in necessitate hospitare volentium*» (para recibir a los peregrinos y a los que, por necesidad, quieren hospedarse allí). La *Guía de los Peregrinos* lo llama, cómo no, *Hospitale Rotolandii* (Hospedería de Roldán).

Desde entonces hasta la Desamortización la Hospedería (Hostal y Hospital: *hôtel* y *hôtel-Dieu*) será el centro y la principal razón de ser de Roncesvalles.

No hay ni prosa ni verso más preciso y precioso para hablarnos de la historia y del servicio de la Hospedería que el

Poema anónimo, compuesto entre 1199 y 1215, parte del códice misceláneo *La Pretiosa*, conservado en la Colegiata, publicado por el Padre Fita, glosado por Menéndez y Pelayo y casi olvidado hasta hace poco. Verdadero *mester de clerecía*, sus 42 estrofas de versos monorrimos, a la manera de los de Berceo, nos dicen primero la hermosura de la Casa:

*Domus venerabilis, domus gloriosa
Domus admirabilis, domus fructuosa,
Pirineis montibus floret sicut rosa
Universis gentibus valde gratiosa.*

Hermosa y hospitalaria, bajo las alas de la Providencia:

*Domus dicitur Roscidae vallis.
Domus necessaria, domus hospitalis.
Bonis vacans omnibus, terga prebens malis;
Suis hanc Omnipotens semper tegit alis.*

(Dedicada a todos los bienes, y prestando remedio a todos los males, el Omnipotente la cubre siempre con sus alas).

Un oasis en sitio tan desapacible:

*Locum in quo situm est rigor yemalis.
Glacies perpetua, nec non nix annalis,
Fere semper agravant, et aer brumalis.
Sola est serenitas domus hospitalis.*

(El rigor invernal acosa su emplazamiento.
El hielo perpetuo y las nieves anuales
y el viento neblinoso lo hacen más crudo.
Sólo el Hospital está tranquilo y sereno).

Hospedería abierta a todos: pobres, huérfanos, enfermos y sanos, y no sólo eso:

*Porta patet omnibus, infirmis et sanis.
Non solum catholicis verum et paganis.
Judeis, hereticis, ociosis, vanis.
Et, ut dicam breviter, bonis et profanis.*

El poema sigue diciéndonos las excelencias de la Casa, con una estancia para varones y otra para mujeres, con sala de enfermería de lechos blandos y limpios, con baño si es menester, lugar para familiares, y carnario próximo, visitado por legiones de ángeles.

No se olvida el autor de mencionar al rey navarro Sancho el Fuerte, el de las Navas —*strenuissimus vir, rex Navarrorum*—, que mandó edificar la nueva iglesia, de gótico puro, consagrada hacia 1219. Cerca de ella descansa hoy junto con su esposa, bajo la sonrisa que rasga los ojos de la Virgen, Madre más que Reina, traída de Francia a mediados del XIV, cedro y plata: paz para la llegada y luz para la partida.

El siglo XVI, tras la conquista castellana de Navarra en 1512, la separación definitiva de Ultrapuertos en 1530, y la Reforma Protestante, que dividió y ensangrentó Europa, fue un siglo de decadencia para Roncesvalles, al que habían de seguir otros tres igualmente malos. Desde 1512 la plana y la frontera aladañas iban de continuo a llenarse de tropas. Hasta los últimos años cuarenta, cuando, con motivo del *maquis*, Roncesvalles se vio rodeado de barracones de soldados y de nidos de ametralladoras, cuyos restos son hoy una curiosidad más del pintoresco paisaje.

La colegiata perdió durante las guerras de religión en tiempos de la reina calvinista de Navarra, Juana de Albrét, multitud de sus bienes varios y muebles en toda Francia: bosques, viñas, fincas, molinos, diezmos, censos, honores, privilegios, prerrogativas... A pesar de la última buena voluntad de la reina Juana, y de su hijo Enrique IV, no iba a recuperarlos nunca del todo. Las continuas guerras posteriores entre Francia y España agravaron la situación.

Se acabaron los tiempos, en los que un canónigo de Roncesvalles podía ir de Santiago a Roma, por los Alpes, hallando albergue cada noche en una de sus granjas o dependencias.

Pero testimonios posteriores dan cuenta del servicio hospitalario singular —«el más preciso de toda España»—, que se llevaba a cabo en el histórico sitio navarro.

A mediados del siglo XVII se gastan al año más de veinte mil raciones, y hasta treinta mil, entendiéndose por ración un pan de dieciséis onzas, media pinta de vino, y suficiente pitanza de caldo y carne; y los días de vigilia, abadejo, sardinas, huevos y queso, con caldo y legumbre, y algunas veces todo junto, como en los grandes días festivos. Algunos, «con las sobras que recogen tiene para pasar las montañas». No falta un médico francés, o que hable esa lengua, porque «de las diez partes de los peregrinos las nueve son franceses».

Con todo, la situación económica de Roncesvalles se resiente; son «infinitos» los soldados que pasan de vuelta de Flandes e Italia; infinitos los soldados españoles que suben hacia la frontera en tiempos de guerra. ¡Y con todo tiene que pechar la Colegiata, sin privilegios ni exenciones que valgan, y de los que otros, en cambio, gozan!

Siguen viniendo peregrinos piadosos y buenos. Suelen venir también de toda Europa devotos labradores porque para ellos es prerrogativa grande en sus países haber estado en Santiago «para ocupar los campos en la república», y llevan como prueba conchas sobre las mucetas y plumas de gallo y gallina de Santo Domingo de la Calzada en sus sombreros. Distintos son otros labradores, procedentes sobre todo de Bearne, que vienen a sustentarse con sus familias, tras la sementera hasta el tiempo de la cosecha, y entonces «con las blanquillas que an cogido cantando sus coplas y canciones donosas, huelben alegres a sus casas».

Mucho peores son «los vagamundos, olgazanes, valdíos, inútiles, enemigos de trabajos y del todo viciosos, que no son ni para Dios ni para el mundo». Castigados o desterrados de sus países, échanse a cuestras media sotanilla y una esclavina, un zurrón a un lado, calabaza al otro, bordón en la mano, «y

una socia con título fingido de casados», y discurren por toda España, sin jamás acabar las peregrinaciones. A las que hay que añadir los eternos cautivos, que andan engañando a las gentes con novelas que padecieron en Argel, Constantinopla, Marruecos y tierras de turcos y moros, fingiendo mil mentiras.

En fin, los más perniciosos de estos falsos peregrinos son los herejes, ricos y pobres, que llegan por curiosidad o en oficio de espías, con bordones y esclavinas y hasta con hábitos de frailes. No entran en la iglesia ni se quitan el sombrero al pasar delante de ella, o, si entran, es por ver las antigallas de Roldán y Olivero y, por no ser notados, hacen las ceremonias y reciben las raciones. «Es lástima cuánta destuchusma herética nada por España, vestida y disfrazada con pieles de ovejas, siendo lovatones contra la religión cristiana».

He sido testigo de la renovación continua que ha ido embelleciendo, depurando, mejorando todo el conjunto de Roncesvalles, antes y desde que los medievales canónigos regulares de San Agustín se convirtieron en 1983 en Cabildo Diocesano: torre y suelo de la iglesia, museo, biblioteca, archivo, refugio de peregrinos, posada, albergue juvenil...

Los 3.402 peregrinos que pasaron por aquí, vg., el año 1991 (españoles, alemanes, franceses..., por este orden), por motivos religiosos, espirituales, culturales, deportivos u otros, según su propio testimonio, podrán decirlo. Actuales excavaciones han sacado a la luz el viejo molino y tratan de ubicar o reconstruir dos posibles hospederías de los siglos XII y XVIII.

El Año Santo, el Año Jacobeo, el Xacobeo, es también para el viejo y nuevo Roncesvalles cita, desafío, esperanza, ocasión de gozo y servicio.

La antiquísima cofradía, tan antigua como la iglesia, está más viva que nunca. Y en mayo y junio volveremos a Roncesvalles desde todos los contornos y de más allá, en las bellísi-

RONCESVALLES

mas y crecientes romerías que tienen en Nuestra Señora de Roncesvalles no sólo una etapa en el Camino sino su meta, más corta tal vez en kilómetros, más larga quizás en objetivos.

* * *

Roncesvalles es uno de los tres lugares santos, santos y bellos, de Navarra, junto con Leyre y Javier. También uno de los muchos de España, de Europa y de toda la Cristianidad.

A Roncesvalles lo hicieron un día famoso la Leyenda de Roldán y la historia del Camino de Santiago. También Roncevalles contribuyó a la fama del Camino y de la Leyenda.

FEBRERILLO LOCO

(Con *Angel María Pascual*)

Febrerillo loco, como aquel lejano de 1946, nos ha traído ya el Carnaval y también el Miércoles de Ceniza.

Nos ha traído fríos y calores, hielos y nieblas, y una ligera nevada como la de hoy. Pero no es más loco que abril, mayo, o el mismo agosto que parece tan sosegado y maduro. Nos ha traído la luminosa fiesta de la Candelaria: la popular y dulzarrona de San Blas, y la de San Matías, que enciende de vida el nido de las golondrinas oscuras.

Paseo por la Taconera, mientras «empieza a llover con fríos chubascos», enfurecidos contra la antigua Puerta de San Nicolás, que hace tiempo se despojó de la hiedra sentimental.

El libro de la Taconera, que nunca se cierra, está hoy mustio y envejecido. Ya no rezan aquí los curas el breviario, pero continúan paseando las señoras y los señores, y los niños jugando al escondite. Bajo el agua-nieve que ahora cae, don Hilarión Eslava está más grave que nunca, casi funeral, y el bajonavarro Huarte de San Juan se esconde aún más bajo su arriate protector.

Los que nos acostumbramos a la Taconera de los pavos reales enjaulados la encontramos ahora muy tristonía, pero la alegría y el movimiento se han derramado por el estanquillo de los patos y por los fosos de los ciervos.



Veo desde el mirador amurallado los verdes sotos, los sub-urbios blancos y terrosos, las viejas y nuevas torres, el río inquieto, los puentes impacientes. El Arga, arrecido por los fríos de este año, sale de entre las murallas de Capitanía con un temblor de neblina gris que sigue impreguando de mohó los baluartes, ya muy reblandecidos.

La huerta de las Recoletas es amplia y decorosa, y un alto cedro hace aún más verdaderos los tapiales, donde el sol dejó el color de los atardeceres vegetales y silenciosos. El ruido técnico y controlado de los coches, camiones y autobuses sustituyó el tintineo de cascabeles de los ómnibus de la estación, pero las rejas que defienden los ventanales no dejan entrar el mundo en el sacro recinto.

No ha llegado aún la primavera a Pamplona por la plaza de las Recoletas. Las fachadas de ladrillo, con las que hacen juego los ladrillos de San Lorenzo, y sus altas logías de medio punto bajo el ancho alero señorial se borran esta mañana de febrero, como en aquélla de 1946, bajo la borrasca cantábrica.

Tres grupos de mocicos y mocicas, con sus vestidos variados, se cobijan bajo los portales.

Las monjiles acacias casi no se ven; sólo la cercana a la esquina de la Calle Mayor es ya un árbol robusto que protege el kiosko de los periódicos y planta cara a los opulentos plátanos que bordean la cuesta de la Estación.

El obelisco de la fuente cuadrillorona es también parte de ese escenario neoclásico, que cierra la iglesia conventual, con sus tres arcadas de rejería, donde se representa el invisible auto sacramental de la mañana del domingo.

Los abetos del Canadá presiden el silente y lento des-perezo arboreril en los jardines de la Tacuera.

El buen sol saca alguno de sus cien brazos y se ilumina la estatua de la indefensa y siempre acosada Mariblauca.

En el nuevo café vienés varias parejas jóvenes y maduras toman el aperitivo y leen periódicos.

Angel Mari Pascual se habrá alegrado mucho oyendo los recitales de poesías que se celebran aquí todos los últimos viernes de mes.

Se va el sol y vienen otra vez unas hilachas de agua-nieve.
Febrerillo loco.

UN PUEBLO BAJO LA NIEVE

Me acerco de puntillas hasta él por no romper el silencio silente de la nieve. Llego hasta la cabecera del valle, donde hace siglos se asienta este pueblo de ganaderos, y antes también de arrieros, reducido hoy casi a la cuarta parte de sus habitantes, pero con sus 17 clásicas casas en pie, más algunas añadidas.

El caserío se agolpa a los dos lados de la calle que sube hasta la iglesia, alta sobre un altillo, y luego se extiende un poco por el camino que avanza hacia el monte. El nevazo borra casi el triángulo irregular que dibuja la rústica urbanización, oculta su color de tiempo recrecido, limpia de trastos y rastros ganaderos las calles, y rejuvenece el rostro del pueblo, que de pronto se hace sereno y luminoso.

La nieve rejuvenece, en verdad, los pueblos, las ciudades, los campos, las personas. Nos recuerda, desnuda y blanca, la infancia. Y más que recordárnosla, nos la revive. Tirar bolas; hacer muñecos, como ése con una escoba que está en medio del frotón; romper esos carámbanos, los *chinchurros* de mi pueblo, que cuelgan de ese tejadillo, y que son las barbas de la nieve... Unamuno la comparó a una sábana preparada para recibir a un niño. El niño solemos ser nosotros, nuestra alma siempre infantil:

*Este maná de paz, de gracia pura
¿de qué virgen nevoro, a copos, llueve?*

*¿Por qué milagro alado, helado y leve,
se hilan columnas, patios de blancura?*

se pregunta el poeta andaluz Antonio Murciano.

Nieva sobre la trinchera lejana y confusa de los puertos, donde parece acabarse el mundo. Sobre los dólmenes próximos, casi vegetales de tan viejos y humanos, poniéndoles una mano blanda de ternura. Sobre el terreno «montuoso y estéril», del que hablan los libros de autores, que acaso no vieron nunca este terreno. Sobre las casonas del XVIII, seguras, macizas, de anchas espaldas, que pisan recio con sus portones dovelados, cadenas de sillar, pequeñas ventanas y aleros dobles o triples como sombrillas de madera frente a la nieve. Sobre el caserón de cuatro plantas, cuatro aguas y escudo, que parece defender, como un castillo civil, el resto del poblado.

Las ropas tendidas en los balcones están duras como pauderos.

No hay nadie en la calle. Se hunde la nieve al pisarla, se adensa, se aprieta, cruje muellemente, y parece que uno se hunda en un sueño de hadas. Como el silencio es tanto, todo resuena; alguien silba fuerte cerca del frontón. Una risa parece un estrépito. Miran furtivamente algunas personas por el cristal de las ventanas sin visillos, mientras caen los delicados cristales de la nieve. Las gentes del pueblo saben bien que, de hierro en diciembre y de acero en enero, la nieve en febrero es de madera y la de marzo de agua:

*Otsailan, surez
Murtchoan surez.*

Me parece todo el pueblo una miniatura nevada del calendario del hermoso códice *Las muy ricas horas del duque de Berry*. Si hubiera gente por las calles y los niños patinaran por la helada costanilla que sube a la iglesia, me acordaría de los insuperados cuadros de Bruegel el Viejo, uno de mis mejores amigos en la Galería de Arte Antiguo de Bruselas.

La nieve resbala por el ábside de tres paños del templo de la Asunción y hace aún más extraño y sorprendente el retablo churrigueresco, con Santa Apolonia, y Santa Lucía

encogidas de frío. Cuánto frío en aquellos tiempos de grandes nevadas y de largas ceremonias. Las largas losas del atrio cubierto son antiguas losas sepulcrales; algunas llevan inscripciones y lauburus. Nadie se sienta ahora en los fríos bancos de piedra. ¿Vive alguien en la casa de arriba? Nadie, al menos, se asoma al descarado balcón corrido, todo de madera llovida, con dos puertas y cuatro ventanas.

La nieve ha hecho desaparecer las casas, los bosques, los campos. Pero ¿quién se acerca por todo el ciclo? ¿Qué geometría aérea nos interroga y nos emplaza?

*Palacio de cristal. ¿Qué arcángel mueve
los hilos de esta hermosa arquitectura?
Y hay un vals de palomas que inaugura
la fantástica danza de la nieve.*

Balau, como si se ahogaran, unos corderos en los corrales cercanos. Bajo un arco de medio punto salen tres puercos y hocican en la nieve. Las estacas y alambres de unas vallas del campo son restos de no sé qué batalla sepultada.

El paisaje es a ratos edénico, inmenso jardín de sorpresas. A ratos siniestro, porque la nieve lo tapia todo, todo lo nivela, controla y sitúa. Pareciera que somos víctimas de un silencioso naufragio, total y sin remedio.

De repente vuela un corro de pájaros buscando algún sitio amable donde guarecerse. Ladran unos perros a la nieve y sus ladridos suenan como aullidos de lobos. También la «Ostatuko Étxea» está cerrada a cal y canto. Los tictos sobre el balcón corrido, entre los dos salientes del hastial, hacen flores de nieve. Troncos de madera sueñan con fuego a la puerta, solemne y comunitaria.

La nieve protege el suelo y los cultivos manteniéndolos templados, mientras su albedo elevado y su interno poder de emisión ilumina la oscura ceguera de la tarde, apresada por todos los puntos cardinales.

Nieva sobre la pequeña ermita de San Miguel, doctor flamígero en nubes y nieves, pero sin borrar el letrero de la limosna.

Nieva más todavía, como si la nieve se probara, una y otra vez, muchos vestidos blancos.

*Es un ballet. Mirad: es como una
blanquísima muchacha que se tiende
y se alza y repica sobre el frío;
que se vuelve celeste con la luna,
que vive amantada, que se enciende
y se deshela al sol y se hace río.*

Pero no, aún no. Todavía está tendida en su virginal candidez.

Salgo del pueblo también de puntillas, mientras la nevisca borra de blanco el camino. Los pechirrojos y los estorninos saltabanquean y vuelan nerviosos por los bordes y entre los cercanos matorrales.

Los pinos de las laderas, jerárquicos, uniformados, nívcos y verdinegros, son verdaderos coros monásticos cistercienses. Los robles, menos nevados, más individuales, parecen, mejor, frailes predicadores, más aspavientosos, más braccantes.

Está el cielo cenizoso prieto, revuelto, copioso. Nival. Ciclo de nevar.

Vuelvo por caminos nevados de sueños de nieve.

Nieva.

DE NICARAGUA A LODOSA

Venía yo de San Salvador, de visitar emocionadamente la capilla de la UCA (Universidad Centro Americana), donde nos convoca el resonante testimonio de los seis jesuitas españoles asesinados, «mártires de la fe y de la justicia».

Volábamos sobre la invisible frontera entre El Salvador y Nicaragua, sobre las marismas y las islas verdes del golfo Fonseca, sobre la Punta Condega y las espesas desembocaduras de los ríos Negro y Estero Real.

Desde San Salvador, mientras ardía la guerra civil española, llegaba a Nicaragua, en 1936, el joven jesuita de Lodosa Angel Martínez Baigorri.

Sobre la cordillera de los Marrabios, se alinea, de oeste a este, la avanzadilla de fuego de los volcanes, que un día arrojaron su artillería telúrica hacia las orillas del mar. El más alto de ellos, San Cristóbal, echa una bocanada de humo de su fauce desdentada. El Momotombo, a orillas del lago de Managua, lleva a sus pics una laguna de hondas aguas azules, donde se espeja su ya serenada facha y donde sueña, en noches tranquilas, historias terribles de tiempos antiguos.

La Managua donde Angel vivió muchos años y donde murió el 6 de agosto de 1971 ya no existe. Si el terremoto de

1931 la había dañado seriamente, el de la noche del 22 al 23 de diciembre de 1972 la arrancó del mapa. En el centro de lo que fue ciudad quedan en pie un hotel, un banco, unos cuantos monumentos, entre ellos el de Rubén Darío y unos restos de bloques donde se recogen muchas viviendas miserables. La catedral barroca se mantiene erguida pero abrasada y vacía, y el palacio nacional, —«palacio de bizcocho de chocolate»—, junto a la plaza dedicada «a los héroes de la Revolución», sirve sólo de cotidiano centro administrativo.

Una alta basa de piedra alza a un altivo guerrillero sandinista, de hierro, la piqueta en la mano derecha y el fusil ametrallador en la izquierda, glosado por la frase de Augusto César Sandino: «Sólo los campesinos y obreros irán hasta el final».

Cuando el jesuita navarro llegó a Nicaragua, estaba reciente aún el asesinato del héroe de la nueva independencia nacional a manos de Anastasio Somoza. Había comenzado la interminable era somocista que había de durar hasta 1979.

Jardincillos, nuevos monumentos —entre ellos el dedicado a Rubén Darío— yerbines, cucalipos y cruces de carreteras llenan como pueden el áspero vacío que dejó el terremoto en la capital de la República. Atada a un poste y cubierta de flores de trapo, una cruz sencilla de madera recuerda el asesinato de Pedro Joaquín Chamorro, periodista liberal, abatido por el último Somoza. Fue detonante decisivo de la revolución popular. A pocos metros, su esposa Violeta, desde la residencia presidencial, dirige la difícil transición del pueblo nicaragüense hacia la democracia.

Pocos escritores españoles, si es que ha habido alguno, conocieron tan bien este torturado y bellissimo país como el Padre Angel Martínez Baigorri. Aquí pasó muchos años de su vida. Aquí escribió algunos de sus mejores libros, de entre su frondosa creación poética. Aquí enseñó en el colegio, en

las iglesias, en la universidad (llamada también la UCA), en todas partes. Aquí mantuvo la mejor amistad con los mejores poetas de este pueblo, riquísimo en ellos: Azarías H. Pallais, Pablo Antonio Cuadra o José Coronel Urtecho. Otros fueron discípulos suyos: Carlos Martínez Rivas, Joaquín Pasos, Ernesto Mejía Sánchez, Fernando Silva (mejor novelista aún), o Ernesto Cardenal, «la voz que se oye más en toda Hispanoamérica», según el juicio elogioso de Angel.

Llevo conmigo un ejemplar de *Nicaragua canta en mí*, escrito, en su mayor parte, por el poeta de Lodosa entre 1938 y 1942 y publicado en 1968. Es el primer libro que escribe sobre el país que va a ser suyo, canto de amor correspondido:

Nada canta en nosotros sino lo que amamos. (...)
Todo lo cual quiere decir que, si Nicaragua
canta en mí cuando yo la canto
es que ella me amó como yo la amo.

Son años difíciles para Angel, difíciles por la lejanía y la soledad, difíciles para un hombre, que, por ser poeta, es ya difícil. Pero el mundo nuevo que descubre lo hace nuevo también, como él reconoce en el prólogo. Su Nicaragua «renatal» lo hace renacer y renacido. El vive pronto y de lleno, haciéndola suya, la doble poesía de la naturaleza centroamericana: «... la poesía de estas tierras desbordantes de exuberancia de vida y por tanto de muerte, de vida que torrencialmente nace y torrencialmente a sí misma se mata, y de estos ciclos violentos, que un momento los miramos más cielos y más azules que en ninguna parte los hemos visto y, de repente, vemos cómo se desgajan y se vuelvan a chorros, o cayendo por caer o desgarradoramente deshechos en espantosas tormentas. Dos lados de la poesía para mí: de lagos y volcanes».

Una y otra vez dice su amor a su nueva patria, de la que nunca se va porque siempre la lleva consigo:

Poco a poco hasta tu nombre,
Nicaragua, me levantas,
y el alma me mira y vuela
va, mientras sonríe y canta,
por el aire de tus manos
a la luz de tus miradas.

Pero tampoco renuncia a lo que es, a lo que le ha hecho lo que es: «Todo Nicaragua pero desde un alma y un corazón —una vida con unos ojos— de España y más concretamente de Navarra, y, más concretamente, de un pueblo de nombre oscuro, entre La Peña y el Ebro. El Ebro que abría allí el horizonte a lo largo de la tierra pequeña. El Ebro, río de España —de Iberia, que por él se llama así—, río que me había de llevar al mar para que por el mar llegara al otro río, Río de Nicaragua, destinado a unir, como aspiración en la historia y como realidad en mí, todas las cosas».

Para el radical cristiano que es Angel Martínez Baigorri, el amor al mundo que Dios nos dio se concreta, sin perder nada de su anchura, en el amor a la parte del mundo que nos rodea, en que vivimos ese amor del mundo, mirando desde allí al más allá del horizonte que no lo limita sino que lo extiende. Y aquí vuelve el recuerdo vivo y persistente de su pueblo natal:

«Villa que ni siquiera llega a suspiro de ciudad pero que tiene río —un río que va al mar; provincia que sólo se asoma al mar por ese río y por los picos de sus sierras —Sierra Urbasa, Sierra Andía, San Miguel in excelsis—; nación que también está casi toda rodeada de mar y que también se asomó a todos los mares desde el pico más alto de la tierra de Gredos. Y de allí, como los que la fundaron en lo que hoy es a esta otra tierra pequeña pero a la orilla de dos mares y con un río que sale de un lago casi tan grande como mi tierra, y muchos otros lagos y picos altos que suben algunos y se exhalan no sólo en humo y en temblores sino en aspiraciones infinitas al cielo».

Todo el libro está hecho con lo que Nicaragua es: días, noches, campos, ríos, lagos, pueblos, ciudades, campistas, negros, poetas... Angel lo penetra todo con su poema de acero, al decir de Rosa María Paasche, profesora salvadoreña que le ha dedicado un libro ejemplar; poesía eminentemente espiritual, más que cerebral, casi sin adornos, interiorizada y bus-

cadora de sentido más allá de su inmediata encarnadura. Así la ceiba, árbol gigantesco, símbolo de Nicaragua, recibe un trato singular de personificación y hasta de identificación:

*Sangra la ceiba. Y qué profundamente
pienso en mí y en los hombres y en ti, vida:
-Nos hieren -¿qué hacéis, niños?- como en juego,
¿por placer? ¿por maldad? Por... tontería.*

Pero muchas veces el poeta se queda en el disfrute directo de lo que transcribe y describe, consiguiendo algunos de los mejores aciertos poéticos. Como cuando canta el café, producto nacional de Nicaragua, en la hacienda de unos amigos:

*Flor de café, flor de café,
te esperé todo un año y sólo un día
te disfruté.*

O cuando trae en sus versos la «Managua clara y luminosa»; la ciudad vecina de Masaya, entre «estrellas claras» y «luces de olor que cantan». O la ciudad de Granada, donde él pasa los primeros años, en el Colegio Centro Americano. Fundada el año 1524 por Francisco Hernández de Córdoba, en la ladera del volcán Mombacho, conserva aún el talle y el aire del siglo XVIII, español, sobre el que sobrevuelan iglesias barrocas como la de La Merced. La tercera ciudad del país, presa un día de piratas y filibusteros, sufre un mal momento. Angel le dedica un romancillo certero y clásico:

*Granada, luz de agonía,
entre tus calles callada,
¿quién encontrará tus granos,
Granada la desgranada?*

León, Santiago de los Caballeros de León, la segunda ciudad nicaragüense, cabalga también airoso en otro romancillo:

*León, el de los leones,
León de los Caballeros,
León, crepúsculo de oro,
tan viejo y tan nuevo
cuando de ti me voy, en ti me quedo.*

En la Nicaragua pobre y miserable, explotada y bien pronto explosiva, los campistas, campesinos itinerantes que cuidan y vigilan el ganado, merecen la atención delicada del poeta navarro:

*Sin más, tirados, pasan la noche
junto al estero que incubía fiebres,
Así, entre el brillo de sus miradas
que en lejanías de luz se enciende
una amarilla tristeza honda
como en un sueño de estrellas duerme.*

*Pasan y pasan. Vienen de lejos
al paso lento de sus chanchitos.
Y vuelven luego para sus ranchos...
Parecen otros de lo que han visto.*

Los negros, minoría despreciada junto a la de los indios, aparecen en un poemilla ligero y mordazmente lírico:

*Aurora en traje de noche,
cada mañana,
por mi puerta, bajo el sol
qué blanco el negrito pasa.*

Una larga parte de la obra la componen poemas que el profesor de literatura consagra a sus discípulos-poetas preferidos. El mejor me parece el que conmemora el tercer aniversario de la muerte de Joaquín Pasos (+ 1947); es uno de los más intensos del volumen:

*Ya está aquí detenido;
la mano que él buscaba lo detuvo.*

Salgo del acropuerto y paso sobre el gran lago de Nicaragua:

*Sobre el silencio de la tarde
el lago de Nicaragua
queda dormido un instante.*

Isla de Omctapa, con dos volcanes gemelos, como fríos pezones. Islas de Solentiname, inmortalizadas por Ernesto Cardenal y su comunidad cristiana. Río San Juan, por el que navegó náutica, literaria y místicamente nuestro Ángel, «hombre en verso», con «la luz en sus manos preparadas», como lo definió Pablo Antonio Cuadra.

La cintura de América es verde y delicada, como la de las princesas que cantó Rubén Darío.

Yo tampoco puedo olvidar Nicaragua y la llevo por eso hasta Lodosa.

DE ZUBIRI A LARRASOÑA

(Camino de Santiago)

Mañana esponjada de sol, febrero del Año Jacobeo de 1993. Estamos en Zubiri, calle del Puente La Rabia –*Larrabia Zubiko Karrika*–, en un anchurón lleno de coches.

Nos trae hasta aquí, desde Larrasoña, Santiago, «el pequeño» Sautiago, para no confundirlo con Santiago el Mayor y ni siquiera el Menor. Con Santiago Zubiri, santiaguista o jacobista de peso, hemos hecho ya otros tramos del Camino.

Hasta este puente llegamos, viviendo desde Roncesvalles, en el verano de 1988, dentro de aquella célebre marcha a Compostela, organizada por el Ayuntamiento de Pamplona. No es cosa de repetir las cosas.

La *Guía del Peregrino*, de Elías Valiña y su equipo, en la que Javier Navarro escribe la parte correspondiente a Navarra, nos dice: «El Camino sigue el trazado de la actual carretera, por Urdániz a Larrasoña. Te recomiendo este camino». Pues, no, don Javier, escogemos la otra ruta que a renglón seguido nos ofrece usted.

Iniciamos la etapa en la calle Camino de Santiago –*Santiagooko Bidea Karrika*–. Un velillo de escarcha cubre los campos bajo un cielo terso. Tocaban a misa las alegres campanas de Zubiri, como tocaban ya en los siglos fuertes de la Peregrinación. Ladran los perros junto a las casas y casetas a la salida del pueblo. Allí arriba, tras un monte de pinos, la mancha blanca de Leránoz. Bajo un puentecillo de cemento, feo

como todos los que encontramos esta mañana, pasa un regatuelo de aguas frescachonas.

Allí lejos, el morro del Adi pirenaico, y, al otro lado, el Aliscto, cerrándonos la vista.

Sale Sebastián y su mujer, andaluza de remango, a saludarnos desde la terraza de su casa nueva, sobre un altozano que domina el paisaje.

—Buen día tenéis.

—Vamos a aprovecharlo.

Entre quejigos, bojcs y zarzales se extiende el camino bien empedrado frente a la Casa del Valle, apostada cerca de la carretera. Seguimos luego a la misma vera del río, que se desliza casi oculto entre chopos, álamos, mimbreras y alisos. Un morón de lodos, color ceniza queda a nuestra derecha.

Salta otro regacho, como si quisiera sorprendernos.

Ya tenemos delante «Magnesitas», como aquí se la llama.

—El monstruo de Magnesitas.

—¡Pero que ha dado de vivir a toda la zona!

Un chimenea echa humos. Un edificio alto. Casetas. Máquinas. Cables...

Todo un conjunto formidable y enigmático; fascinante, incluso, para los ignorantes que no sabemos explicar nada de él y que a veces lo despachamos con una expresión despectiva, mezquina reacción de la estulticia y de la necesidad. Los montones de material arrancado en Eugui parecen al sol rojizos, grises, cenicientos, terrosos.

—Es como la tripa de un gran órgano, ¿verdad?

—Oye, sí, algo así, es verdad...

Detrás de la fábrica Santiago nos muestra con orgullo el Coto de Enoz Txiki, propiedad de Larrasoaña, venido como herencia de unas monjas que debieron de tener por ahí una casa.

Pasa un equipo ciclista por la carretera, de colorines rápidos.

—¡Igual pasa Induráin!

—¡Por aquí pasó muchas veces!

Montículos de carbón en forma de serrecilla. El armatoste de la depuradora. Pasa un muchacho con su bicicleta «mountain-bike». Las hayas se acurrucan en el collado de enfrente y dejan campo libre a robles y pinos.

Ahí arriba está Ostériz, que parece haberse escapado de los humos y asentado en la cornisa más alta. Recuerdo que cuando lo visité por primera vez, hace una docena de años, había muchas flores, y en una casa de piedra un escudo con un león y una culebra dormida.

—¿Qué dicen los peregrinos cuando pasan por aquí?

—No les gusta todo esto.

—Hombre, es el primer «susto industrial» no sé desde dónde.

Los fangos se apilan en las terrazas de secamiento. Cruza el Arga por medio del complejo industrial, al parecer sin romperse ni mancharse.

—Lo que es las truchas no se mueren.

El polvillo lo engrisece todo. Los montes bajos hacia donde van los humos están verdigrises, verditontos, verdienfermos.

Urdániz se reparte los pisos del halda baja de la colina, donde se suceden una granja, el barrio antiguo y alto, la iglesia, el barrio nuevo y algunas casas recientes, la carretera y la variante.

La iglesia antigua, que estaba más alta, se quemó, y se edificó en el emplazamiento de la ermita de San Miguel. Las casas son grandes y llevan balcones corridos.

El camino se convierte ahora en «arristroso», en una molesta cuestecilla «rompeculos», que corta el talud abarcanca-do. Nos metemos, tras ver pasar otro regatillo y dejando el camino más ancho, por el sendero que sube a Ilárraz entre arces de Montpellier, zarzales, escaramujos, barbadejos y manzanos silvestres. Varios olmos secos con muérdago en las ramas, y ungulinas o yesqueros en los troncos.

Muchos nogales. Lavadero con tejadillo de madera. Fuente de 1917. Dos casas –Auzorena y Zaldun– con buenos portales en torno al camino o calle mayor que sube. Subo yo también y miro el paisaje desde la era. Una mujer está tendiendo la ropa.

–Ahora del cuento, me dice cuando le pregunto de qué viven ahora. Porque antes fue la agricultura y la ganadería, luego la fábrica, ahora el descanso, los fines de semana y el verano.

–La fábrica acabó con la labranza. Eso escupe que da miedo.

–Pues aquí hay unas berzas y unos puerro que parecen sanos.

La gente del lugar comenta que, después de tantos años de promesas, la fábrica no acaba de «recoger» (recoger el humo, el polvillo, claro).

Viene y se va el alguacil del Valle con su camioneta.

Por un carretil asfaltado llegamos a la Abadía, parroquia de Ilárraz y Esquíroz, situada junto al fresnedillo que riega un arroyo. Contiguo está el camposanto, arreglado en 1964, con media docena de cruces y un pequeño carnario. Se repite el apellido Esain. Unos amargones en medio del yerbín son las únicas flores.

La iglesita de Santa Lucía del siglo XVI, porche con techo de madera, está bien restaurada y limpia bajo bóveda de crucería estrellada; guarda una brillante talla barroca de San Pedro de Alcántara y una pila bautismal anterior a la iglesia.

Bautista Azcárate, a quien se le murió la mujer en un accidente de tráfico, lleva aquí setenta años. Vino con su padre y abuelo y nunca ha oído decir que en la casita aneja donde vive, con marcos y postigos pintados de verde, viviera el abad.

Bautista cuida una huerta cercana con muchos rosales y otras plantas más de comer. Baja a este lado también un regato, al que han merido en un askilla y le hacen caer luego en chorro de fuente.

–No, no heban, que beben los ganáus del aska.

En un periquete estamos en Esquíroz (Ezkirotz en el otro letrero).

—El que no se consuela es porque no quiere.

Ladran donde las graujas unos perros. Y se nos acerca un «pastor del Pirinco».

—Hola, guapo.

—Es manso, no hace nada.

Junto a la carretera, a la derecha de la regata y camino de Imbuluzqueta, término de Urdániz, está el restaurante «El Molino», antes tienda y bar. A los peregrinos que envía Santiago desde Larrasoana les hacen el «menú del peregrino», con un caldo gratis.

Por lo que aquí no vale aquella estrofa de la canción franco española de los peregrinos:

*Vou qu'andais á Santiago,
miré vostre mercé,
non ay en posales
nada para comer.*

Mucha gente con chandal por todas partes. Ya hay grupos que se entrenan para Javier.

Subimos un poco y bajamos. Aquí el camino se corta y no hay otro remedio que saltar sobre los tormones de la pieza recién «maquiniada».

Pero el camino sigue ahí, a pocos metros, entre el ribazo de matorral y el río. Se revuelcan unas cardelinas.

Larrasoana, bajo la peña Idoy. Por las laderas, las casetas de la red que viene de Urtasun hasta Mendillozzi. El camino de romería comarcal iba hasta N. Señora de Basagaitz, en Esain; los fieles visitaban la iglesia, hoy ruinosa de San Pedro en Tirapegui, entre pinos y robles. Hubo una casa habitada hasta los años sesenta, convertida ahora en borda.

Varias villas nuevas en la calle de San Nicolás, nombre de la iglesia parroquial y recuerdo de la vieja cofradía de Larrasoana.

Entre zarzales, rosales silvestres, ginebras y pinos, por un suelo húmedo de escarcha, y arrimaditos al río, con pájaros y música de aguas, entramos en la «buena villa» y villa jacobea.

EN CORTES DE NAVARRA

El viajero sale tan contento y animado del Colegio Nacional «Cerro de la Cruz», después de haber hablado durante dos horas y media con los profesores y con los alumnos, que el gozo le revienta por todas las cinchas del cuerpo y del alma.

El viajero se pierde por las calles antiguas y lineales de Cortes, de casas bajas y simples, como de antiguos colonos, realzadas y enlucidas estos últimos años, un poco a la buena de Dios, junto a otras muchas construidas de nueva planta fuera y dentro del casco histórico.

Después de la reconquista cristiana en 1119, fue villa de señorío nobiliario y llegaron a permanecer en ella 400 moros que, tras la peste y otras adversidades, durante el siglo XIV, fueron reducidos a medio centenar. Después de andar de señor en señor, cayó la finca humana en manos de don Godofre, conde de Cortes, hijo natural de Carlos III, al que su sucesor Juan II se la confiscó, en 1462, en favor de su hijo, natural también, don Alonso de Aragón, duque de Villahermosa, conde de Ribagorza y mestre de Calatrava, de ojos de azor y barba veneciana, muerto en la guerra de Granada en año 1485. ¡Todo natural! En 1532 fue vendida la villa por 22.000 ducados de oro al mariscal Pedro de Navarra, a favor del cual, siete años después, el emperador Carlos V creó el marquesado de Cortes con jurisdicción sobre la villa.

Cuando se acerca uno a la villa, lo primero que ve es un bosque de árboles nobles, una torre castellana y el chapitel bulboso de la torre de la iglesia. El castillo encierra y simboliza, aquí, para bien y para mal, una buena parte de la historia del pueblo. Fue, seguramente, una fortaleza musulmana. Su primer alcaide cristiano, don Ramón, hermano del conde Rotrón de Alpeche, primer señor de la villa, debió de encontrarlo hecho y derecho. Conocemos los nombres de sus sucesores. Residencia habitual del padre de don Godofre en sus reales cacerías por las Bardenas, aquí se entrevistó con el rey de Aragón, Martín el Humano, para tratar de la malhadada boda de sus hijos Blanca y Juan.

El severo y hosco recinto amurallado, con dos torreones semicirculares a la entrada, cerrado a cal y canto otras veces, se nos abre de la mano cándida del hada Faustina, que nos lo muestra por dentro como si de un castillo encantado se tratara.

Entramos al patio de armas, donde está plantada la torre prismática, muy reconstruida, rematada por almenas y matacanes y por un ruido de cigüeñas. Uno se imagina, como quiere, la torre blanca y la torre del homenaje, que desaparecieron en el último tercio del siglo XVI, cuando sus nuevos y refinados señores convirtieron el castillo en palacio y lo acomodaron a sus más exigentes gustos renacentistas. Del patio parte una rampa primitiva que sube hasta la entrada original con puerta de rejas, guardada y decorada por tres mastines de escuderil arrogancia.

Por dentro, el palacio ha ido restaurándose sucesivamente y conserva ese aire neogótico y, sobre todo, romántico que uno espera encontrar. El viajero no es ningún experto en estas artes nobiliarias/mobiliarias, pero por eso mismo va recorriendo, como encantado, con sus amigos del pueblo todas y cada una de las habitaciones que Fausti va entreabriendo y desvelando, recorriendo levemente las cortinas de la historia: los suelos, los techos, las lámparas, los biombos, las mesas y mesillas, los libros viejos y nuevos, las sillas y sillones, las camas y los cuadros de devoción, la capilla y las bendiciones de Su Santidad, los deliciosos grabados ingleses y franceses, los tapices, la cabeza de alce cazado en Succia, las cerámicas, la vajilla de cobre, o las carrozas.

A uno le gusta mirar las fotografías de las familias ducales, marquesales, y condales, que por aquí pasaron, con los niños y niñas tan guapos, como de cuadros de Reynolds o Gainsborough. Y se topa con sorpresas como la foto de don Antonio Cánovas del Castillo, cuando era un joven abogado, o la dedicatoria de Don Juan de Borbón, ahora agonizante, al conde de la Unión, escrita sobre una foto de un niño con cara de ángel rubio, que hoy es rey de España.

El viajero se alegra mucho cuando recuerda que aquí vivió muchas temporadas la esposa del embajador español que un día difícil e inolvidable encontró en el oasis de la embajada española en Bagdad. Y si le gusta, dentro de la rica colección de obras de arte, el retrato de don Alonso de Aragón, trazado por Rolán de Moix, no le gusta menos un rostro de personaje masculino y otro de la Virgen, del siglo XVII, que podría firmar Tiziano, esplendorosos de luz y de sombras. Y ve admirado, sala tras sala, paisajes, floreros, bodegas, cuadros costumbristas, religiosos, cortesanos...

—Este es el conde de Zaldívar.

—Esta, Isabel II.

—Fíjate en éste.

—Mira ése otro.

Por las ventanas vemos el jardín posterior, con cedros, cipreses, pinos, y muchos olmos muertos, que hacen un tanto mortecino el conjunto. Vueltos al patio de armas, ya desarmado, sentimos el calorcillo de marzo que nos alivia el frío que da el recorrido por tantos siglos de piedra, hierro y muchas glorias fenecidas.

Cortes, que lleva en su escudo una torre redonda de oro y, en orla, las cadenas de Navarra, tiene muchas calles de nombres patrióticos, como villa fronteriza que es, lo que para su industrialización tan bien le ha ido:

No olvide el lector que las infames Cortes de 1822 intentaron incluir a Cortes en la primicia de Zaragoza. Frente al

castillo, y cerca de dos casonas nobles de los siglos XVII y XVIII, se alza la torrecilla de San Juan Bautista, con rombos de ladrillo de tradición mudéjar, guarda un interior rico en góticos, manierismos, romanismos y barrocos, y una encantadora Virgen flamenca del XIV, marfileña y áurea, con peinada cabellera y Niño galano, que hoy no podemos volver a ver.

Porque antes de que oscurezca quiero ver cómo ha quedado después de las últimas excavaciones, que están lejos de terminar, el Cerro de la Cruz, yacimiento capital para el conocimiento de la Primera Edad de Hierro (s. VIII-IV a. C.), en el Nordeste peninsular.

Del sabio don Juan Maluquer, que trabajó aquí durante muchos años hasta dos días antes de su muerte, se acuerdan bien algunos de mis amigos de Cortes que me traen a este sitio.

Si no es tan difícil adivinar las 68 urnas cinerarias descubiertas en el cerrillo próximo de La Atalaya, entre los años 450-250 a.C., viendo los hoyos abiertos en tierra, no lo es tanto imaginar las casas de planta rectangular —piedra, adobes, madera y arcilla—, superpuestas, durante tres períodos interrumpidos, desde el año 850 al 250 a. C., con sus cerámicas, brazaletes, fibulas, botones, cuchillos, aros, asadores, coladores, molinos de piedra, colgantes, idolillos, fusyolas, morillos, tortas de fundición... Muchas de estas preciosas reliquias podemos contemplar y estudiar hoy en el Musco de Navarra.

Sobre el resto del terreno siu excavar verdcan las ontinas, y da fundamento al topónimo una basa de cemento, donde antes hubo una cruz de madera. En la izquierda norte del cerrillo una docena de pinos carrascos dan al lugar un aire sacro y aromático, preprimaveralmente regocijado por las flores de los albaricoques que fijan los límites de los campos colindantes de alfalfa.

Buen punto este para dar una ojeada general al campo de Cortes; el pueblo aparece lejano, con las dos manos de

sus torres levantadas, la mancha borrosa y grande de la Cooperativa, la línea arbolera que sigue dócilmente al Ebro, dos montecillos aragoneses: Burrín y Burrina, los cogotes bardeneros de Sancho Abarca y El Fraile, barracones de graujas, largas naves de fábricas, huertos, un choperal cercano, los coches que pasan por la alborotada carretera de Pamplona-Zaragoza...

Han hecho bien los cortesinos en haber traído acá el cementerio nuevo —a donde voy a recordar a unos seres queridos— que ahora están poblando de arbolitos. ¡Alto de La Cruz, Cerro de La Cruz, Camposanto de La Cruz!

Pero he dicho ¡cortesinos! Y aquí está mi amigo Elisco, hombre/nombre profético, que me salta con unos versos propios que vienen al caso como anillo al dedo:

*En Pamplona, pamploneses:
no se dice pamploninos.
En Tafalla, tafallexes:
suena más que tafallinos.
En Tudela, tudelanos:
se hace más varonil
que llamarles tudelinos.
Lo mismo que los de Cortes,
de origen tradicional,
siempre serán CORTESANOS
aunque los quieran cambiar.*

No diré, pues, de por vida, ¡cortesinos!

En fin, sé que no se puede escribir de Cortes dejando a un lado su regadío, sus tierras comunales y privadas, de atormentada trayectoria. Pero la tarde se nos está yendo, estamos quedándonos sombríos, y los pinos aledaños del Cerro de La Cruz susurran no sé qué historias sobre dioses, tumbas y sabios.

Volvemos, entre orugas innumerables —cuatro pétalos blancos en cruz—, por un camino ancho que atraviesa los siglos y parece llevar a todos los espacios.

DE SANTA MARIA DEL POYO A VIANA

(Camino de Santiago)

Va a venir la primavera. Faltan unas horas para que llegue. Que no nos vayan luego diciendo, con el verso de don Antonio, que «nadie sabe cómo ha sido».

Dejamos el coche a la sombra de la ermita de Santa María del Poyo (del Puy), término de Bargota, quizás hospital jacobeo desde el siglo XII. El edificio fue rehecho tras la segunda guerra carlista. La talla flamenca, siglo XV, de la Virgen se quemó en 1949 y la copia fue robada en 1977.

Así que más vale aquí encomendarse al Señor Santiago:

¡Herru, Santiago, Herru!
¡Got, Got!

Langarriaba en Pamplona cuando salimos. Ahora el cielo está nublado pero quiere romper el sol. Nos asomamos a la hondonada, con viñas. En el ribazón hay un almendro de flores rosadas, bello como un arcángel. La niebla nos cierra el horizonte lejano. Pasan muchos coches.

Pronto la señal oficial del Camino nos lleva por un atajo que sube sobre viñas, olivares y almendros rosados y blancos. Un pequeño circo de montecillos de matorral, enebros, tomillos y aliagas nos cierra el paso a la vista, por donde aparece la vigorosa musculatura de la Sierra de Codés.



—¿Va por aquí el Camino?

—El Camino de Santiago, sí, por ahí. Arriba tienen una fuente.

En el campo suele hablarse a gritos. Por eso gritan (gritamos) tanto los hombres crecidos en el campo. Gritando preguntamos y gritando nos contesta este buen señor que está edrando la viña con la mula mecánica.

Pero cuando llegamos al alto nos olvidamos por completo de la bien anunciada fuente del Corro y seguimos por el camino que ahora es ancho y cómodo.

Las margaritas han salido ya por todas partes. Son madrugadoras y alegres, sencillas y tiernas, y están siempre vinculadas a la memoria querida de las eras de nuestro pueblo. También el romero comienza a florecer sobre los ribazos llevando el aire de abejas, primavera y perfumes seculares de mujer. Unos pocos cipreses y numerosas varicas de San José, como las llamábamos en Mañeru.

Anda que te anda damos con la buca carretera que viene desde Bargota. Persiste la barrera final de la nieblina. Logroño, al fondo; más acá, Viana.

Paisaje pardo —terroso— gris de la zona media navarra, que se derrama por colinas, alcores, cogotes y terrazas salpicando de herbales y corros de olivos, pintado de almendros floridos, cortado por vallecicos que reúnen rápidos arroyales después de las escasas lluvias del otoño-invierno y de las temidas tormentas del verano.

Van y vienen los coches por una carretera marcada de curvas, que se trazó un día como no queriendo perjudicar a nadie, y ahora perjudica a todos. Hoy nos hemos librado de ella. Hace rato que luce el sol y las alondras suben y bajan, cantan sonoras y alborotan el cielo. Nos sentamos y contemplamos el rotundo esplendor de la mañana:

*Quien no oiga el canto del cielo
no debe ir en busca del Sepulcro del Caballero.*

Los servicios correspondientes del Gobierno de Navarra han ido poniendo en el borde del Camino plantones de pino y de olivos de Bohemia, metidos éstos últimos en unos largos tubos protectores, de marca inglesa, que los recubren desde el suelo hasta casi la punta del tronquillo para crear el microclima adecuado. Ya es hermosa la iniciativa y será cosa de ver cuando «tomen», hojeen, florezcan y se pongan guapos.

Bajamos hacia la barrancada. Hay un hombre en el almendral próximo y le pregunto por la cosecha de este año, pero debe de ser algo sordo porque me contesta

—Sigan las señales que vean por el camino.

La verdad es que todo el tramo está perfectamente indicado por las tiras amarillas que Andrés Muñoz fue dejando bien atadas a los árboles, arbustos, matorrales, aliagas y coscojas. En el fondo del Barranco Mataburros hay un olivar, unos pinos salteados, un rodal de chopos, y en los surcos dejados por los tractores agua de las últimas lluvias.

Kilómetro 130 del Camino de Santiago, cerca de grandes piedras en tierra, con líquenes verdi amarillos. Una cabaña de campo de buenas piezas. Hemos encontrado varias y casi todas en pie. Conjuntadas las piedras con argamasa, y con un techo exterior cónico o semicónico, tienen una buena losa interior para asiento y parece que sirven aún.

Viñas nuevas y bien mantenidas, podadas, sarmenteadas y limpias como de dibujo. Quedan aún los laterales de piedra de un puentecillo sobre el cauce seco, donde hay fajos de sarmientos. Por nuestro lado derecho viene un regatillo, que llaman río Cornava, con agua fresca y primaveral entre juncos, y luego sigue entre carrizos, chopos y huertecillas con puerros y cardos grandes. Una esparraguera removida. Bajo una casa vieja, con parrales a la entrada, han levantado un chiringuito con terracilla y valla forjada. Más allá de la carretera, unos altozanos pinosos. Cinco grandes pinos nos dan, al pasar, el aliento de su aroma de tierra y viento. El regato

abre un ancho regadío verde, con algunos chopos, cuyas lindes van poblándose de cabañas feas como ellas solas.

El río nos anunció el lugar. Pasados unos pequeños pinares, un letrero nos recuerda que aquí estuvo Cornava: «Cornava. Fue un asentamiento romano. Estuvo habitado hasta el siglo XIV».

¿Estuvo aquí *Curnonium*? Los autores discuten en qué lugar estuvo La Cornava histórica entre los lugares que llevan nombres parecidos, si cerca de Los Arcos, si entre Viana y Lazagurriá, al norte de Mendavia, o en el mismo pueblo riojano de Cornago.

Allí arriba hay un típico cerro defensivo lleno de piedras, y debajo otro nivel de terreno, con cerca, donde se hincan los postes de hormigón del tendido eléctrico. Una cabaña de campo, de techo piramidal, recuerda mejor que nada los tiempos romanos. A la vera de la gruesa hierba del camino abundan las primaveras, pétalos de amarillo pálido y manchas anaranjadas en la garganta, nacidas para la fiesta del sol del alegre solsticio. Una abubilla se escapa de una borda cercana, almacén de paja.

Vemos la primera anémona violácea, los racimos purpúreos de las primeras fumarias. Sarmientos cortados al pie de una viña. Un rebaño ramonea, blanquinegro, en la ladera de enfrente.

Salimos de nuevo a la carretera, por un paraje de derribos, pero lo dejamos pronto. Almendros sobre el talud que nos cierra el horizonte a un lado, y viñas y sembradíos al otro.

En una piedra, escrito con rotulador azul, encontramos a «Matheus, Xacobeo 93», a quien encontramos —letra inconfundible— en otra piedra entre Ilúrdoz y Larrasoaña. Lo cierto es que el año 1991 pasaron por Navarra 494 peregrinos

alemanes, 79 suizos y 13 austríacos, casi todos a pie o en bicicleta.

Un espino, estallado en flor, revoloteado de abejas, que le hacen caer las hojas, tiene la señal jacobea atada a una rama. Nos asustan unas motos «de élite», veloces y ruidosas, formidables, con los faros encendidos. Máquinas infernales diría el cronista antañón.

Comienza a nublarse el día. Tras pasar un ramblizo de tierra rojiza muy erosionado, en forma de queso ratoncado, vemos el rocoso velamen de la Peña de Lapoblación.

La torrecilla de Santa María eleva y ennoblece el amplio poblachón que circunvala el primitivo núcleo de la ciudad jacobea. Lo verdca un pinarillo próximo donde arranca una línea irregular que corre sobre viñas y almendrales hacia Aras.

Unos pocos árboles en las dos orillas de la carretera. Unos almacenes con plantas, flores y gallinas. El cuartel de la guardia civil. Allá lejos, una confusa, nubosa y borrosa cortina de montañas con color de lluvia.

Estamos ya en la Avenida de Santiago, en Viana.

¡Herru, Santiago, Herru!
¡Gol, Gol!

CAMPO DE PRIMAVERA

(Entre Lerín, Miranda y Falces)

Nuestro amigo tiene casa encima del mirador de Lerín, uno de los sitios más hermosos para mirar y vivir en Navarra. ¡Si sabrían los condes lo que hacían cuando fijaron en este pueblo su razón social y su más segura fortaleza!

El viajero, que conoce bien el lugar, recorre otra vez con gusto la calle Mayor, que hace muy menores a las demás, y que corta en dos partes iguales la medieval osatura del poblachón, igual que una lanza.

Encandece todo el campo bajo el sol, como un mar tranquilo y verdoyo, con marcadillas de relieves pardos, de corrales marrones y de picachos grises.

Cabizgordo, La Serna, Sopeñas, Esparteta, El Soto, Sobresoto, Las Huertas, Las Salinas, Planillo, Landas Bajas..., nombres antiguos de fértiles senaras, a un lado y otro del tortuoso y torturado río Ega, mimadas y maltratadas durante siglos por soles, aguas y vientos.

Salimos al Monte, a la Sierra del Monte, que es la Sierra de Lerín. Pasamos junto a las piscinas, el campo de fútbol y el polideportivo, todo nuevo, obra de unos ayuntamientos comprometidos y eficaces. Nos adentramos por un camino que atraviesa la serrezuela por la mitad. A derecha e izquier-

da, pinos carrascos y de repoblación, pinos silenciosos, taciturnos. «*Le pin qui sait bien se taire*» (el pino que sabe tan bien callarse), dijo con su habitual acierto el poeta Paul Eluard.

Son los pinos carrascos más occidentales de Navarra, herederos de pretéritas plantaciones de encinas-carrascas, que aún se refugian en algunos ribazos junto a sus parientes pobres las coscojas, y en bosquetes residuales, recortados año tras año por los tizeretazos de las máquinas de labor.

A un lado, Larraga desparrama bajo la iglesia y el pinar su intenso caserío y, más allá, Artajona y su Cerco se redoran al viejo sol. Al otro lado, el baluarte natural de Cárcar, y el barrio alto de Andosilla, con su torre levantisca. Tierras del condado fronterizo de Lerín, otrora assoladas por invasiones externas y divisiones internas, hoy jardines de espárragos y huertas de viñas y cereales, cultivados por ciudadanos europeos prósperos y animosos.

El Moucayo, en el hondón del paisaje, todavía con manchas de nieve en las umbrías, cabalga el horizonte azul de Castilla.

Algunas familias, campestres, reposan bajo los pinos, y algunos andarines robustecen los músculos y queman la grasa que les sobra.

La primavera ha puesto ya en el campo todos sus colores, encendidos, concentrados y puros. Los cebadales, poco crecidos este año de tardías lluvias, van del verde inglés y almendra al verdegay agua, reseda y oro. Los trigales, más formales, llevan ya verdino norte y, en algunas hazas, verdemar y verde malaquita. A ratos los mueve alguna ventolina, y los verdes se ondulan en cremas, platas y rosicleres.

Suelen algunos poetas y prosistas, en trances así, apelar a los originales días de la creación del mundo. En estas semanas pascuales he vuelto a escuchar con los cinco sentidos *La Creación* de Haydn, interpretada por la Sinfónica de Viena, dirigida por Nikolaus Harnoncourt, y tengo metida hasta el

tuétano la música del compositor austriaco y la historia bíblica cantada por Lindley —que la preparó para Hacndel—, traducida y revisada por el barón Gottfried van Swieten.

Así que voy viendo esta tarde aparecer las colinas, las sierras, las cordilleras que veo al derredor; nacer los frescos verdegales para el placer de los ojos, y llegar a su plenitud de atavío y de fragancia todas las flores: las balsámicas y las vulnerarias:

*Hier duften Kräuter Balsam aus.
Hier sprosst den Wunden Heil.*

(Aquí exhalan las plantas su bálsamo.
Aquí brota la curación para las heridas).

Aquí están junto a nosotros, sobre los aljezones, las plantas silvestres que calman las inflamaciones de la mucosa y las que curan las heridas.

El romero azuloso, que huele como a suave incienso, febrífugo y colagogo (evacuador de la bilis); el rosiblanco tomillillo, que huele a mayo y a mi monte de Santa Bárbara, antiséptico, y vermífugo; la sangrienta amapola, pariente de la adormidera, somnífera, sedante y emoliente; el bíblico marrubio, con sus humildes glomérulos blancos, astringente y emenagogo (preferido de las mujeres); y, en el gamonal más extenso que he visto en toda Navarra, el gamón blanco (lirio asfódelo o de San José), detergente y antidermatósico, de largo escapo y tépalos blancos y rosáceos. En el extremo del Monte, en las mugas con Falces y Miranda, se abren los pétalos rosados y rugosamente femeninos de las jaras, y los pétalos blancos, truncados, con la uña amarilla, de los jaguazos moriscos. Cerca, se empinan los finos tallos del albardín.

Todo es novísimo y primigenio.

Huele el campo a primavera, a lluvia verde, a sol húmedo y crujiente, a viento enarbolado.

La tarde es una gran serenidad, solemne y sigilosa, rayada sólo por algún avión mágico, por unos cuervos alborotados, una cogujada sorprendida, y dos abuhillas asustadas que, con sus altas crestas bajas, se meten de golpe en el pinar.

El anticlinal, mordido por las aguas y otros meteoros originó la vasta depresión, en relieve invertido, que de NE. a SE, desde la vega del río Ega a la del río Arga, entre la Sierra de Lerín y la de Peralta. Hazas verdeantes y cabezos pelones, lomas y lomillas, yermos humildes y hondas tierras labrantías se interrumpen en ajedrez variopinto de figuras y colores.

Bajamos del Monte de Lerín y, por La Sarda, seguimos hasta Montebajo, en término ya de Miranda de Arga, flor y nata de sus tierras sativas, bajo los once dientes del serrijón de Montcalto. Cada año se celebra aquí, un domingo de mayo, el día dichoso en que el municipio compró la pingüe finca a unos corraliceros roncaleses. Nos bizquean de alegría a orillas de los hercales, entre colas de zorras, las rojizas flores de las anémonas, o coronarias, y las rosadas de las antirrenmáticas hierbas de San Roberto.

En medio de la pieza, una oveja sola, lejos de la tenada, se tambalea a punto de caerse: única línea quebrada en esta tarde rectilínea. Pasa Julio, un bravo ochenteño mirandés, en una mobylette, camino de unos rústicos panales. Nos habla de la guerra, de la paz, de ministros, de vicarios, de guerras carlistas y de la crinita derruida que se ve desde aquí. Me pregunta si sé qué quiere decir muga y facero, y hasta si creo en Dios. Yo le pregunto a él, que es de Miranda, si su pueblo es mejor que Lerín.

-¿En qué sentido?

-Si es mejor gente.

-No, igual peor.

Y enseguida se completa:

-Pero en lo tocante a regadío, mejor el de Miranda, qué quíe que le diga.

Volvemos al mirador por el camino que pasa cerca del cementerio, del silo y del arrabal.

El sol, disminuído ya entre cornalinas y sardios, se retira discretamente tras la Punta de la Peña y se despieza, sanguiñoso, por los riscos de Codés.

Desde aquí no sólo se siente sino que se vislumbra la rotación de la Tierra.

Languidecen sostenidamente los colores pero no el hechizo primaveral que se nos prendió en el alma.

Campo de primavera.

A LA VIRGEN DE MI PUEBLO

(con R.M. Rilke)

Tienes cara de niña. Porque eres toda libre,
porque cres toda alegre, inapresable,
Por el ángel de Dios sobrecogida.
Plena mañana de Dios.

La estrella de Belén quedó en tus ojos.
Nube del Dios del rayo y la centella,
hecho niño de luz entre tus brazos.
En tus pechos crecientes crece el ámbar.
Tu frente resplandece como el oro.
Todo tu cuerpo es un jardín de especias.
Tus ojos, infinitos corredores de llanto,
son luceros ahora de asombro y de ternura.

Toda la Tierra, en tierra, respira tu fragancia,
mortal y asunta, Madre con nosotros.
Virgen madura como la alta espiga,
pura como la imagen en el lago,
silenciosa y materna lo mismo que una fuente.

Arbol frondoso,
 inclínanos tu gracia.
Uva colmada,
 fortalécenos
con el vino mejor de tu cosecha.

POR LAS RIBERAS DEL EGA

El ciclo opalino, que dejaban ver de vez en cuando unas nubes tumefactas, se ha cerrado de pronto, y un nubarrón fosco, con ribetes verdosos y vinolentos, se ha descolgado sobre Monjardín. El Montejurra aparecía desde aquí huesudo y esperpéntico. Al poco tiempo la nubarrada barría frenéticamente las aluviales tierras de la cubeta tectónica de Muricta.

Pasado el turbión, se ha deslizado durante un rato una lluvia mansa y menuda, una aguacernida, como queriendo hacernos olvidar el susto. Las nubes, ya pálidas, se han roto luego como un cristal frágil; han destellado unos esmaltes celestes, y ha sacado la cara un sol recién lavado y peinado que daba contento grande.

Sobre la presa de Ancín había un cerezo en plena gloria frutal, con un estornino en la rama más alta. Pasaba el río terroso, marrón, casi rojizo, como arrastrando los pics.

Por entre los campos de patatas y tabaco, trigales y alca-ceres, hechos una agualera, entramos en Legaría, tras un arrabal de granjas.

El pueblo es llano como la palma de la mano. Un vergel. Hay acacias por todos los lados, hoy con muchas flores en el

suelo, y algunos aliantos, nogales y chopos. Se han conservado y restaurado bien las casas antiguas y se han hecho otras nuevas en los lindes del poblado. En medio del caserío hay dos parques, uno cercado de rosas de todos los colores, y otro, más reciente, para juegos de niños, con foso de arena y varias pérgolas.

—Este pueblo, sabe usted, es rico. El ayuntamiento saca muchos dineros con las choperas —nos contesta un señor cudomingado, que va hacia la Sociedad de San Pelayo.

Escudos barrocos condecoran algunas fachadas. En casa Ursúa de Arrechea, de altos balcones enrejados, lucen dos, con leones, águilas, calderos, y un castillo entre estrellas.

Hay mujeres sentadas, formando corrillos, cerca de sus casas. Han salido antes que los caracoles.

A la entrada del pueblo se alza un torreón cúbico que remata una casona del XVII, con alero de madera sobre ménsulas. Uno diría que éste fue el palacio local, cabo de armería, solar del antiguo linaje de los Périz de Legaria, uno de cuyos vástagos fue alcaide de Moujardín ya en 1275. Pues no, todos lo llaman «casa de las monjas», por un convento que debió de haber aquí posteriormente, y reservan el nombre de palacio para una casa de las afueras, ahora vacía y empotrada entre secaderos de tabaco y granjas de animales.

En lo que todos concuerdan es en lo bonita que es y está la iglesia renacentista dedicada a San Martín, con un retablo mayor romanista, el pórtico y la espadaña del siglo XVIII, y un jardincillo que es un primor.

Nos lo enseña la señora Elisa, mujer de gentil talante y continente, que se encarga esta semana de que todo esté a punto. Junto a la casa parroquial, vacía, otra casa, también aneja, que fue antes «de los gremios» de la iglesia, según un señor que vive en ella, tiene las ventanas llenas de flores.

Los chopos de la ribera, recién llovccidos, se mueven ahora, altos y radiantes, como si fueran a una fiesta.

En Muriceta, donde la jornada es muy festiva, hay corrillos de hombres con caras muy alegres. Parece que no les ha ido tan mal la manga de agua.

—Malo pa los espárragos, bueno pa lo demás —nos dice un agricultor joven.

Sobrepasamos el barrizal con brío que es ahora el Ega, y entre los fulgentes sotos de sus orillas nos metemos por un carretil que atraviesa herbales aguachinados y nos lleva al primer pueblo del nomenclator navarro que es Abaigar.

El caserío, costancero, se reclina al pie del Alto de los Encinos, que lo separa de Labeaga. La tromba ha ido arrastrando hasta los bajos del centro urbano el cascajillo de la parte alta. Aún corretean regatillos cuando llegamos.

La calle San Vicente sube y baja entre casas viejas y nuevas, se angosta a tramos, se detiene ante el escudo rococó de los Zúñiga, respeta rincones típicos, tapias y huecos de derribos, y vuelve hasta la hermosa iglesia del santo patrón, realzada por gallarda torre. Sólo se le escapa el rellano alto, tal vez un día era de trilla, donde mete mucho ruido la radio del bar que transmite la etapa del Giro.

Cacen dos chorros felices sobre el aska de la fuente construida en 1906.

Desde el alto, cerca del depósito de aguas, contemplamos el gozo verdejo de Valdega a este lado del río: Codés-Peña Gallet, como telón de fondo; la bravía Sierra de Dos Hermanas, con Piedramillera a los pies, y, ya en la cubeta, Legaria a orillas del Ega, Oco en medio del valle, los pueblos gemelos de Olejua y Etayo, escudados en la serrezuela de San Gregorio, cerca ya del santuario, y de Sorlada en el pidemonte.

Una moceta y un mocete, que van a la concentración escolar de Estella, se nos acercan y nos acompañan.

La moceta calla y sonrío, pero el mocete lo sabe todo de su pueblo: de qué siglo y estilo son el atrio cercado y adornado con pirámide de holas; el templo renacentista, transformado dos siglos más tarde; la talla de San Vicente, y los relieves de San Roque y San Sebastián, de minuciosa policromía, recién restaurados.

-¿Y la pila bautismal?

-Del XVI.

Buena ocasión para ir con ellos hasta la célebre ermita de San Bartolomé, pero los caminos están encharcados y más vale no probar.

Así que lo dejamos para otro día y continuamos la ruta.

JUNIO EN LA CUENCA

Junio, que no tiene muchos refranes ni demasiada literatura, si la comparamos con abril o mayo, es el mes del sol, del fuego solsticial y de las primeras cosechas. La devoción al Corazón de Jesús encuentra también en él símbolos propicios. Uno de los pocos refranes, poco populares, distingue sabiamente las siegas:

*En Junio, hoz en puño
para lo seco, mas no lo maduro*

y deja, para el mes siguiente, paso a otro refrán:

*Julio,
lo verde y lo maduro.*

Uno de los tres nombres vascos que el *Diccionario trilingüe* del P. Larranendi asigna al mes de Junio es *garagarrilla* (mes de la cebada). Por el Romanizado y tierras vecinas todavía perdura el nombre latino, en forma de *ordio*, y se llama *ordial* un campo pequeño donde se cultivan cereales para forraje.

El *Libro de Alexandre* fija la misma palabra cuando canta al mes de Junio:

*Maduraban al junio las mieses y los prados,
tenia derredor de sí muchos ordios segudos,
de cerezas maduras los cerezos cargudos,
eran al mayor siesto los días allegados.*

Orecen algunos cebadales; otros toman un tono crema o tostado, antes de llegar al amarillo vivo, que luego se hará amarillo quemado. Cuelgan por el Sur unos cúmulos aislados, y se mueven por el Noroeste unos cúmulos-nimbos, que van espesándose, hurtándonos a ratos el sol. Un ciércillo leve mayea y hasta abrilca esta tarde soliza de junio.

Salvamos, por encima, la autopista y, enseguida, por debajo, el ferrocarril, y nos adentramos en un oasis de verdor y de silencio que queda entre carreteras ruidosas, y que velan desde su majestad azulenca las montañas familiares que aullan la Cuenca de Pamplona.

Unos sotillos frondosos bordean el curso discreto del riachuelo que algún libro llama Lccumbegui, en descenso hacia el Araquil. Madreselvas y rosales silvestres esplenden entre la flotilla de acacias, olmos, encinas, fresnos y otros primores.

Por una cuestecilla, que da razón del topónimo, llegamos al caserío de Aldaz o de Aldaz-Echavacoiz, antiguo lugar de señorío nobiliario hasta comienzos del siglo pasado. La casa gótico-renacentista, bien restaurada, lleva escudo en la clave de su hermosa portada, otro escudo alto, reloj de sol en piedra, doble alero, algunas ventanas enrejadas, una galería alta de balcones y una torre palomar en la parte posterior.

A un tiro de piedra, sobre el balconcillo natural, está la iglesita dedicada a San Esteban, pero en esto que nos sale al encuentro, o al mordisco, quién sabe, una manada de perros que nos impiden dar un paso más. Así que nos quedamos sin ver las tablas del taller de Ramón de Oscáriz y la Virgen sedente del Primer Renacimiento, si es que todavía se conserva aquí.

Tierras de grano y menuceles. Golondrinas blancas (aviones) revolotean entre las espigas de los cebadales, y se levantan, verticales, alondras a nuestro paso. Una larga valla de cipreses cerca el terreno de una villa nueva.

Ariz trepa unos metros por el monte de Zabalgaña pero se detiene pronto a la sombra segura de las encinas que crecieron lentas y firmes. Una higuera y una parra permanecen fieles a una casa gótica que se desmorona, mientras hierbas y

flores ahogan ya una estela sepulcral del siglo pasado. Siguen unas pocas casas, nuevas y renovadas, entre huertas y jardines.

En lo alto del lugar, una antigua casa parroquial, enteramente remozada y realzada, oculta casi la iglesia de San Martín, sencilla construcción medieval, con dos gruesas campanas alojadas en un tosco campanario y el ábside a punto de agrictarse. Están terminando la casa concejil.

¡Qué nueva aparece desde aquí la concha marino-vegetal de la Cuenca, que cierran la Sierra de Saldise, el Perdón, Alaiz, la Sierra de Aranguren, San Cristóbal y el Sollauendi o Eltxumendi!

Iglesias-vigías, a veces también fortalezas, se encaraman a la repisa de los montes o se alzan sobre altillos, cerros o colinas —el escudo de la Cuenca de Iza lo proclama—, y forman una red exacta y estratégica de defensa y coordinación: Ariz, Olza, Artázcoz, Izcue, Sagúcs, Cizur, Barañain, Iza, Orcoyen, Berrioplano, Oteiza, Sarasa, Aldaba, Ordériz y Aldaz.

Volvemos sobre los pasos sigilosos pero rápidos del regato, y por otro carretil subimos —de ahí el nombre del pueblo— por entre trigos trufados de ababoles, hasta el rellano de la mesetilla de Aldaba, que es ahora un ventorrerillo placentero. Un milano bajo nos da la bienvenida.

Casas grandes a cuatro aguas, algún escudo en la clave y sobre la clave, alguna ventana gótica sin mainel. Varias villas recientes. Acacias, rosales, fresnos, yucas y abetos por toda la calle-anchurón, que lleva el nombre de la Patrona. Unas cardelinas revuelan por las acacias.

Mikel, al que vemos muy satisfecho, es el único chico del pueblo, entre cinco chicas. Pero Natalia, que es un poco mayor, va y salta con mucho entono y gravedad:

—Sí, pero dentro de poco va a venir otro chico.

La iglesia de Nuestra Señora de la Asunción está precedida por un atrio cercado, con varios plátanos y un nogal. En el interior, oscuro, sobrecoge una románica Virgen con Niño —mutilado de cintura para abajo—, que imita el modelo de

Santa María de Pamplona. El templo está enfermo de humedades y hay varias estufas para la friolenta feligresía.

Un buen camino baja por el lado izquierdo de la meseta hasta el despoblado de Ordériz.

Ordériz era para mí hasta ahora la talla de una Virgen con Niño del siglo XIII, de madera policromada, que se conserva en el Museo Diocesano. Veo ahora la casona restaurada, a cuatro aguas, con dos escudos del XVII, gran arco conopial sobre el portalón, y ventanas enrejadas. A su izquierda, en el fondo del vallecico, queda un redondo robledal, y, a su derecha, tras unos fresnos y nogales, arranca una línea alta de pinos. Unos cientos de metros más allá, resalta en un atillo la torre de la iglesia de San Salvador, que albergó un día la Virgen románica, y donde las yedras sostienen aún algunas hornazas de la nave.

Milhojas y flores azules de guisante adornan los lindes del camino. En los ribazos pestañean las flores blancas de los agavanzos. Y el aire recien de a rosas silvestres.

Con las insistentes lluvias de estos primeros días de junio, la primavera está ya madura, presta a dar el relevo al estío que ya asoma en las vedejas de la diosa Ceres.

«Hay instantes de gloria así, por abundancia, como los hay también por desnudez, cuando el anhelo está abierto del todo al infinito como la rosa que va a deshojarse. Y hay instantes así en cualquier estación y en cualquier sitio y en cualquier día. Haciendo consistir aquello en un don milagroso». Así escribía un día de junio, mediados los años cuarenta, Dionisio Ridruejo en *Diario de una tregua*, uno de los libros más hermosos de nuestra literatura contemporánea.

Al esplendor original y granito se añade aquí el esplendor logrado por el esfuerzo del hombre.

Por entre la variada y verdiluz colladía de la Cuenca de Pamplona avanza el cuarto mes de los romanos, Junio el joven, vestido de ferrosura.

LA ACADEMIA DE LA LENGUA Y MARCILLA

El Instituto de Bachillerato de Marcilla, Marcilla entera y los diez Municipios afectados han celebrado durante todo el año 1992 las bodas de plata –veinticinco años de amor y eficacia– del «Marqués de Villena».

Desde el cielo los tejados de Marcilla dejan ver bien a las claras la rápida evolución de la villa, que ha conservado la estrecha geometría de sus calles pero ha cambiado casi todas las casas, en un curioso barullo de tiempos, estilos, necesidades y pretensiones. Tejas viejas y tejas nuevas, sepías, rojizas y rojigrises, uralitas y pizarras, terrazas, huertas, tierras y cementos nos cuentan el intenso crecimiento demográfico acaecido en su reducida superficie de 21,5 kilómetros cuadrados. La menor superficie y la mayor densidad del contorno (107 habitantes por kilómetro cuadrado).

Pasando entre gigantes, hemos recorrido en procesión la parte antigua del pueblón, sombreada y fresca, desembocando en plazas y plazuelas que los nuevos edificios han hecho nuevas. Hemos pasado junto al nuevo Ayuntamiento y recalcado en la nueva iglesia, donde nos acogen una Virgen gótica arcaizante, un Crucifijo y una Virgen renacentista del siglo XVI.

Después he ido a visitar de nuevo, como un pequeño homenaje, el Instituto «Marqués de Villena», que ocupa el lugar de las escuelas antiguas. Había un sol de fiesta que todo



lo alegraba y encendía, también el verde festivo de los arces, castaños, plátanos de Indias y rosales del patio. Detrás, bajo un murallón de chopos de una finca particular, estaban los campos deportivos, el nuevo Colegio Nacional, el nuevo pabellón cubierto... Casi todo, como se ve, es nuevo en Marcilla, menos el castillo, del que ya habló en su día el viajero, y que, dentro de sus naturales fosos, parece que siempre está jugando al corro. Al corro de la historia, que no sabe qué hacer con él.

Juan José Catalán nos ha resumido bien su vida en la *Revista del 25 Aniversario*. Nació en Marcilla el 7 de septiembre de 1650 en el palacio del marqués de Falces, estando sus padres de tránsito, camino de Pamplona, para entrar en posesión del Virreinato de Navarra. Era su padre don Diego López-Pacheco y Portugal, marqués de Villena y duque de Escalona. Virrey de Nueva España en 1640-42, vino nombrado en 1649 virrey de Navarra, donde gobernó de 1650 a febrero de 1653, cuando murió, siendo sustituido por don Juan de Arce y Otalora, regente interino.

Su hijo don Juan Manuel —Juan Manuel María del Aurora, como dice la partida marcillesa de bautismo— Fernández-Pacheco Acuña Girón Portocarrero no le fue a la zaga. Recibió el toisón de oro por sus hazañas militares en Austria y Hungría. Fue posteriormente embajador en Roma; el cuadragésimo séptimo Virrey de Navarra (del 26 de febrero de 1691 al 16 de octubre de 1693); virrey de Aragón y virrey de Sicilia y Nápoles.

Aquí las cosas le fueron mal, cayó prisionero de los austriacos, que lo pasaron por Nápoles en carroza descubierta para que lo insultase y escarneciese «el populacho», y lo llevaron luego de cárcel en cárcel. Tras la batalla victoriosa de Brihuega, su hijo mayor pudo canjearlo. Felipe V le ofreció después nada menos que la mitra de Toledo, a la que iba unida la dignidad de cardenal. El Marqués de Villena, du-

que de Escalona y marqués de Moya, hombre apacible y sereno, muy religioso y poco amigo de malas componendas, le contestó muy digno:

—«El ser obispo es gobernar las almas y como sé el cuidado que me cuesta la mía, no me basta el ánimo para cuidar de las ajenas».

Se contentó con aceptar, en 1713, ser mayordomo mayor del rey.

Fue este Pacheco, como se ve, caballero cabal y retoño vigoroso de aquella familia aristocrática castellana, de raíz portuguesa, que le dio el nombre y el linaje; señores de Ferreira y origen troncal de varios títulos resplandecientes en la nobleza española: Villena, Cerralbo, Escalona, Osuna..., que ocupan las tierras, riquezas y privilegios de media Castilla.

¿Y qué tuvo que ver don Juan Manuel con aquel otro Villena, don Enrique, nieto bastardo del rey Enrique II de Castilla, que no llevó título alguno, pero fue fecundo escritor, traductor principal de clásicos, matemático, filólogo, astrólogo, mago, experto en artes cisorias y en el arte de trovar?

Nada, porque el título estuvo vinculado desde 1445 a los Pacheco. Pero mucho, porque don Juan Manuel, abatido como estaba tras tamaños lauces y achaques, cojo y con bastón después de trotar por las prisiones italianas, tuvo aún temple para tratar en Madrid sobre «puntos de ciencia, historia y buenas letras», fundar la Real Academia de la Lengua —aprobada por real cédula del 3 de octubre de 1714—, presidirla durante once años y preparar la edición del Diccionario.

No quiso el ex-virrey de Navarra una Academia a la italiana, de arte festivo, poético o burlesco, como la valenciana «de los nocturnos», tau en boga entonces. Cuando «en palacio apenas se hablaba más que en francés», fundó una Academia «para salvar la lengua literaria pero también la usual de España», en frase del académico Rafael Alvarado, donde pudieran entrar y enseñar no sólo eclesiásticos y gente de

toga y garnacha sino todos los que conocieran bien la recia lengua castellana (o española) y supieran hablarla y escribirla. Para limpiar, fijar y hacer resplandecer no sólo las palabras sino sus ideas correspondientes y todo el arte de la humana comunicación.

Nos cuentan los profesores del «Marqués de Villena» los orígenes, los comienzos y las peripecias académicas y humanas de este tercio de siglo en el Instituto y en su entorno. Algunos de los políticos navarros y españoles del tiempo que hicieron posible el empeño titulan las calles de la villa, que cuenta nombres sonoros y patrióticos y le tiene también dedicada una plaza al Marqués.

El director del Instituto, canela en rama, habla del conveniente proyecto educativo del Centro, que recoja su personalidad propia, sepa preparar a los alumnos para la vida, equilibre la formación técnica con la humanística, y enseñe a trabajar en equipo, a encarar las dificultades con optimismo y fortaleza, «a valorar la vida, la paz, la libertad, la solidaridad, la tolerancia, la apertura a lo trascendente, etc.». Generosas, valientes, inusuales palabras.

Yo también espero que las universidades, institutos, escuelas, colegios... sean en cada ciudad, villa, pueblo, comarca, pequeñas academias de la lengua, enseñen, al menos, a hablar bien y limpio, sin violencia y sin odio, sin prepotencia ni exclusión.

Y eso también en Marcilla, donde, como comenta donosamente Pedro Reyeró, se llama *pella* a la coliflor, *cutos* a los cerdos, *cardelinas* a los jilgueros, *falsos* a los débiles y *abridores* a los albaricoques. Y donde, añadido yo, se organiza cada año el campeonato mundial de azada, llamada «rabiosa».

Aquí, donde nació nada menos que el fundador de la Real Academia de la Lengua Española.

MONJARDIN, CASTILLO Y ERMITA

Monjardín, el antiguo Deyo, al que el viajero ha contemplado y metaforcado hartas veces, fue nombre evocador, amado y temido durante la Reconquista. La *Crónica de Turpín* imagina a Carlomagno, el de las barbas floridas, expulsando de esta fortaleza al príncipe navarro Fura. Sirvió de nido fortificado, en forma de baluarte, a los renegados Bannu-Qasi, aliados a los moros invasores, hasta que Sancho Garcés los echó de allí el año del Señor de 908.

Sancho Garcés I (905-925), fundador de una nueva dinastía, salva el pequeño reino de Pamplona en un momento crucial de su arriscada existencia. Animado por un ideal religioso, somete la región de Pamplona, y antes de ganar a los moros las fortalezas de la comarca de Tafalla y del Ebro y de hacerse con el condado de Aragón, se lanza contra el castillo de Monjardín y contra todas las posiciones sarracenas en tierras de Deyo.

Esta vez es el caudillo moro el que llora la derrota:

*Subiöse encima de un carro,
el más alto que veía;
desde allí mira su gente
cómo iba de vencida;
de allí mira sus banderas
y estandarles que tenía,
cómo están todos pisados*

*que la tierra los cubría;
mira por los capitanes,
que ninguno parecía;
mira el campo lino en sangre,
la cual arroyos corría...*

Siglo y medio más tarde, un inseguro documento nos cuenta cómo el rey navarro, después de expulsar a los musulmanes de las montañas, se acercó al castillo de San Esteban del Deyo, decidido a tomarlo por la fuerza. Antes de emprender el ataque, entró en la iglesia de Santa María de Irache e imploró el auxilio divino por intercesión de la Virgen Santísima:

*¡Oh válasme, Dios del cielo,
y Santa María su Madre!*

Conquistado que hubo el castillo, lo entregó a la Virgen de Irache con todas sus pertenencias.

San Esteban de Deyo estuvo, según los tiempos, en manos de los reyes o de los obispos iruñenses. A veces se lo cedían amigablemente, a veces se enzarzaban en pendencias interminables, cuando los reyes no lo arrebataban por la fuerza. La Iglesia renunció definitivamente a su señorío temporal el año 1319, y en 1494 se hizo realengo para siempre.

El nombre de San Esteban de *Mont Jardin* aparece sólo el año 1143. De Monjardín dependieron durante años Villamayor, Labeaga, Igúzquiza, Azqueta, Lauquin, Urbiola y Adarreta, que fueron también motivo de continuos conflictos entre la mitra y la corona.

El sol, un sol vendimiador de octubre, solo y jaque, se apodera cómodamente de todo el paisaje mañanero.

Rodamos, como nos aconsejan, la pirámide monticular por la izquierda, subiendo por un camino ancho, y pedregoso, que costea el chaparral, al que sucede, más arriba, un euebral canijo y, más allá, un pinar más canijo todavía, parcialmente quemado. Algunas grandes piedras, medio inte-

gradas en el suelo, parecen desprendidas de la vieja fortificación. Desde el camino ésta parece, según se la mire, ora un morcuero puntiagudo, ora un caserón en ruinas, ya un chozo hundido, ya un castillero desmochado.

Villamayor se queda abajo, triángulo de casas nuevas y viejas, en las haldas del monte, entre barbechos pajizos u ocriverdes y tierras rojizas con cepas altas recién plantadas, bien resguardado de las ventolitas norteñas, mientras los últimos lomos del Montejurra lo guardan de los bochornos.

Cuando vamos a torcer de oeste a norte, nos da en los ojos el amplio y ocrirrojo Valle de la Bermeza, sin río y sin árboles, abierto por Oco, Olejua y Etayo, y encarrilado luego entre la Sierra de Cábrega y la Sierra de Codés. Amuralla el paisaje, allí lejos, la Peña de Lapoblación. A la derecha, la Val de Ega (Valdega), que termina entre encinares prietos y farallones calizos, que fueron los castillos naturales de los voluntarios de Zumalacárregui.

Un moderado repecho, y ya estamos frente a frente del castillo roquero, ahora sí, erguido entre media docena de pinos, asentado sobre una plataforma rocosa, un peñascal monolítico de forma cónica, con la basa erosionada sobre tierra. No es fácil, de buenas a primeras, distinguir la primitiva traza pentagonal de aquellos gruesos muros almenados de cantería, de más de dos metros de espesor por quince de alto. Quedan por este lado algunos cimientos y parte del muro de una torre cuadrada y, por el otro lado, la escalera de acceso al recinto. Restaurado una y otra vez tras la conquista cristiana, el fortín fue utilizado sobre todo en la tercera guerra carlista.

*A luchar oan los navarros,
a luchar como solian...*

En la época barroca se construyó dentro del conjunto, con los sillares medievales del viejo castillo, la ermita de San Esteban o del Cristo, que sobresale sobre los muros del baluarte.

Preside la nave una cruz neoclásica de madera, una Virgen con Niño y una talla de San Esteban, ambas del siglo

XVIII. La ermita le ha dado al lugar el nombre de Sta. Cruz de Monjardín. Remata el edificio una rústica espadaña, con la campana que regaló una Peña de Pamplona hace veinticinco años.

Zancajamos por la vertiente norte, por donde sube el encinar hasta los pinos. A nuestros pies, Labeaga, recorrido hace poco, y, más allá del Ega, el vasto y refulgente piedemonte de Lóquiz. Yendo hacia el Este, nos sale al paso Igúzquiza, con su palacio terroso y la sierpe blanqueada de la nueva carretera que culbrea hacia Estella. Eulz, Zufia, Arbeiza, Ayegui, Irache... Manchas de pinos, encinas, coscojas y matorrales. El ceñido cortejo choperil que sigue al río. Pequeñas huertas y tempranales. Tierras de labor, nogueradas, rucias, alazanas, albarizas. Lomas, algunas separadas por balates y ribazos. Altillos, promontorios y eriales, de color musco y vellorio. Aljezares quebrados y escurridizos.

Embiste el sol con sus cuernos de fuego contra Belástegui, Peñas de San Fausto, Peñas de Echávarri, Alto de la Trinidad, Altos de Goñi, Sierra de Sarbil, Sierra del Perdón, Sierra de Alaiz, y sobre todo contra las fornidas, descarnadas peñeras de Montejurra.

Azqueta se sube a la lomba y ve pasar los coches, los soles, los vientos, las estaciones y los siglos.

Nuevos viñedos y viejas tierras labrantías se derraman por el Sur —Urbiola, Luquin, Barbarin— hasta llegar a las colinetas que siguen a la cola del furgón del Montejurra. Tras ellas la mañana, de tanta luz se hace miope de calima, y allí lejos se asoma por fin el Moncayo como un sueño.

*Adiós, castillo de Deyo,
castillo de Mont Jarlín,
nido de guerra vacío,
lírico y alto botín...*

POR LAS ORILLAS DESORILLADAS DEL ARGA

Llueve apaciblemente sobre el estanque del parquecillo. Sobre los plátanos de Indias, magnolios, palmeras, castaños y tilos. Tanto, que apenas se oye el verde tamborcillo de las hojas. El ambiente es sombrío, sugerente, edénico. Y entre rendijas se ven las luces encendidas del Café Media Luna.

Nos asomamos a la Ripa de Beloso —margas grises arriba, árboles fluviales abajo— sobre la huertería de La Magdalena, donde cebollas, cardos, borrajas, y otras especies concursan del verde alga al verde bronce, mientras comienzan a ambarrear los chopos, los alisos y los sauces.

El Arga, que otros días bajaba a estas horas poltrón y perezoso, de gris acero, nos viene hoy recio, perinchido, precipitado, marrón espeso, y espumoso, arrumbando esguazos y arrastrando ramosos, amenazando vegas y desfalladeros.

No crece el río con agua limpia.

Se levanta la cruz del Seminario como para conjurar la tormenta que se cuaja tras la ruda cortina que empieza a desdibujar el monte San Cristóbal, el caserío de Orvina, los cipreses y abetos de Huarte y la clínica de San Juan de Dios.

La avenida anega los matorrales y los mimbrales de las riberas tras anegar las huertas bajas que parecen arrozales.

Sube una música dura desde el Club Natación, que guarda, como en reserva, unas piscinas llenas de agua azul, y la catedral pone, como en similares ocasiones, esa cara de guarda jurado tensa y desabrida.

La orvallada se hace lluvia y lluvia agria. Y el paisaje, una tabla de Pissarro o de Corot.

Dicen los cronistas de la ciudad y antigua corte, a los que leo con atención devota, que el río multiplicó, la pasada noche, por cuarenta su caudal; que creció el mozallón de Urquiaga dos metros; que cubrió pasarelas; que los ojos del puente del Plazaola —arrastrado por otra crecida en 1930— quedaron semi tapados con dos troncos, y que alcanzó la base de las casas de Ayestarán. Hay quien compara la riada con la de diciembre del 80 y la de enero del 81.

Se pregunta con mucha razón literaria J. M. Iriberry si el Arga, río fronterizo y jacobeo, no estará enojado de tanto puente como le han puesto y le están poniendo, y si a eso se deberá, después de once años de avisada contención, la vehemente salida de su natural paso y costumbre.

El de La Magdalena, el puente más viejo, es ahora todo ojos. Los plátanos, acebos y avellanos lluviosos parecen dobles a la luz ambarina de las farolas. El río pasa con un cauce hecho ramblazo y ramblizo, que ha ido descalabrando las huertas próximas. Las ramas de los alisos se defienden como pueden de la llena, que intenta arrastrarlos una y otra vez.

Llegan a media columna las aguas aviesas y torcidas en el puente de San Pedro, ya sin Zubipunta, después de inundar el parque infantil y las piscinas. Vemos un tronco grande varado entre el medio ojo y la orilla, y un remolino de basura golpeada: latas, plásticos, maderas, y otros escurrajos entre los arbolitos, rendidos casi a la corriente. Hay gente sacándose fotos sobre el lomo del puentecillo, que hoy parece de una película de Walt Disney. Uno mira a la torreta sin campanas del vacío monasterio de San Pedro, y, allí lejos, a la torre del Museo, entre fuerte luz blanca, sobre el Paseo de Ronda. Clarca por última vez la tarde por San Cristóbal.

A estas horas el Arga y el Aragón se embisten en la confluencia de Funes como dos chotos rabiosos o encelados, pero aquí, junto al puente de Santa Engracia, a la luz de la poca luz de la anochecida, se resbala el Arga por la presa como serpiente de piel sucia y grasienta, limpiándose en los matorrals que crecen entre las piedras góticas. Dos señoras de Pamplona miran sobre el pretil a un lado y otro.

-¿Qué, viendo la riada?

-La riada desde los puentes.

-Sí señora, así hay que verla.

Los puentes viejos, histórico-artísticos, son horriquillos de piedra cansados, aunque dos de ellos lleven aún pesadas cargas de coches; todavía nos hacen «la puente de plata» y nos animan a ir «por la puente, que está seco», sin tener que apearse el río por manso que pase. El viejo Runa está acostumbrado a ellos, son parte importante de su biografía, le añaden belleza y carácter. También se ha acostumbrado al de Cuatro Vientos -cierzo, bochorno, castellano y solano-; al de la Chantrea, que parece quebrado de tan mojado, y al de la Rochapea, en el barrio de la humedad, por donde pasa el río como un toro, casi como un búfalo, llenando de pavor los manes de las antiguas lavanderas y arrasando todos los tendederos.

Así que el río se ha ensañado con los dos puentes en construcción. Esta noche arrastró la explanada provisional de El Vergel, que viene a reemplazar al de San Pedro, que se queda sólo de monumento y de puente de a pie, y acometió con su empuje de aguazón contra el de las Oblatas, frágil aún como su nombre indica.

Aquí ha arrollado tubos macizos, cerchas de cimbrado, andamios, tablones, puntales, vallas, aletas... Pero a la vez, y esto es aún más triste, en su febril cogúelmo, ha saltado ribe-

ras, ribazos y balates, y sumergido explotaciones de semillas, árboles frutales y plantas de ornamento, amén de miles de metros cuadrados en esplendor de tomates, puerros, alubias y escarolas.

Hemos dicho toro y serpiente. Hace siglos que nuestros antepasados, mucho más indefensos que nosotros, llamaron así al río loco, al río borracho de agua.

Como un joven efebo recostado aparece en el frontón de Olimpia y en el Partenón, y en otros sitios como joven nadador e incluso como un anciano echado entre cañas, cuando el río sigue su curso sosegado y fecundante.

Pero cuando se salía de madre, los griegos de la pequeña y de la magna Grecia lo vieron, lo pintaron, lo esculpieron y lo cantaron como serpiente que luchaba contra Hércules, y sobre todo como dios-río en forma de toro.

Hijo de Tetis y de Océano y padre de las sirenas, fue vencido por Heracles. Este le arrebató un cuerno, que, llenado por las ninfas de frutos y flores, se convirtió en cuerno de la abundancia. Tan amigo y benefactor de los hombres resultaba, que a las veces era representado con cabeza humana.

Se llamaba Aqueloo.

* * *

Ayer Aqueloo sólo llevaba testuz de toro, de toro enfurecido.

En Cuatro Vientos un bar anuncia en los cristales bacalao, quesos, vinos, jamones y embutidos.

Orvalla. El agua se traga la luz. Cerca del puente de las Oblatas los accesos no tienen accesos y hay muchas balsas.

-¿A dónde sube este puente? -nos pregunta un señor.

-No sabemos. Eso estábamos mirando.

Está la noche hosca y el tráfico parece más inhumano que nunca.

El gallico de San Cernin cintila allí arriba.

Aún queda el miedo de la noche.

¿Será cierto que

*Al cabo de los años mil
vuelven las aguas por do suelen ir?*

Sea lo que sea, esta noche eso no es, en el mejor de los casos, ningún consuelo.

DE ORBAICETA A URKULU

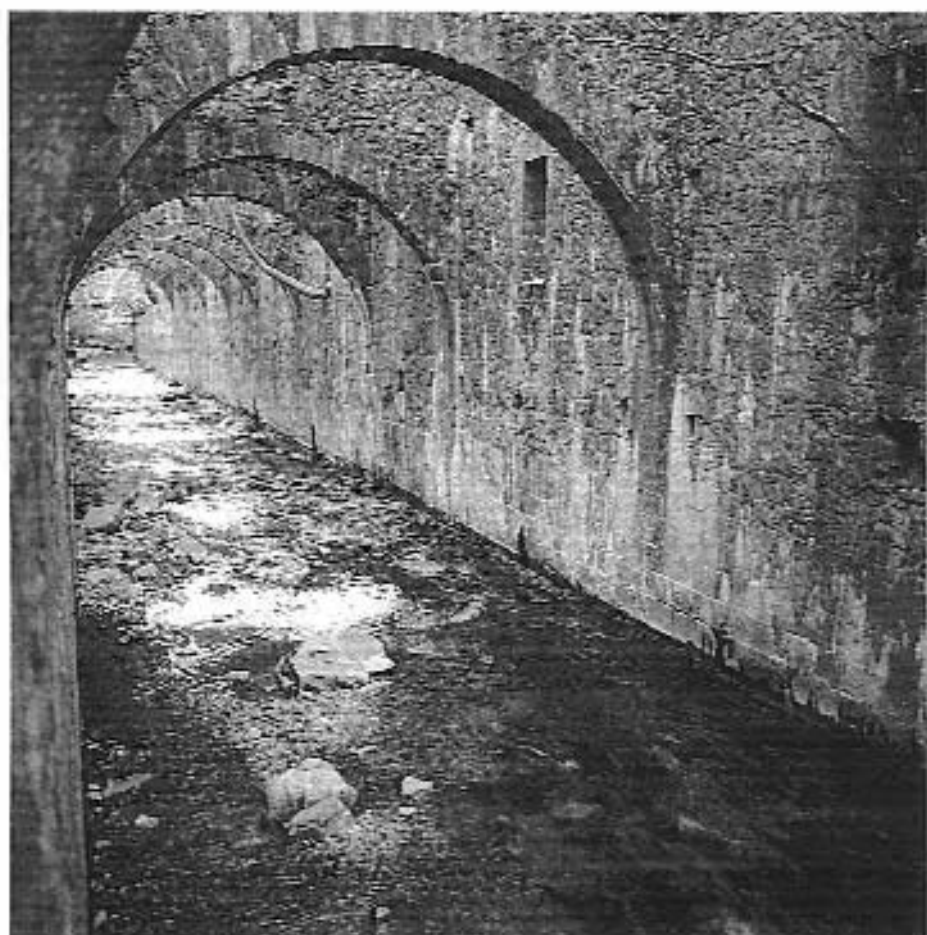
La tarde es ya de por sí una regalía.

Subiendo de Aríbe a Orbaiceta, se nos aparecen a lo lejos unos airones de cúmulos que, como luego veremos, son sólo un aderezo caprichoso y fugaz de este día soleadamente limpio de agosto.

Entramos por el largo y ancho cañón por donde viene avisado, y regulado por el embalse de Irabia, el río Irati. Lo ocultan fresnos, alisos, avellanos, hierba recién cortada. Luego, abetos, robles y hayas. Ahí están los tejados grises y rojos de Orbara, abajo la cornisa calcárea y subvertical sobre la que se aúpan las cumbres de Mutria y Latxanga. Orbaiceta está todavía más empinado, dividido en dos barrios, alto y bajo, cortados por la carretera. La tenaza occidental de la Sierra de Abodi lo amenaza o lo protege, según se mire y según el talante del que lo mira.

Seguimos hacia la Fábrica. Por encima del congosto pasa el acueducto que lleva el agua desde Irabia a la central eléctrica de Bctolegui, en el término de Orbara. Algunos caseríos blancos. Y ya tenemos de frente los frontones de la antigua iglesia de la fábrica de armas, que el viajero no tiene hoy la intención de describir.

Partimos, de rositas, en el *land-rover* o andariego de los



montes hacia el Pirineo. A nuestra izquierda la regata de Itolaz, que desciende de la parte sur de Orzanzuricta, se da de cabeza con el Txangoa, que viene del monte de su nombre, crecido luego con los muchos arroyos que se le suman en el largo trayecto. Para no andar disputando tontamente sobre superioridades, se ponen un nombre nuevo, que es el de Legarza. Junto a la confluencia, cerca de la pedrosa fuente Asura, parte el camino que, por Navala, llega a Burguete y a Roncesvalles.

Subimos lentamente por una pista que corre paralela al regato Txangoa, entre los macizos del Mendilaz y el Murukoa, entre un reinado vegetal y pacífico de hayas, fresnos, alisos, acebos, helechos, brezos, hierbas de Santiago, cardos y tojos floridos. En los ribazos no tiene par la dedalera, «*crystal soyeux*» (cristal sedoso), como la llamó el poeta Paul Eluard. Del Mendilaz baja la regata Iturrioz, o agua fresca, que se sume sumisamente en el Txangoa.

Dejamos a un lado la rica fuente del Vizconde, que nos deleitó en viajes anteriores. El vizconde era, probablemente, el de Echauz, que tenía su palacio en Saint Etienne de Baignorri y era propietario de la vieja herrería, activa ya en el siglo XV, aprovechando las minas cercanas de hierro y la madera de los bosques.

Empieza aquí la facería del Valle de Aezkoa y del País de Cisc (o Cisa). Alrededor de unas chabolas que se quemaron hace unos años matan el tiempo en sus pasturas unas vacas royas.

En la vasta campa de Azpegui, debajo de Soroluce, hay algunas bordas de pastores. Por aquí anduvo el viajero el año pasado, una tarde de penetrante orvallo, mirando y admirando los cuatro dólmenes, rodeados de túmulos y cromlechs, que descubrieron los sabios Tomás López Sellés y Jesús Elósegui.

En la cima del término, *Azpegiko Lepoa*, nos paramos de nuevo ante los bien visibles cromlechs, circundados de helechos y tojos. Hasta hace poco se llamaban por aquí *Jentilbaratzak* y *Maurinbaratzak* (hucrtos de gentiles o de moros) o eran considerados como piedras atribuidas a seres legendarios, y

fucron, en verdad, sepulturas de cuerpos incinerados, datables en la Primera Edad de Hierro.

La tarde es un espejo luminoso. Vamos bajando mansito, dando bordos, hasta el rincón de Unsario, rincón de agua, próximo a la reserva natural de Mendilaz, donde pastan unas vacas berrendas. Nos dice Manuel Mari que en el frontero montecillo de Aramuño hay una cueva prehistórica, llamada la Cueva de los Osos, todavía sin excavar.

En el llano de Idopil campa un grupo de mozas y mozos franceses y merodcan vacas y yeguas. En un túmulo-dolmen, sin piedra horizontal, se clava el hito fronterizo 212. Entre la macizosa Sierra de Errozate y el valle que atraviesa el barranco de Bihurry, vemos unos cuantos caseríos que pertenecen al pueblo bajo navarro de Esterencuby. Famoso por sus quesos, es un municipio constituido el siglo pasado a partir de las tierras de montaña de los de Saint Michel y Aincille.

—Ahí cerca, se cayó a una cueva, hace años, un celador de montes de Errazu.

—¿Se quedó dentro?

—No, lo sacaron sin vida.

Ante nuestros ojos, entre el Valle de Luzaide y el barranco de Arlote, corre durante siglos la cordillera que cuenta con picos famosos como Beilluriti, Chatcau-Pignon, Urdanaburu, Leizar-Atheka... José Luis y Manuel Mari hablan de la Virgen de Fgantz, a mano derecha de Chatcau-Pignon; hasta ven una pequeña estatua en la cima del collado, hermana gemela de la Virgen de Azpegui, cerca de Soroluce, colocadas allí por los pastores de los valles vecinos que las honran colectivamente en días señalados.

Espléndidas y esplendorosas hayas, algunas marcadas para el derribo. No hay aquí novedad alguna: todo es original.

Aquí también *«l'erba è giovane come la vampa del sole»* (la hierba es joven como la llamarada del sol), en frase de Cesare Pavese. Aquí y allí, la albórbola que levantan un grupo de escolares y unos corros de familias subidos de Francia.

Dos chabolas de pastores tienen en sus rudos tejados placas solares.

-Tengo entendido que les paga la Comunidad Europea.

-No está mal.

Lo cierto es que pastores mcnantes no se ven. Lo que sí se ve es una bandada de buitres que remontan vuelo. Un milano planea ingenuamente sobre un rebaño. Una curva más, y dejamos la máquina para escalar la cercana cumbre del Urkulu.

Perdidos en el envolvente horizonte, nos ponemos a mirar por los cuatro costados. Lástima no tener un ojo a cada lado para ver todo a la vez. Una cortina alta y espesa, gris-cárdena, nos vela las últimas lejuras.

Allí está Saint-Jean-le-Vieux, centro cultural y geográfico del Camino de Santiago en Baja Navarra. Y la cadena de montes que van desde Lauhiburu hasta el Pico de Mendibel, cerca del célebre santuario de Saint Sauver. Activo ya en el siglo XIII, en la ruta que llegaba hasta Orbaiceta y Ochagavía, fue centro de evangelización en Ultrapuertos.

El sol certero de agosto retrata fulgurantemente el pueblecito bajo-navarro de Behorleguy, lugar también jacobeo. El Pico del mismo nombre aparece desde aquí, junto al Auskoa, como un paredón circular; desde San Juan de Pie de Puerto, según José Luis, lo ven con su triple pirámide cimera y por eso lo llaman «el Cervinico».

Increíblemente hoy el viento nos deja en paz. Ventorremos como éste son hoy limpios solejares.

Por el Pirineo alto navarro, nuestra vista llega bien a Los Mozolos, a la quilla alargada del Abodi, al pico-rey de la zona que es el Ori, y al Pirineo roncalés, difuminado ya en neblinas azulosas. Hacia el Sur, llegamos hasta la Higa, barco perdido en las brumas celestes; mucho más cerca, el Baigura y el Corona, y ahí, casi a la mano, Astobiscar, Ortzanzurieta, Bentartea, Mendimotz..., visitados y recorridos otras veces.

-¿Y aquel gigantón oscuro?

-El Sayoa.

-No puede ser.

Como que es, a contraluz, la sombra del Autza baztanés, precedida, a este lado del Valle de Alduides, por los cabezones gemelos de Mendimotza y Adartza.

A nuestros pies, prados hiperbóreos, praderas y pradejones, lagos de soledad. Anforas de silencio. Con la ayuda de los catalejos vemos en el raso de Soroluce el dolmen y el cromlech de igual nombre entre dos bandas de hayas trepadoras; un espino alto sombrea las piedras de la segunda sepultura prehistórica. Unos metros más allá, resalta, igual que en la ladera alta del vecino collado, la estructura rectangular de lo que fue base militar de los carlistas que controlaban desde ahí la fábrica de armas y dos de los pasos pirenaicos.

Estamos sobre la torre de piedra caliza de Urkulu, después de saltar entre piedras y matojos punzantes de tojizo; en la punta del acantilado kárstico, a 1.423 metros de altitud, sobre la vallonada que se abre también al collado de Arnostegui. Ana Carmen, refrescante belleza, melada por el sol, que es nuestra inesperada guía arqueológica, nos confirma que, si bien quedan muchas cosas por dilucidar, la construcción circular sobre la que estamos tiene todas las pintas de ser un *trophaeum* o torre conmemorativa, alzada en el límite entre los dos ámbitos del imperio romano: la *Hispania* y las *Galliae*. Su base debió de tener cinco metros de altitud, más la parte piramidal y la estatua del soldado romano en la cúspide.

Yo lo traduzco hoy en monumento europeo —que el Imperio fue una especie de Europa unida, a la manera del tiempo— y celebro la nueva cultura y hasta la nueva civilización, que no está ya dividida por las fronteras. *De este lado y del otro lado, de esta parte y de la otra parte*, suelen decir por aquí. *Hau eta hori alde*, España-Francia, Alta Navarra y Baja Navarra, País Vasco francés y español, Europa, una Región de la Humanidad.

Entre las rendijas de las piedras calizas crece una adelfilla, con sus bayas negras y blandas, y un hormino, con su escapo florífero color violeta.

Más nuevo se me hace, siempre oyendo a Ana Carmen, el rudo templo romano hecho de piedras calizas y en forma de *temple*, cerca de una pequeña estructura cuadrangular de piedra, mucho más tardía. Bajo tierra corre una calzada romana.

Al volver a casa, nos dirán que por aquí anduvo ayer, perdido entre la niebla, un diputado del Parlamento Vasco, buen montañero y conocedor de estos parajes. Pero las nieblas, ya se sabe, son brujas malignas que bajan hasta los montes para engañar y acorralar a los mortales.

Tres caballos, caballos odínicos al parecer, bajan casi a galope por la pendiente sobre la que avanzamos despacio entre otras máquinas como la nuestra, avezadas a estas trochas. Las ovejas diseminadas por los falderíos de las montañas cercanas parecen piedras blancas; los rebaños más lejanos parecen ondular. Bandas de chovas remueven el aire quieto de la atardecida. Otro milano, rojizo por el sol y el plumaje, cruza en dirección inversa.

—Aquel monte se llamaba antes «de la bandera».

—¿Porque había una bandera?

—Sí.

—¿Española?

—No, francesa.

En el fondo del valle bebemos agua de una fuente con aska, llamada de Arnostegui. Seguimos luego hasta la muga 213. Allí abajo, en el otro lado, vemos el restaurante «La Nive», término de Beherobic (popularmente, Zubipunta), que pertenece a Esterencuby. Chabolas pastoriles en Elhuxarro, entre ovejas lachas, de lana escurridiza para el agua; ovejas de carne y leche, que crían cada año y se ordeñan a los cinco meses del parto. Tienen la facha limpia, de bien comidas que están.

—Ha sido buen año de lluvias y nieves.

—Todo hará falta con el verano que llevamos.

También las yeguas y sus tusones que herbajean por aquí tienen la piel brillante por el buen año.

Nos paramos en la ladra de Armalda, desde donde divisamos la Cueva de Harpea, bello anticlinal formado en el

flysch calcáreo al pie de la cuesta de Errozate y a la orilla del río Nive. Parece que la cueva no fue habitada por hombres y que sólo ha servido y sirve para recoger los rebaños antes de las traushumancias, en los otoños tempranos y otras parecidas ocasiones. Nos acercamos lo más posible desde este lado del Nive, río recién nacido en tierras de Orbaiceta, aquí transparente y saltarín, que en Bayona se une amigablemente con el Adour. Junto al sendero de ida y vuelta crecen zanahorias, angélicas, tréboles encarnados, llantenes, festucas y cuernecillos.

Hociquean unos cerdos, que en la parte española tienen prohibido el pastoreo. También algunas gallinas, procedentes sin duda de las vecinas chabolas. Dos cuervos echan a volar crascitando. Ascendemos hacia Organbide. Los nativos nos cuentan historias de espías, vivos y muertos, durante los años de la segunda guerra mundial, que nosotros oímos con curiosidad lejana.

De nuevo Idopil, Azpegui y la Fábrica. Manuel Mari y su mujer nos dan en su casa queso y refrescos, y nos enseñan un libro sobre pastores del Pirineo; por cierto, uno acaba de morir en accidente de trabajo, en pleno monte, y su recuerdo está aquí vivo en estas tierras de pastores.

Terminamos a tiempo para que José Luis pueda ir a su iglesia a dar el primer toque de la misa de la tarde. Y no hablo de este cura pirenaico, montañero y peregrino andante a Lourdes, porque él no me deja. Pero sólo por conocerlo, se puede ir hasta Orbaiceta.

MUSICAS EN AÑORBE

Uno viene en avión desde Madrid, casi siempre con retraso, y, tras sobrevolar las bien bruñidas espaldas del Ebro y del Arga, le sale enseguida al paso, al vuelo quiero decir, el cerro, la colina, el monte de San Martín, con su airón ecológico de pinos.

En la extensa fortaleza natural que rodea a Pamplona, el monte de Añorbe es la primera trinchera que la protege del Suroeste, antes de llegar a la muralla verdoscuro de Erreniega, mientras el macizo de Alaiz detiene cualquier acometida por el Sur. En invierno y primavera la ermita de San Martín es un faro discreto en un mar calmo y verdoyo, y en verano y otoño una llamita de alerta y de elevación.

De aquel pueblo-calle que un día fue, Añorbe ha ido acomodándose en el piedemonte, prefiriendo ensancharse que seguir subiendo la cuesta, estar más cómodo que alto; que yo he visto cómo algunas mujeres de tacón andaban como pisando huevos, al bajar por las calles de arriba, temiendo romperse en cualquier momento una pierna cualquiera. Si la actual iglesia gótico-renacentista de La Asunción, que parece ascender despacio, cargada de espaldas, quiso ser una solución media entre las de San Pedro y San Miguel, hoy, se ha quedado casi sola en su empinada mediación.

No es difícil ver desde el avión, que por aquí ya vuela bajo, el cementerio consolado de pinos, las piscinas sombrea-

das de cipreses, la antigua fábrica de cerámica, el palacio de abajo, la vacía Bodega Cooperativa de San Juan Bautista, y los tres nuevos depósitos de gas propano.

Pero hay que venir hasta aquí y perderse un buen rato para mirar de cerca, entre rosas, geranios, azucenas, coches y tractores, las caras resplandecientes y expresivas de casas como las de Sebastián, Gastón, Leoz, o del Herrero, que resumen los siglos pasados. Ya a fines del XIV el rey navarro nuestro señor entregó los palacios que tenía en Añorbe a un tal Martín Péciz de Solchaga, alcalde de la Corte y consejero del monarca. Fue ésta una villa de señorío múltiple. Hubo en ella muchos hidalgos, pero también collazos y mezcquinos, donados, como los palacios y las tierras, a este o aquel señor, civil o eclesiástico.

El viajero visitó este pueblo en varias ocasiones. Pero hace poco vino a recorrerlo calle por calle, casa por casa, paisaje por paisaje. Desde aquí miró para el oscuro verdor de Alcaraz y los Fosos —recuerdo del viejo castillo—, tierras de charros, en la muga con Barasoain; reconoció la torre del palacio del marqués de Forte-Gollano en «La Rusia» de Olcoz; contempló Tirapu recogido como un nido, y recordó, viendo las montañas azules de Valdizarbe, las duras peripecias de la guerra contra los franceses del general Abbé, y de la guerra contra los liberales del general Moriones, que tuvieron como centro el fuerte de Santa Bárbara de Mañeru. Antes de que lo pillara la lluvia, vio también el viajero lo acertados que son los topónimos añorbinos que hablan de «bosque» en nuestra lengua madre: *Basaburría*, y los que hablan de las arcillas y limos rojos del oligoceno: *Lagorria*, *Laigorria*, etc.

Cuando la lluvia comenzó a calarle, entró, mira por dónde, a resguardarse en el patio de la casa donde vivió aquel que fuera primero el pastor Juan Bertrán, después el Hermano Fray Juan de Jesús de San Joaquín, ahora el celebrado y venerado hijo del pueblo que da nombre a la traviesa Travésía de su casa. Al cincuentaño y sotoriente alcalde que me guiaba ya se le antojó un pequeño milagro que lloviera en

Añorbe; pequeño, si lo comparamos con los clásicos de ahogar los ratones en el río, hacer afruchigar el guindo por noviembre o llenar la cuba ante los pasmados y temulentos puentesinos. Así que celebramos la cosa junto al pozo milagrero, en este pueblo de pozos, entre fucsias, calas y geranios.

El viajero vino y viene también a celebrar el que Añorbe sea la primera localidad navarra con gas centralizado, a verlo sobre el terreno, y cerradas ya las zanjas sobre la doble red que lleva por las casas la energía que nos hace vivir, pervivir y convivir.

Era difícil imaginar, cuando las obras oficiales y como ajenas avanzaban por la Cuesta de Irazu, que la audacia de un ayuntamiento, la cohesión y la voluntad de un vecindario, unidos a la generosidad de dos empresas, iban a tener tamaño éxito en una importante mejora comunal de la calidad de vida.

Un acierto más en este pueblo, municipio propio desde 1846, que supo conservar buena parte de sus tierras comunales, levantó a tiempo su Cooperativa y Cara Rural, hizo la concentración parcelaria, ha replantado viña con nuevas variedades, ha encontrado un cierto equilibrio en los sectores productivos, y hasta ha llevado a buen término una larga negociación para albergar la casa consistorial en el soberbio, y hoy servicial, palacio neoclásico de los sucesores de don Joaquín Marichalar y Lapechiza. Aquel elegante hacendado de Añorbe, que fue miembro de la Real Junta Gubernativa de Navarra, constituida en Estella en 15 de noviembre de 1833, y al que don Carlos VII, el de la barba florida, rey de nuestros pueblos, lo hizo marqués de Marichalar el año 1869.

Hay que decir y ponderar todo esto para entender mejor cómo «el chaparrero» José Antonio Huarte Azparreus, a la

vez, hijo y padre de la música de este pueblo armonioso y musical.

La cosa comenzó, como casi siempre, por contagio. Fue su padre hombre de solfas, tenor en el coro parroquial y clarinete en la banda de la villa. A su banda —la de los secretarios y organistas Guembe— y a su padre, músico en ella, atribuye también su vocación otro artista «chiaparrero», José Luis Lizarraga Gastón, ciego por la música, maestro musical de los chicos del pueblo, reputado acordeonista, formador de joteros y miembros de bandas, rondallas y corales.

En Añorbe y luego en Artajona y Palma de Mallorca, comenzó José Antonio una carrera loca de notas anotadas, en la que no había de parar. Cuando se dice aquello de «músico, poeta y loco...», se dice mal, porque todo músico es poeta y loco a la vez. Loco por la música, loco de músicas, que vienen y van como olas y como vientos; que nacen y crecen y gritan dentro queriendo salir; que son todo un mundo maravilloso e invisible, incomparable y no del todo expresable, que sólo los locos de verdad, los que no aprecian y gustan la música, se quedan sin vivir.

Títulos y premios, obsequios y agasajos, contratos y viajes, triunfos y creaciones..., —regalo hecho ya al Ayuntamiento de la villa—, ha ido cosechando durante estos años felices el hoy director del centenario Orfeón Pamplonés, con el que este año celebra veinticinco años de unión monogámica y familia numerosísima.

Le han salido bien las cuentas a José Antonio, y a nosotros con él; tal vez porque optó por hacerlas a la vez en el Banco del Crédito Navarro, hoy Central-Hispano, donde escribe números que luego le sirven para el pentagrama.

Pero aquí y hoy nos importa sobre todo la Coral de Añorbe, fundada por nuestro músico el año de gracia de 1979. ¿Qué mejor manera de ser profeta-poeta en su pueblo que dirigir en él una coral, es decir, hacer del corro coro, ir del caño al coro y volver luego del coro al caño?

¿Cómo no extender el homenaje a este diez por ciento de añorbescas y añorbescos que ensayan durante dos horas semanales y cantan *a capella*, acompañados a veces por el órgano neoclásico restaurado, a los maestros del Renacimiento, a don Hilarión Eslava y a los variados autores de nuestra música popular?

Si aquellas semillas de la banda de principios de siglo y aquellas clases gratuitas costeadas por el ayuntamiento han dado tales frutos, ¿qué no dará todo esto en su día? ¿Y a qué esperas, hermano Pablo, para hacer ahora lo que entonces se hizo? ¿O a qué esperan los que tienen más medios y más responsabilidad que nosotros?

Decía el buen Sancho Panza, Sancho amigo, Sancho pueblo, a la Duquesa:

—«Señora, donde hay música no puede haber cosa mala».

Y añadía poco después que «la música es siempre indicio de regocijo y de fiesta». Es mucho más, como todos sabemos, pero bástenos eso.

En este lugar santo, santo por la presencia de Dios y de muchas generaciones de añorbescos; ante estas glorias del arte románico, gótico y renacentista; ante el Niño de Añorbe, que es como Nuestro Niño Jesús de Praga, canto y festejo la gesta técnica, administrativa y musical de este pueblo, y, con ella, la vida y la obra del maestro José Antonio Huarte Azparren:

*—Música, maestro Huarte,
música siempre en Añorbe;
que la música nos guíe,
nos eleve y nos ahonde.*

DESDE ERANSUS

Si uno anda con poco cuidado por el Valle de Egüés, se le escapa el camino. Pero allí arriba está el pueblo, más alto que altivo, con su torre y cuatro largos cipreses que no dejan perderse a nadie. Al Norte, Echalaz; al Sur Ustároz; al Este, Mendióroz, y al Oeste, Ibiricu.

Hay un caminito de grava, que sube torciéndose entre olivos —algunos muertos—, nogales, zarzas y rosales silvestres.

Cuando estamos cerca, nos sobrevuela, majestuoso y heráldico, un milano

*Buitres y milanos
primos hermanos*

reza un refrán poco melindroso.

Prefiero aquél que dice:

*Silba el milano:
cantan los pastores
y rabian los amos.*

Porque entonces llueve, según la sabiduría popular, que rima en varios refranes «agua en la mano» con milano y con

viento solano. Pero nosotros no oímos ni silbar ni cantar al milano sino sólo pasar sobre nuestras cabezas forasteras, como pasaban hace años y siglos los señores de Eransus por encima de sus siervos y collazos.

Fue señorío antiguo, de ésos que al viajero le importan poco, al menos esta tarde de sábado. Debió de ser el palacio cabo de armería en el siglo XVI, y, si les parece tarde, córranse un siglo antes y pónganse en el XV.

Los Eransus tuvieron varios alcaides de castillos y fortalezas, entre ellos en el vecino Monreal, y después anduvieron por la casa, no sí si mucho tiempo, los Sarabias, Egñés, Ramírez de Arellano, etc. Un águila explayada y cinco fajas con ondas lucen en el escudo del palacio y en la pila bautismal de la iglesia.

Nos sale al paso la iglesia rural, siglo XIII, de El Salvador, que aún soporta dos grandes campanas, tiene una portada de dos arquivoltas, y guarda celosamente un retablo, entre manierista y barroco, del pamplonés Juan Landa. En 1977 se llevaron pinturas de otro retablo atribuido a la escuela del «Macstro de Gallipienzo». Y aún queda la tabla, primer tercio del siglo XV, de San Vicente mártir, vivos todavía los rojos y los dorados, y esa delicada mano del santo y de santo. Y de la Virgen francogótica ¿para qué hablar, si está en una casa de Pamplona?

Hay un corro de gente alrededor de dos coches, venga a hablar y sin mover el esqueleto.

Eransus tenía dos fuegos en el siglo XIV y hace cien años nueve casas y 75 habitantes.

A un lado de la calle, con plátanos de Indias, están los antiguos corrales de piedra, con los techos hundidos, y al otro la fila de casas, derrumbadas ya o a punto de derrumbarse. Llevan sillares en los dinteles y alrededor de los vanos,

y aún se ven las baldosas con los números y algunas placas devotas en las puertas.

—Hace quince años que se fue el último vecino. No quedo más que yo.

—Por muchos años.

En la nogaleda de enfrente, donde desemboca la calle, un hombre mayor y un chiquillo están tirando con un palo las últimas nubes. Detrás se ve un largo jardín, la tapia destruida a trozos, y grandes cedros con piñas.

El palacio es una casona alargada, del siglo XVII, de dos pisos y entresuelo, recias dovelas en la portada, escudo en la clave y frontón triangular, con bolas encima de la ventana central.

Bonita fuente con dos caños y aska, y un antiguo lavadero bajo un sance torrencial. Corre un sendero hacia el monte Belogain, de donde desciende, entre algún que otro sotillo, una regata que baja agua desde el manantial.

Al monte de pinos lo llamaban antes El Piueral.

Sobre los altos y collados del Perdón, se empina, lejos, el espigón de Montejurra, y, hacia el Norte, se empuccinan resueltos los riscos de Goñi. Con unas nubecillas de hilo de algodón borda la luz los encajes del atardecer.

Mesetilla rampante de Cizur como subiéndose al último sol.

Los pinares redondean las imperfectas pirámides del Miravalles y del Ezcaba y las colinetas más cercanas. Salen unos destellos del caparazón grisiento de San Cristóbal y de algunas villas de Alzuza.

En el valle de Egüés, al que ahora pertenecemos, chopos lombardos, octubrecidos, bailan de luz gualda al paso que les marca el sinuoso río que da nombre a la vega, como en un minuetto divertido y caprichoso.

Pamplona es desde aquí una superficie confusa y azulenca, en la que las torres de la catedral son árboles geométricos

del bosque de la historia, y los árboles del Sadar torres de la geografía ciudadizada.

¿Qué grita la iglesica de Ibiricu desde ese altillo? ¿Qué soueto migueloño ultima, a su sombra, Salvador Muerza?

Campos ya labrados, oscuros de limo, negruzcos de lluvias. Campos verditerciopelados sin labrar. Tiros de cazadores desesperados. Naves industriales bien integradas en el paisaje.

Giramos la vista de un lado a otro como un multiplicador de asombros. A nuestra izquierda, tres escalones pinosos ensayan la fácil escalada del Urri, donde habitaron los hombres del Hierro, protegidos por el macizo de Malkaitz.

¿Qué hubiera escrito Juan Ramón, el autor de *Sonetos espirituales*, si hubiera pasado esta tarde con nosotros?

*¡Encantamiento de oro. Cárcel juru,
en que el cuerpo, hecho alma, se enternece
echado en el verdor de una colina!*

*En una deculencia de hermosura
la vida se desnuda, y resplandece
la excelsitud de su verdad divina.*

CAMINO DEL CEMENTERIO

Vamos camino abajo, a la par del río Arga, río triste hoy, que arrastra aguas mansurtonas y cabizbajas.

Por este carretil he venido muchas veces acompañando muertos queridos. Casi siempre llovía: fuera lluvia y llanto dentro. Hoy nos acompaña el último y delicado sol octubreño, que va encendiendo los velones naturales y rituales de los chopos, los álamos, los sauces, las acacias, los plátanos y los arces de las orillas.

Es la víspera de Todos los Santos y de todos los santos. Todavía hay silencio en el camino y sólo nos cruzan algunos coches que escapan a la regla de «prohibido el tráfico» y algunas personas a pie con ramos de flores.

* * *

Pamplona tuvo su necrópolis hispano-visigoda e hispano-árabe, descubierta hace años en el término de Obietaña, y su «cimiterio judeorum» en la Magdalena. Los camposantos cristianos se cobijaron dentro de las iglesias o junto a ellas. Costó mucho dejar esa venerable tradición, que aún persiste en algunos pueblos pequeños. Desde 1808, y tras la cédula de nuestro señor el rey don Carlos IV, se inauguró con los primeros muertos, en plena ocupación francesa, el nuevo cementerio de Berichitos —el viejo Biricitu o Ibiricitu—, nombre



que habla tal vez de vado, de lugar de paso por el río. «Has muerto y mueres: lo que pasó lo tiene la muerte: lo que pasa lo va llevando», escribió Quevedo.

* * *

Bajo el doble pontarrón de San Jorge, el Arga enseña un archipiélaguillo de juncas y unas isletas que las aguas no alcanzan todavía. Al otro lado, tras el abanicaje áureo del choperal, se oye la algarabía de los escolares del colegio nacional que terminan las clases de la mañana.

Seguimos hacia la «Puerta del Norte» o «del Río». Dos filas, entrecruzadas, de ciruelos japoneses y de arces, explosivos estos últimos de otoño, enmarcan nuestros pasos. Llegamos a la parte nueva del camposanto, abundante de paredes de nichos entre callejuelas y pasillos, donde crecen, vigorosos, unos olmos jóvenes.

* * *

Me gustan, ya lo he escrito, los camposantos pequeños, con tapias o sin ellos, con árboles y flores, parte del paisaje campesino.

Los nichos recuerdan a las casas con muchos pisos, a los pisos de muchas casas. Casi todos tienen flores, artificiales o naturales. Estos días abundan las dalias, los crisantemos, flores de estación y de múltiples colores, pero no faltan tampoco los sencillos y coquetos claveles, los gladiolos desafiantes, y las rosas, tan señoriales.

* * *

Plantas y flores, y árboles de hojas perennes o melancólicamente otoñales. Vida y belleza. Anhelos de vivir y revivir la vida como regalo, como recuerdo, como esperanza. Oraciones vivas. Símbolo y anticipo de resurrección.

Viajero casi de profesión, me gusta contemplar los camposantos, serios museos y archivos de nuestra historia. ¿Cuál será el mío, si alguno tengo? «Eso tiene la muerte —prosigue don Francisco—, que, siendo partida, no se camina, y siendo jornada, es igual desde cualquier parte. (...) Sólo muere lejos el que en su propia casa se persuade que está lejos su muerte».

El río sigue pasando. Como la muerte. Como la vida.

DESIERTAS TUMBAS

Desiertas tumbas,
de piedras viejas,
de secas flores,
de largas hierbas...

¡Poned algunas flores,
o tapadlas con tierra!

La muerte escapa siempre
de las tumbas desiertas,
de secas flores,
de largas hierbas.

A la muerte le gusta
la primavera,
la nieve en la montaña,
o palacios con yedras,
cipreses florecidos,
hierbas cortadas
o flores nuevas.

¡La muerte tiene miedo
de las tumbas desiertas!

MAÑANA DE SAN SATURNINO

*Dichoso mes,
que empieza por Todos Santos
y acaba con San Andrés.*

Para los de Pamplona noviembre acaba, como quien dice, con San Saturnino.

Se escapan unas gotas, y todo el cielo es una grisalla temblorosa. Pero junto a la estación de autobuses hay un rebullicio de niños, grandes y guardias municipales porque van a salir de un momento a otro los gigantes y los cabezudos para ir a la procesión de San Saturnino. Buena señal, porque, si salen, seguro que no llueve.

En el Paseo de Valencia, ahora de Sarasate, sólo resisten las hojas de los plátanos. A los tilos se les están cayendo los últimos dedales amarillos. Ahora se da uno cuenta de que ya no están aquellas estatuas blancas de los reyes que, según algunas malas lenguas, eran de todo menos navarros. Han dejado sólo seis para encastrar; para raza, como dicen en nuestros pueblos.

Son las 10 de la mañana. Está saliendo la Corporación municipal hacia la iglesia de San Cernin, nombre francés, que nosotros pronunciamos a la española y que quiere decir Saturnino, nombre latino donde los haya, de origen tal vez africano.

Según la *Passio Saturnini*, el santo se dirigió a Toulouse bajo el consulado de Decio y Grato, en el año 250. Predicaba con éxito creciente cuando fue martirizado en medio de una revuelta popular. Su culto está atestiguado en esa misma

época. Dos siglos más tarde un clérigo tolosano anónimo compuso un panegírico en su honor, que es la única fuente histórica de su vida. En él presenta a nuestro santo como primer obispo de Toulouse. Es también el primer obispo galo citado por San Irineo, y uno de los santos del país vecino cuyo culto goza de los testimonios más antiguos y sólidos.

En España éste penetró en el siglo V y a partir del XI los peregrinos y cruzados franceses así como los francos que vienen a poblar nuestro suelo promueven y extienden su devoción. En Navarra San Saturnino fue en estos años más popular que San Fermín, y a su patronato se acogen nueve iglesias en la diócesis.

En la sede de HB están las banderas a media asta y con crespones negros por el asesinato en Madrid del diputado Josu Muguruza.

Pasan el alcalde y los concejales, con sus collares, insignias y chisteras; precedidos por maccros, timbaleros y porteadores, y seguidos por la guardia municipal. Van a buscar al cabildo catedral y al cabildo parroquial, que les esperan en San Cernin.

Ya no asisten, como cuentan las crónicas de antaño, el gobernador civil, que se convirtió en delegado del Gobierno; ni van los cabildos de las seis parroquias, que ahora son muchas más; ni se engalanan con colgaduras las ventanas y los balcones, salvo los de la Casa Consistorial que luce unos bellos reposteros.

Guiños y saludos. Con un poco de retraso llega la comparsa de gigantes y cabezudos, a la que un día seguí y describí por las calles de Pamplona. Dicen que es la primera vez que asiste a la procesión de San Saturnino.

—¿Es así? —le preguntó a Valentín Redín, que está en todas partes.

—Así es, desde que se tiene memoria.

Los representantes de cabildo catedral, obispo incluido, vienen en taxis, bien aprovechados, rehogados en terciopelos y rojos.

—¿Les paga el Ayuntamiento, sabías?

—Pues no, no sabía.

Con los gigantes llega también un guirigay de críos y crías de un colegio de Villava, amansados un poco por profesoras y profesores, que han tenido el buen gusto de aprovechar los novillos para esta fiesta de Pamplona, donde hoy no hay clase.

Nos arremolinamos junto a la iglesia, mientras los guardias municipales intentan dejar paso libre al cortejo que se prepara allí dentro.

Caen unas gotas y se abren algunos paraguas.

Saludo a los «castas» de siempre, algunos aún con voz encamada, y entre ellos a José Luis Eslava, que no suele fallar nunca a estas cosas, si no tiene ensayo o viaje con la Coral. Los que no somos de Pamplona siempre nos consideramos de segunda fila. No paramos de darle a la sin hueso mientras dura la espera que hoy se nos antoja demasiado larga.

Cerca tenemos la inscripción en bronce sobre el «Pocico»: «Aquí está el pozo con cuya agua según tradición bautizó San Saturnino a los primeros cristianos en esta ciudad».

Cuesta ahora imaginar aquí el bosque y el templo de Diana, bajo la balconada florida de la antigua «Sociedad Tradicionalista», que aún lleva el nombre, y del Palacio del Condestable, con el chaflán entre andamios, que ha sido de todo: casa del conde de Lerín y de los duques de Alba, residencia episcopal, ayuntamiento, y ahora sede de «Los Amigos del Arte».

El brocal del pozo y las columnitas sobre él los vio ya el P. Flórez cuando visitó Pamplona en 1766, y volvió a verlos Víctor Hugo, casi un siglo más tarde, ahora con la estamilla del

santo. A fines del XIX Madrazo vio algo parecido a lo que vemos hoy; el agua del pozo ya se había llevado a una fuente próxima. Muchos proyectos se han hecho para cambiar el «pocico», pero todo sigue igual. Mejor así.

Vuelven a caer unas gotas.

Los gigantes se impacientan y los cabezudos entretienen a la chiquillería a limpio vergazo.

—¡Que no sale la procesión!

—¿Cómo que no sale?

Se arma un pequeño barullo y se corre pronto la noticia que llega desde adentro.

—¿Cómo que no sale? ¿Quién ha dicho esa chorrada? ¿El alcalde?

—No, dicen que el clero.

Otros lo atribuyen a los gigantes.

—Que no quieren que se mojen.

La gente lo toma muy a mal.

—¿Es que los demás no nos mojamos o qué?

Un viejecito amable, muy rasurado y con bastón, que se protege, junto a nosotros, cerca de la librería «Écharte», dice como quien no dice nada:

—Así se acaba la religión.

Algunos «castas» de las cercanías, entre disgustados y resignados, buscan otras procesiones metiéndose por la calle Jaranta, antes de Pellejería. Otros van hacia la iglesia y los más aguantanos un ratico aún. Pasan de vuelta los alumnos de Villava, en manada bullanguera. Vienen y van algunos periodistas.

—¿Quién dio la orden, el alcalde o el obispo?

Y en esto que empiezan a repicar las campanas.

—Que sale, que sí.

—¿Cómo que sale?

La gente coge otra vez sitio en la acera y los municipales intentan dejar paso libre al cortejo descado. Pasa de nuevo el

batallón infantil hacia los gigantes, y se reagrupa «La Pamplonesa». A las estatuas de San Saturnino y Santiago peregrino, que presiden el pórtico gótico con bóvedas de terceletes, les resbalan por la cara unas gotas de alegría.

Sale por fin la procesión, que abre una cruz parroquial dorada, y cierra, tras el obispo, la banda municipal que perdió a su director en la dispersión prematura, cuando lo de la lluvia. Los gigantes se unen devotamente, ahora más reyes que gigantes. El cortejo recorre, entre filas nutridas de asistentes, las calles Mayor y Eslava, Plazas de San Francisco y del Consejo, calles Zapatería, Calceteros y Mercaderes, Plaza Consistorial y vuelta a San Saturnino. Los gigantes, según Valentín, tras su restauración, llevan una membrana de plástico para protegerlos de la lluvia.

Cuando alguien de nosotros comenta que nunca había visto tanta gente, un señor, rosa, ojizaino y farfullón, va y dice a su vez:

—No ha habido nunca menos.

Y los dos se quedan argumentando en voz alta.

A uno, que no suele poder asistir a esta fiesta, le parece, a estas horas y con este tiempo, un gentío, y eso sin contar la riolada de la chavalería de Villava.

Antes de entrar en el templo, los gigantes bailan un pasacalles para solaz y contento de todos.

Más de la mitad de la gente se queda sin asiento durante la misa solemne en honor al santo Patrón. José Luis, que se conoce todas las entradas y salidas de esta iglesia fortaleza, con olor a templo y a castillo, me lleva a socapa hasta el coro, donde se sienta al órgano el incombustible don Pío, hijo de un viejo organista de la parroquia, y donde una selecta y abigarrada multitud de músicos mezclan, en armonía semilitúrgica, el gregoriano, Réfice, Guelbenzu y Joaquín Maya.

El ordinario del lugar, que es el obispo, le pide al Santo por la fe de la ciudad que evangelizó y por el empresario pamplonés recién secuestrado por ETA.

Uno se imagina lo bonito que podía haber sido el claustro gótico que fue sustituido a mitades del siglo XVIII por la capilla barroca de Nuestra Señora del Camino, Patrona también de la ciudad, con su bóveda de lunetos, su cúpula y su linterna. Entre los relieves de las pechinas, obra de Francisco de Otañón, están el de San Saturnino y el de su discípulo Honesto, del que habla la tardía leyenda.

Debajo de nosotros, inclinado sobre el brocal del púlpito, como un predicador causado, está el historiador pamplonés que hoy mismo escribe en el periódico sobre la historia del «pocico». Encima del arco gótico, cerca de donde estamos, un caballero medieval, en relieve, montado sobre su caballo, con yelmo, peto, adarga y lanza en ristre, está a punto de acometer a no sé quién.

—¡Nosotros no hemos sido!

Damos una vuelta por la plaza del Ayuntamiento, donde bailan los gigantes y, cuando descansan, el grupo de danzas «Duguna».

El alcalde y los concejales, todavía en galas, miran, aplauden, ríen y se sonríen, como gentes alegres y de placer. Algunos de ellos ya saben que dentro de un rato, tras la entrega de los premios literarios del concurso «San Fermín», podrán triunfar en el comedor del tercer piso consomé de perdiz a la crema de trufa, merluza con kokochas en salsa verde, solomillo al foie-gras de pato en salsa de oporto, y tarrina de frutas al Coulis de frambuesa, suavizado todo con Marqués de Riscal 1982, rosado Malón de Echaide y Cava Juve Camps reserva familiar.

—Buen provecho a todos.

Nosotros vamos, invitados por unos amigos, a la sociedad gastronómica-recreativa «El Pocico de San Cernin», en la calle Nueva, que funciona desde hace un año. Una antigua bodega, con bóveda de ladrillo y pared de piedra, sirve hoy de

barra, mesa, tumba y sala de estar a dos docenas de familias de Pamplona, de muy diversa condición y profesión. Pica-mos chorizo, jamón y pastas de la tierra, y nos pica agradablemente un clarete fresco, que dicen ser de... Cirauqui.

—¿De Cirauqui? *Absit...* Que no, hombre; echa, que son buenos vecinos.

Muchos músicos, entre ellos, el presidente y el director del Orfeón, han caído como nosotros, por aquí. Como Santa Cecilia está tan cerca, hablan de música y de lo mucho que podrían ayudarles los poderes públicos. A pesar de eso, todos están alegrotos.

Muchas mesas preparadas. Los tres cocineros van y vienen con sus mandarras blancas. Algunos socios ya están armando la partida de la sobremesa.

—Aquí se juega el mejor mus de Pamplona.

Cuando salimos, ya son las dos.

Hoy es fiesta en Pamplona. En esta Pamplona tan europea, que tiene por Patronos a dos franceses, uno del norte y otro del sur.

PAMPLONA Y PADERBORN

Escucho atentamente todos los bellos discursos que nos echan, pero de la destrucción de las murallas de Pamplona... nada.

La cosa es que ni Ewaldo el Blanco ni Ewaldo el Negro, en el siglo VII, ni San Lebuino, en el siglo VIII, consiguieron evangelizar y civilizar a los sajones, que eran la pesadilla del rey de los francos.

El año 772 Carlomagno se apoderó de la fortaleza de Eresburg, destruyó el ídolo-santuario nacional de Irminsul, tronco del árbol colosal que los sajones adoraban, y les obligó a recibir misioneros que les instruyesen en la fe. Pero mientras Carlos guerreaba contra los lombardos, cuatro años más tarde, la sublevación estalló en el país y del cristianismo no quedó ni rastro.

En la asamblea o Caupo de Mayo de Paderborn, del año 777, trató el monarca de organizar la Iglesia, distribuyendo el campo de misiones entre diversas diócesis y abadías, y trató sobre todo de organizar su propia casa. Es difícil entender cómo en tales circunstancias Carlomagno se dejó seducir por varios cabecillas sarracenos, llegados hasta allá, rebeldes al emir de Córdoba, que le animaron a venir con ellos, prometiéndole —nunca mejor dicho— el oro y el moro de Zaragoza y otros territorios del Valle del Ebro.

Pero el caso es que vino. Por el puerto de Cisa llegó a Pamplona y aquí se le presentaron los reyezucos moros de las zonas vecinas ofreciéndole, como los reyes magos, todo lo que tenían: reinos, ciudades y hasta rehenes. Sólo que, al llegar a Zaragoza, le dieron con las puertas prometidas de la ciudad en las narices.

Uno de los comprometidos, cogobernador de la plaza y amigo de los enviados a Paderborn, se ha quedado dentro y no hay entrega que valga. Carlomagno, acostumbrado a mandar y a vencer, no se demora mucho tiempo, se lleva como rehén a Sulayman ibn Yaqzán al-Arabí, el cabecilla que lo ha hecho venir desde Paderborn, y vuelve sobre sus pasos.

Vers dulce France chevalchet l'emperere
cantará después *la Chanson de Roland*.

Que Carlomagno fuera llamado desde España, que viajara a España y estuviera en Pamplona... lo hemos oído muchas veces en estos tres felices días de estancia en Paderborn; una sola vez alguien recordó la derrota de Roncesvalles, pero nadie mencionó la hicha de la destrucción de las murallas de la vieja Iruña.

Los *Annales Regii*, en su redacción primera, hablan de la destrucción de la ciudad: «*Pompeionem revertitur, cujus muros, ne rebellare posset, ad solum usque destruxit*» («Vuelve a Pamplona, cuyas murallas echó por tierra para que no se rebelara»).

Atzeak
eskua lutz
(El extranjero tiene la mano áspera).

dice el viejo refrán vasco.

La sucinta explicación parece una broma. Pamplona era una ciudad cristiana, de la que Carlos había tomado posesión o, donde, al menos, había demostrado su poder. ¿Un gesto de furor por el fracaso de la expedición en Zaragoza,

o/y porque en el camino hacia Pamplona los hijos de Sulayman, en un audaz golpe de mano, habían liberado a su padre? No parece muy serio. ¿Para tener libre paso en España, y para que los navarros tuvieran que recurrir a los francos, como supone Moret? ¿Agradecidos tal vez por el regalo? Y en cuanto a impedir así una base de posibles ataques por la retaguardia, según Abadal, ¿no se estaba buscando lo contrario con esta brutal acción? Mi amigo Alberto Cañada puede darnos la razón o la sinrazón que nos falta.

Sea lo que sea, la destrucción de las murallas de Pamplona, además de los efectos próximos —la derrota franca del 15 de agosto en Roncesvalles—, no contribuyó precisamente a la alianza de los navarros con el futuro emperador cristiano ni a retrasar la creación del Reino independiente de Pamplona!

Es el 5 de diciembre. Hay por el parque un leve velo de escarcha, sale el sol y las fuentes públicas no echan agua por evitar el hielo.

Los atentos y puntuales funcionarios municipales de Paderborn nos llevan a visitar la ciudad, levantada en torno a los vascos bulliciosos y tibios del río más corto del mundo. Más de doscientos fontaneros hacen de esta ciudad el manual del Pader (*Paderborn*). Recorriendo los jardincillos, puentes, molinos, estanques y riveras del Parque, les mento al alcalde y concejales de Pamplona los estanques, riveras y pradios de los Fosos de nuestra Ciudadela, donde todo descuido tiene su asiento y toda fechoría su habitación.

Paderborn es, como Pamplona, una antigua y ennoblecida ciudad. Era una etapa importante del *Hellweg*, vía comercial y estratégica que unía Flandes con Sajonia: hoy está bien enlazada por todas las direcciones. Fue amurallada a finales del siglo XII y aún quedan aquí y allí notables vestigios.

La ciudad, que venera también por patrono a un santo francés, San Liborio, con fiestas en julio, luce como su mejor bandera la catedral románico-gótica, primera entre varias

iglesias y capillas, que es cosa de estarse viendo de espacio. En el pórtico románico de la catedral, nuestro señor Santiago, con la concha peregrina al pecho, nos recuerda que desde allí partía también una de las sendas jacobeanas hacia el Camino de Compostela.

Paderborn es a la vez una ciudad renacentista y barroca, gracias, en parte, a la munificencia cortesana de los arzobispos-príncipes de Fürstemberg; fundaron en 1614 una Universidad con facultades de Teología y Filosofía y construyeron, a finales del XVII, para sus amigos jesuitas, capitanes de la contrarreforma católica, la hermosa iglesia barroca dedicada a San Francisco Javier.

Muy dañada por las guerras de los siglos XVII y XVIII, Paderborn fue, como Pamplona, ocupada por las tropas de Napoleón en 1806, y hasta 1813 no se libró de ellas.

De aquella ciudad de 23.000 habitantes que fue a fines del XIX es hoy una próspera ciudad industrial y comercial de 132.000, reconstruida en un 85% de un feroz bombardeo en las postrimerías de la última guerra.

Ciudad limpia, alegre y rica en servicios cívicos y culturales; en escuelas, institutos, universidad, bibliotecas, museos, parques, salas de exposiciones, teatro y conciertos, espacios deportivos...

En las calles del mercadillo navideño, llenas de bullicio y música, encontramos a S. Nicolás -Rey Mago del Norte-, que nos trae el regalo de hermanamiento.

*Cada villa
su maravilla.
Cada lugar
su modo de arar.*

Sobradas razones, hay, pues, para que Paderborn se hermane con Pamplona. El día en que la ciudad westfálica trasladó en el año 836 las reliquias de su patrono desde Les Mans, en Francia, ya estrenó un *«Liebesbund ewiger Freundschaft»*

(un amoroso pacto de hermandad perpetua), uno de los primeros hermanamientos europeos.

Cuando en la sala del palacio del Emperador —tan bien imaginada sobre los restos carolingios y ottonianos— oigo el «Agur Jaunak» a nuestra Coral de Cámara, oigo a la par el eco lejano de los gritos y lamentos en Pamplona, y de los gritos y cantos de victoria en Astobizcar o en Changoa, en la misma lengua vasca. Y comprendo bien cuán útil puede ser este hermanamiento para acabar de desmontar las mutuas murallas de la lejanía, de la ignorancia, del egoísmo o de la mezquindad, que nos cercan a todas horas.

Día 6 de diciembre. En la sala del Ayuntamiento de Paderborn, luminoso y acogedor palacio renacentista de 1616, adornado con todas las banderas, ha dicho con rigor y vigor el alcalde de Pamplona: «Nos proponemos alcanzar esta alta meta fomentando la amistad entre nuestros pueblos a través de buenas relaciones humanas y culturales, y armonizando nuestros esfuerzos mutuos de tal forma, que nuestros ciudadanos y sobre todo nuestra juventud se hagan conscientes de esta amistad, llenándola de vida y contenido. Las Sociedades Hispano-Alemanas de Pamplona y Paderborn, como iniciadoras de esta amistad, se encargarán de coordinar y organizar los encuentros y actividades hispanoalemanas.»

No se imaginó Carlomagno, uno de los primeros fundadores de Europa a pesar de todas sus iniquidades, cuando mandaba destruir las murallas de Pamplona, que, en el año de gracia europea de 1992, los descendientes de aquellos «vascones y navarros» de Roncesvalles íbamos a darle esta alegría.

En Paderborn y en Pamplona.

VIENDO NEVAR EN LA ROCHA

La nieve, inmaculada
de tan celeste.
Nieva sobre Pamplona.
Ocho. Diciembre.

Las murallas se rinden.
La blanda nieve
sitia la fortaleza
de nuestros reyes.

El Runa pasa raudo,
de abrigo verde,
y en las Mañuetas sueña
barcas y gentes.

Errotazar nevoso,
Huertas alegres
como enanitos blancos
de Blanca-Nieves.

La nieve ha desarmado
todos los puentes.
¡Ay puente de San Pedro,
qué bien pareces!

VICTOR MANUEL ARBELLOA

Las torres de San Cernin
se desvanecen,
Las campanas antiguas
tocan a nieve.

DE IRACHE A ESTELLA

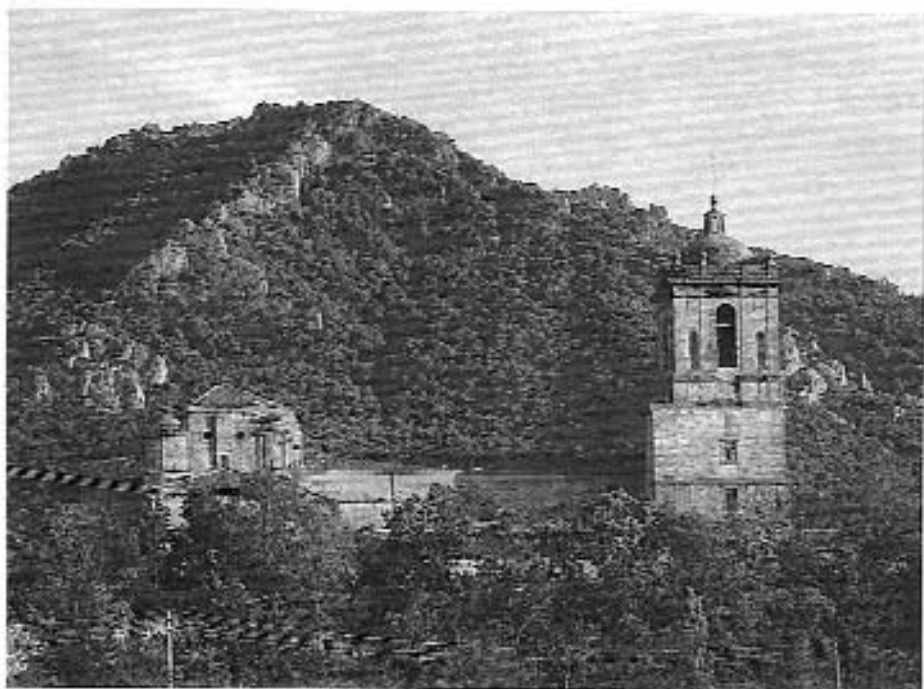
(Con Pedro de Albret)

Venimos por el Camino Viejo de Santiago, que parte de Villamerta, pasa por Zarapuz y llega hasta Irache.

El monasterio de Santa María de Irache es tan grande y está tan solo, que dan ganas de llenarlo con algo, o con alguien. Hoy me viene el recuerdo de aquel profesor estellés, de nombre Fray Veremundo, figura señera del Renacimiento en Navarra, que se llamó en el siglo Pedro de Albret, o de Labrit, y al que llamaron también Pedro de Navarra.

Desconocido o mal conocido hasta hoy —la *Gran Enciclopedia Navarra* le dedica, disparatadamente, tres «voces», dos de ellas disparatadas—, el maestro Goñi Gaztambide ha desvelado recientemente su figura, sobre la que se extenderá en uno de sus próximos libros.

Tras la conquista de Navarra, llegó la reforma al monasterio de Irache, regido por abades comendatarios, de la mano de la congregación reformada de San Benito de Valladolid. Los monjes que encontraron dura la reforma, y que eran tal vez agramonteses, partidarios de los legítimos reyes desterrados, se retiraron a Dicastillo, donde vivieron a expensas de la hacienda conventual.



Pedro era hijo natural de Juan de Labrit, rey de Navarra, y de María de Gauza, vecina de Estella. Nació junto al Ega en los últimos tiempos del Reino. Tras sus primeros pasos en el Estudio de Gramática estellés, profesó la regla benedictina en Irache. Era ya éste entonces un monasterio reformado en el terreno espiritual, temporal e intelectual, gobernado y poblado, en buena parte, por castellanos, en el que acababa de penetrar el amplio movimiento espiritual europeo, llamado *devotio moderna*, que promoverá como pocos la futura cuñada de Fray Veremundo, la reina Margarita de Navarra.

El estellés continuó su formación en los castellanísimos monasterios de Cardena y Sahagún hasta que volvió a su casa de Estella, a principios de los años treinta, tal vez tras haber colgado la cogulla.

Si de Valladolid venía la reforma espiritual al monasterio benedictino de Irache, allí estaba también la corte imperial. En ella vivió un tiempo el hijo del rey navarro y frecuentó una academia literaria que celebraba sus reuniones en casa del conquistador Hernán Cortés, quien residió allí desde 1540 hasta su muerte en 1547. Concurrían a la misma el nuncio Juan Poggio, el arzobispo italiano Domenico Pastorello, el franciscano Domingo del Pico, el embajador Juan de Vega, el marqués de Falces, el comendador de Castilla Juan de Zúñiga...

Tan amigo del emperador debió de ser nuestro Pedro de Labrit, que Carlos I le legitimó un hijo natural, con el nombre de Juan Basilio de Labrit y de Navarra. La verdad es que en casa del emperador vivía con sus cuatro o cinco criados. Y al emperador acompañó nada menos que en su expedición a Argel en 1541, junto con Hernán Cortés.

Ya clérigo, debió de residir un tiempo en la corte de Pau y de Nerac, con su hermano el rey Enrique II de Albret.

(+ 1555), con su cuñada Margarita de Angulema (+ 1549), y sus sobrinos Juana de Albret (+ 1572) y Antonio de Borbón (+ 1562), padres de Enrique IV. Sabemos, por ejemplo, que fue concurrente asiduo a la academia de su primo el cardenal Jorge de Armagnac, obispo de Rodez, la jerarquía eclesiástica más alta en los dominios de los Albret y una de las cabezas de la Iglesia en Francia, quien bautizó al futuro Enrique IV en el castillo de Pau.

En los años posteriores Pedro de Albret, o Labrit, se ocupó en diversas embajadas en Alemania, Flandes, España y Roma. En 1559 se trasladó a Bruselas para negociar la devolución de la Navarra española, seguramente por encargo de los reyes navarros Juana y Antonio, que continuaban la tradición de sus predecesores. Acompañó a la nueva esposa de Felipe II, Isabel de Valois, sobrina carnal de Margarita de Navarra, desde París, pasando por Roncesvalles, hasta Guadalajara, donde se encontró con su marido. El rey de España que, como de costumbre, daba largas sobre tan espinoso asunto, dejó a Pedro de Albret, de nuevo, a dos velas.

Antonio de Borbón, que no había ido tan lejos como su mujer, la reina Juana, en el camino de la reforma protestante, intentó hacer valer sus aspiraciones reales sobre la Navarra española valiéndose del apoyo de la curia romana. Logró que el papa Pío IV recibiera a su tío Pedro, en calidad de embajador, el 14 de diciembre de 1560. Marcos Antonio Muret, protegido del cardenal de Tournon y portavoz del rey de Francia en Roma, pronunció un discurso en latín, ese mismo día, delante del papa, en el que justificaba la tardanza de los reyes navarros en cumplimentar al pontífice, resaltaba la presencia allí de su «próximo pariente» Pedro de Albret, y cantaba retóricamente la tradición católica de los reyes de Navarra, descendientes de San Luis, a la vez que su eterna adhesión al papa, como «hijos muy obedientes de la Santa Iglesia Católica».

¡Diez días después, la noche de Navidad, Juana de Albret, reina de Navarra, abjuraba del catolicismo en Pau, capital de Bearne y residencia principal de los monarcas navarros!

Los múltiples servicios y la buena voluntad del diplomático estellés tuvieron como recompensa la mitra de Comminges, a mediados de 1561. Comarca, constituida por los altos valles del Garona y sus afluentes, y también condado, su nombre procede de la antigua capital galoromana *Lugdunum Convenarum*, que se convirtió en Saint-Bertrand-de-Comminges, sede episcopal desde el siglo VI hasta 1789. El condado se unió a Francia en 1453.

En julio de 1563 don Pedro asistió unos días al Concilio de Trento, sin pena ni gloria. Firmó así en la sesión XXIII. «*Petrus Alebretus, episcopus Convenarum, hispanus*».

No debía de ser la teología su fuerte, pero ya dos años antes había tomado parte, en septiembre y octubre de 1561, en el coloquio de Poissy, entre teólogos católicos y reformados, entre obispos católicos y pastores calvinistas. Organizado por la reina madre de Francia, Catalina de Médicis, acabó siendo inútil y aun perjudicial para la reconciliación de las dos confesiones. Asistieron a una parte del coloquio la reina madre, el rey Carlos IX, la princesa Margarita, y los reyes de Navarra, Antonio y Juana.

Un año más tarde, Pedro de Albret envió desde Viella, valle de Arán y diócesis de Comminges, hasta Estella, su tapicería, cofres y recámara para sustraerlos del pillaje de los calvinistas o hugonotes, que en toda Francia comenzaban a destruir templos y conventos, mientras los dos bandos se perseguían sañudamente.

Alegando que el obispo de Comminges se negaba a entregarle la parte convenida de sus rentas, su sobrina la reina Juana de Albret desencadenó una fuerte persecución contra su persona y la sede episcopal, quizás también o principalmente porque Pedro de Albret no engrosaba las filas de los hugonotes. En varias ocasiones los partidarios de la ya reina calvinista irrumpieron en las tierras de su tío, profanaron iglesias, mataron fieles y el mismo obispo corrió serio peligro de perder la vida. Don Pedro renunció a su obispado y se retiró a Estella a mediados de 1566. Murió el 28 de agosto del año siguiente.

Este hombre andarín y polivalente, hombre típico del Renacimiento, tuvo tiempo para escribir nada menos que 200 diálogos, bien compuestos y arcaicos, dedicados muchos de ellos a personajes importantes de su tiempo, desde el papa al conde de Lerin, y que tratan desde la preparación para la muerte hasta los grados de perfección que debe tener un cortesano eclesiástico que quiere ser cardenal. Muchos están impresos, otros manuscritos; otros se han perdido tal vez.

Quien conoce la obra de este Albret, miembro de una familia de escritores y humanistas, afirma que fue «un escritor puro y castizo, digno competidor de los mejores hablistas de su tiempo en nuestra lengua».

Fue enterrado bajo las gradas del altar mayor de San Juan de Estella.

OLENTZERO EN LESACA

Está la tarde de diciembre pacífica y casta.

No nieva, como algunos habían predicho, y como parece descartarlo el refrán inglés:

*Snow on Christmas night
good hop crop next year*
(Nieva en Nochebuena:
próxima cosecha buena)

Más cauto y seguro es el refrán francés:

*Le mois de l'Avent
est de pluie ou de vent*
(El mes de Adviento,
mes de lluvia y viento)

Pero tampoco llueve ni ventea, aunque hace frío; así que salimos hacia Lesaca, villa que se precia de ser la patria originaria del Olentzero, personaje fantástico y enigmático de la Navidad navarra.

El maestro José María Satrustegui ya nos dijo hace tiempo todo lo que se puede decir sobre él.

Su propio nombre es difícil de descifrar. Olentzero, Onentzaro, Orontzaro... ¿Tiempo o época de cosas buenas? En algún refrán que corre por el País Vasco francés, Onentzaro equivale al tiempo de Navidad.

Fue tal vez un símbolo solar que en la noche del solsticio de invierno entraba en las casas y transmitía poderes milagrosos al tronco del fogón - *Olentzero enborra edo makorra-*, el «tronco de Dios», cuyo *kozkorriko* se guardaba para encenderlo en verano y conjurar las tormentas, para bendecir los campos o curar las enfermedades del ganado.

Olentzero, con sus ojos rojillos, se metía, naturalmente, por la chimenea.

*Onontzaro begi gori
taxamiara da etorri...*

Con el tiempo vigilará si se cumple o no en la cocina el ayuno y la vigilia, preceptivos entonces en la víspera de Navidad:

*Austen balin badegu barua
orrek lepua kendu guri*

como se cantaba en Larraun.

Sea lo que sea, la posterior tradición, seguramente cristianizada, pero con restos paganos, nos ha traído un Olentzero entre pastor y carbonero, glotón y borrachín insaciable y castigador sin piedad de quienes quebrantan el ayuno, entre inteligentísimo y tonto de remate. Y, siempre, anunciador y embajador de la alegre noticia del Nacimiento de Jesús.

En los pueblos del Bidasoa, Araxes y Burunda lo paseaban los mozos por las calles mientras recogían las *pushak* (trozos de pan o alimentos) para la merienda. En el Valle de Larraun lo colgaban junto a la chimenea, hoz en mano, dispuesto a cortar el cuello (*lepua kendu*) al que transgredía el ayuno. En Leiza y en los pueblos del Araquil, lo exponían en el balcón, como totem protector contra las enfermedades, rayos y brujas.

En Velate se nos hace encontradiza la niebla, que ya no nos dejará.

A la luz blanca de pantalla y farolas damos una vuelta por la querida y hermosa, buena villa de Lesaca; nos encontramos con los cruceros; subimos hasta la iglesia de San Martín, y, entre torres góticas, amansadas por yedras y parras vírgenes, bajamos hasta la plaza vieja, donde suenan unos villancicos.

La casona barroca del Ayuntamiento, a estas horas cerrada, con sus cinco arcadas y su gran alero de madera, sus dos juegos de halcones y dos colores de fachada, sostiene una estrella de luz que se hace más simbólicamente viva con la música navideña.

Hay un corrillo de gente con las manos en los bolsillos, alrededor del Casino, la elegante casa de Marichalar con sus dos pisos inferiores de piedra, tres puertas y marcos almohadillados en torno de balcones y ventanas. Dentro, en la televisión vasca dan un partido de pelota y hay rápidos fulgores de vasos, ojos y vino.

En la plazuela del quiosco, espacio cercado de piedra dentro de la plaza, hay aún hierba seca del concurso de mediodía, cuando se elige, entre varios, el Olentzero mejor. A las siete en punto pasa uno de ellos, un carbonero rubio sentado, con un puro en la boca y a la espalda una ikurriña. Se anima un poco la plaza de gente y salen varios hombres del bar del Casino. De columna a columna del quiosco letras negras sobre tela blanca dicen *Gabon*, *Presoak kalera*, y anuncian la próxima *Martxa* sobre la cárcel de Herrera de la Mancha.

Llega ahora el Olentzero vencedor: es también un carbonero maduro, con boina y pelliza, sentado con su pipa sobre un barril, y por bastón una rama de fresno con algunas hojas. Lo llevan a hombros seis muchachos, vestidos de carbonerillos: albarcas, pelliza y boina.

A las siete y cuarto Olentzero abre la procesión al aire que marca la Banda municipal, renovada en 1982 y compuesta hoy por alumnos muy jóvenes de la Escuela de música y algunos veteranos. Rodcan al personaje en andas un

grupo de chiquillas y chiquillos, algunas parejas jóvenes que llevan niños de la mano y unos pocos que hemos venido de Pamplona y San Sebastián.

El Olentzero de Lesaca es inteligente, zampón y beodo

*Olentzero buru aundiya
entendimentuz jautzija,
bart arratsian edun omendu
anar erruko zagia.
Ai, urde tripa-aundiya
Ai, urde aundiya.*

Ayer se bebió, cochino tripudo, un pellejo de diez arrobas. Según otra estrofa, mañana —terminado el ayuno— se tragará un capón, con huevos y una botella de vino.

*Orra, orra,
gure Olentzero.
(He aquí nuestro Olentzero)*

canta una comitiva a guisa de estribillo, siguiendo las notas de la Banda (sol, la, si, do, re, do, si, la).

Es un pasacalles pegadizo y trotador, de procedencia francesa, compuesto hace un siglo, que Ignacio Baleztena aprovechó para componer el célebre «Uno de enero» saufferminero.

Pero este primitivo personaje (entre genio solar y telúrico, ángel y diablo) nos trae la buena nueva navideña:

*Eimen eldu geraldé
Berri-On batekin,
gure embajadore
Olentzerurekin.*

Olentzero es el embajador de ese mensaje. Viene presuroso a comunicarnos que Jesús ha nacido:

*Jesus jaiyo zela
lasterka elorri omentzen
parte ematera.
Orra, orra,
gure Olentzero.*

Algunas personas, pocas, se asoman a balcones y ventanas. Recorremos las calles Arrextea, Zarandia y Albístur. Airosos matacanes del palacio de Zabaleta o Cashernea. Domesticado río Onin, uno de los arquitectos de la villa y hoy su mejor decoración de base. Voladizos, aleros, entramados, ventanas amaincladas, balcones corridos, puertas doveladas, fantástico vagabundo nocturno por cinco siglos de sueños y realidades.

Los músicos se refrescan en el Molino de Antoyu (1887) y tras quince minutos reanudamos la *halegira*. Por la plaza nueva entramos en la plaza vieja, donde la Banda, dirigida por Javier Igoa, interpreta el fandango vasco «Los Gaiteros», que el antiguo director don Cándido Albístur compuso a mediados de los años veinte. La gente aplaude y los villancicos vuelven al aire por los altavoces de la Casa Consistorial.

Lejos del aglomeramiento de Pamplona y del mal gusto de otros lugares que el viajero ha visitado, la salida del Olentzero de Lesaca le parece limpia y llana, elemental, como tiene que ser algo que no se debe perder ni sofisticar.

Chopos desnudos guardan la ermita ancha y rústica de Salvatore, con su espadaña ciega y su tejadillo protector. La niebla nos envuelve pronto entre las colladías cuando nos metemos en los longincuos caminos de la noche. No pasan apenas coches y ni un solo camión. No es noche de trabajo ni de pindongueo.

Los pueblos junto a los que corremos parecen belenes recién puestos, y la luz naranja, matizada por la niebla, adulcigua el miedo al solsticio hiemal.

En algunos pueblos del vecino Baztán los asistentes a la misa del gallo debían estrenar una prenda «para arrancarle

un ojo al diablo». En otros puebls y valles vascos, tras la misa de medianoche, solían reunirse algunas personas en una casa, recenaban algo y pedían a los ángeles que bailaran en la cocina.

No hay que arrancarle los ojos al diablo, porque los tiene cegados por la luz de Nochebuena. Y los ángeles no sólo bailan sobre el pan de las cocinas sino que brezan todas las cuñas y cantan la paz en todas las casas donde viven los hombres de buena voluntad (o que ama el Señor, según traducción más rigurosa)

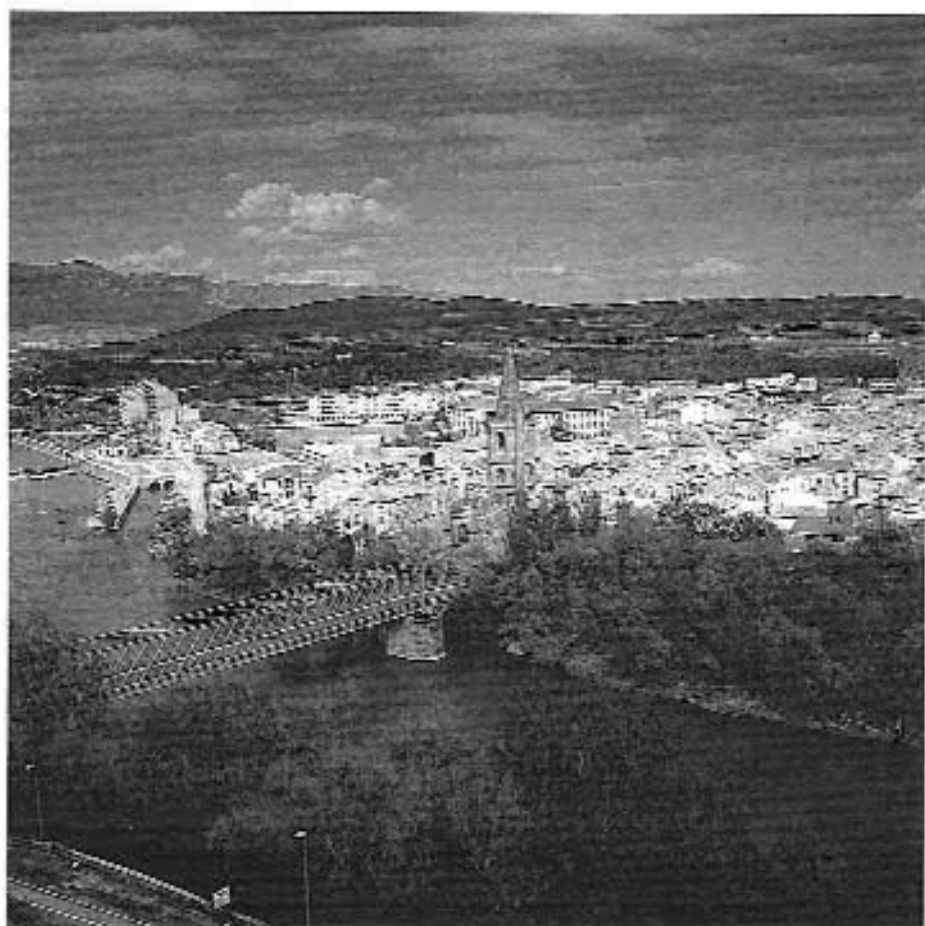
*Cantad la paz alegre,
ángeles altos,
a los hombres sin rumbo
que van tan bajos.*

BELEN DE/EN SANGÜESA

Qué mejor y más viejo belén que «Sangüesa La Vieja», hoy Rocafort? En la huerta del Ermitorio de San Bartolomé, término de El Chaparral, debe de florecer cada año el moral en que se convirtió el háculo del peregrino San Francisco de Asís, creador de los belenes, a su paso hacia Compostela.

Fue primero Sangüesa la Nueva un lugar apacible y fluvial, repoblado por el incansable Alfonso el Batallador. Luego, tras la división de Aragón y Navarra, se hizo fronterizo, lo cercaron de murallas con potentes torreones cuadrados, abiertos por seis portales; se levantó el Castellón y se almenaron las torres de las iglesias, antes románicas, sobrias y pacíficas. Al escudo, con el castillo, se añadieron después las barras, tintas en sangre aragonesa.

Desde el aire veo bien el pentágono del casco viejo —de color teja antigua, color sepia, color tiempo—, abierto en canal peregrino por la Rúa Mayor, que salta, entre celosías metálicas, sobre el río. Veo las iglesias y ermitas medievales y los palacios renacentistas; los viejos barrios añadidos de la Oltra y la Población; extramurales conventos mendicantes; manzanas de casas con sus patios y huertas, y un entramado parcelario complejo y atomizado. Alrededor vienen las casas nuevas, más altas y de teja roja, y el creciente polígono industrial.



Todo rodado de cerros, alcores, altillos y cabezos, temblequeados de pinos, como el belén:

*Desde arriba se ve el mundo
—mordida manzana—, al aire.
Tan solamente Belén,
qué grande hoy desde el aire.
Hoy, que están de enhorabuena
el mar, la tierra y el aire.
Fiesta niña de mis ojos
dentro y fuera y bajo el aire...*

escribió Antonio Murciano en «Nochebuena del astronauta».

Sangüesa ya no tiene por enemigo principal al río desde que se terminó el pantano de Yesa en 1959.

Baja hoy el Aragón recio de lluvias y nieves, pero sin la arboladura que lo verdea y lo engalana

*—¿A dónde vas, mi río,
frío y desnudo?
—En pos de mi Señor
que vino al mundo.*

Y vase resuelto a fundir sus aguas en el Ebro, que lo llevará hasta el Mediterráneo y, ya allí, podrá navegar hasta los mares claros y clásicos de Grecia y de Israel (Uno recuerda con nostalgia a los almadieros, que eran los pastores de los ríos).

Como en los belenes modernos, al puente de piedra sustituyó, hace un siglo, un puente metálico, hecho nada menos que en Bruselas, al que ha venido a socorrer, en su centenario, el nuevo puente de la variante.

No hubo en Sangüesa nunca, propiamente hablando, un Palacio de Herodes. Ni siquiera lo fue el llamado Palacio-Castillo del Príncipe de Viana, construido en el siglo XIII, residencia de reyes y de Cortes navarras, cerca de donde nació en 1503 mi dilecto Enrique de Albret, esposo de la singular Margarita de Navarra y abuelo del más popular y querido

rey de Francia. Al palacio lo reemplazó, en parte hasta físicamente, la renacentista Casa Consistorial, apoyada hoy no sólo en las firmes columnas de las airovas arcadas sino en el cimiento más seguro que es la voluntad popular.

Sangüesa ya no tiene que sufrir los embates de los vecinos aragoneses por un lado, y de los castellanos por el otro. Ni ha de resistir el cerco y el saqueo de las tropas del Archiduque Carlos, ni defenderse, con Espoz y Mina, de las acometidas del general gabacho Abbé.

Los pastores y agricultores de antaño se han convertido en trabajadores papleros, textiles, madereros, alimentarios, comerciantes, transportistas, reparadores de automóviles, administrativos, educativos...

Sangüesa, que tuvo hasta trece hospitales, y poderosas colonias franca y judía —«los de Sangüesa, ¡judíos!»—, sigue siendo ciudad hospitalaria y abierta. Camino iluminado de reyes y magos, de peregrinos a Javier o a Compostela. Ciudad que nunca falta al reto de la historia. Vascona y latina; helénizada como la terracota de Minerva, diosa de la sapiencia, encontrada en su subsuelo; romanizada como el busto de Artemisa, diosa cazadora, tallado en mármol blanco.

Original y universal, en continua trabazón y acoplamiento, única manera de ser lo que hay que ser partiendo de lo que se es.

Todo, pues, está preparado y propicio para la paz del belén, que es algo más, mucho más que la celebración de la gran fiesta anual de la «religión» del mercantilismo, la religión mayoritaria de los pueblos ricos

*Qué sosiego redondo
trae esta paz.
Cómo florece el tiempo
de eternidad.*

Pero no sólo Sangüesa puede parecernos, sobre todo en estos días, un belén. Hay todo un belén en esta Sangüesa de los seis Patronos —entre ellos la Virgen María—, en sus privilegiados tesoros de arte y devoción.

Nada más llegar a la portada de Santa María, que es la portada simbólica de la historia de la salvación, la Virgen coronada, con el Niño en brazos, rodeada de apóstoles, que el maestro borgoñés Leodegarius puso en el centro del dintel, adalucía al Cristo en majestad que juzga, brazo en alto, en medio del tímpano. En el primer capitel de la izquierda, sobre la talla chartriana de María Magdalena, el ángel anuncia a María, con la severa seguridad de la piedra, el mensaje central de la historia; escena que se halla también, ya muy borrosa, en la portada del Convento del Carmen.

La Anunciación aparece de nuevo, con un ángel de re-
puesto, en el luminoso retablo mayor de Santa María, con una Virgen demasiado matrona, que contrasta con el gótico encanto, plateado y frutal, de la Virgen de Rocamador o del Puy de Francia, que preside el altar:

*A la Niña Virgen
canten las niñas
cortejadoras
que el arcángel Gabriel
trae palabras
prometedoras.*

En la calle superior del retablo un San José y una María orantes y coloridos se inclinan sobre el recién nacido, mientras la mula y el bucy meten, oportunos, sus hocicos largos.

Más que darle su aliento, parecen sostener el pesebre de piedra colgado sobre la yacija de la Madre, en el capitel corrido de la iglesia del Carmen:

*El bucy le está mirando
a ver si sientes
un vientecillo tibio
sobre tu frente.*

*Antes de que los hombres
que no te quieren
quieran verte despierto,
mi Niño, duerme.*

En ese mismo capitel lleva San José, ya sin cabeza, el ron-
zal de la borrica, con María y el Niño bien erguidos sobre

ella. Pero la huida a Egipto, tras el edicto de Herodes, alcanza una prodigiosa expresión escultórica en un capitel doble, al lado izquierdo del arco central del ábside, oculta ahora por el retablo mayor de Santa María. Hay aquí sitio para una estupenda figuración de los cinco personajes, incluidos el ángel alado y andante y la bien arreada caballería, un poco levantisca. La Virgen, bien cubicrta la cabeza, acaricia y sostiene el mentón de la cabezota del Niño, mientras San José, bien peinado y barbado, con el bastón en una mano y en ronzal en la otra, participa en la pose, como si de un retrato se tratara:

*Dile a tu Madre la Virgen
que te prepare el abrigo,
y a tu padre San José
te lleve deprisa a Egipto.*

En fin, la Epifanía o Adoración de los Reyes Magos es motivo frecuente en el belén sangüesino: en el capitel del Carmen, con el primer rey arrodillado y los otros dos en pie; en el retablo de Santa María, donde brilla como un carbón encendido la cara de Baltasar, y en el relieve del retablo mayor romanista de la iglesia de El Salvador, que sigue las composiciones de Juan de Anchiceta en Santa María de Tafalla, y tanto nos recuerda otros retablos romanistas de nuestros pueblos, y muchos belenes caseros.

¿Y cómo no mencionar, siquiera, a la Virgen de las Nieves en el retablo barroco, que lleva su nombre, de la iglesia de Santiago? Porque quiero detormarme ante la Virgen de Belén, talla sedente y coronada en el retablo mayor de la misma iglesia, que desbancó al mismísimo titular Santiago peregrino, de piedra gótica del siglo XIV. Es una Virgen renacentista, hermosa y frondosa, con un Niño muy lucido, desnudo y asustadizo en el regazo:

*Tu claustro fue volcán, fervor tu hondura.
Tu arquitectura, en ábside volcada,
cerco airuso de Dios, torre cercada
por el arco fluvial de tu cintura.*

* * *

Es hoy 22 de diciembre. Le hago un villancico a la Virgen de Belén para que se lo diga a la ciudad de Sangüesa y me voy por ahí, tras el pregón, a ver de nuevo el belén del que acabo de hablar

*Rúa Mayor que vas
a Compostela,
cúidale de mi niño,
que no se pierda.*

VILLANCICO DE LA VIRGEN DE BELEN
A LA CIUDAD DE SANGÜESA
EL DIA 22 DE DICIEMBRE

Sangüesa del Camino
junto a la puente,
cuando nazca mi niño
dale un albergue.

Torres de las iglesias
y del palacio,
libradle de las guerras
y de los rayos.

Río Aragón que bajas
aguas caudales,
no rompas las orillas,
no lo amilanes.

Puente de la variante,
pásale al Niño
cuando Herodes lo siga
con sus cuchillos.

Rúa Mayor que vas
a Compostela,
cuidate de mi niño,
que no se pierda.

* * *

VICTOR MANUEL ARBELLOA

Sangüesa del Camino
junto a la puente,
cuando nazca mi niño
dale un albergue.

Dale un albergue
para que los pastores
vengan a verle,
y le traigan los Magos
doncs de Oriente.

Dale un albergue,
que la noche es muy larga
y el día breve.

INDICE

Prólogo	7
Desde la frontera Arneguy-Valcarlos (o todavía quedan fronteras)	11
Cien años de orfeón	17
Entre Osa y Artozqui	23
Lerruz, Yelz y Uroz	29
Ven a este vaso de vino	35
Mendioroz, Azpa y Ustároz	37
Roncesvalles	41
Febrerillo loco	53
Un pueblo bajo la nieve	57
De Nicaragua a Lodosa	61
De Zubiri a Larrasoaña	69
En Cortes de Navarra	75
De Santa María del Poyo a Viana	81
Campo de primavera	87
A la Virgen de mi pueblo	93
Por las riberas del Ega	95
Junio en la Cuenca	99
La Academia de la Lengua y Marcilla	103
Monjardín, Castillo y Ermita	109
Por las orillas desorilladas del Arga	113
De Orbaiceta a Urkulu	119
Músicas en Añorbe	127
Desde Fransus	133

Camino del cementerio	137
Desiertas tumbas	141
Mañana de San Saturnino	143
Pamplona y Paderborn	151
Viendo nevar en la Rocha	157
De Irache a Estella	159
Olentzero en Lesaca	165
Belén dc/cn Sangüesa	171
Villancico de la Virgen de Belén a la ciudad de Sangüesa	179

